

Cartas desde la obstinación

Cartas desde la obstinación

Arthur Schopenhauer

Traducción, prólogo y notas de
Eduardo Charpenel Elorduy



Los libros de Homero S.A. de C.V.
www.loslibrosdehomero.com

© de la traducción y prólogo: Eduardo Charpenel Elorduy
© de esta edición: 2008 por Los libros de Homero S.A. de C.V.
© del diseño de cubierta: Lorena Gómez Mostajo

Impreso en México por Formación Gráfica S.A. de C.V.
Matamoros 112, Col. Raúl Romero, Nezahualcóyotl,
Estado de México, México.

ISBN: 978-607-7513-00-1

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Índice

Prólogo

IX

Cartas desde la obstinación

1

Personajes e interlocutores

203

Prólogo

Jean Paul señaló en alguna ocasión que los libros eran cartas extensas que uno escribía a sus amigos. Pareciera ser que varios editores modernos se han empeñado en mostrar la eficacia del procedimiento inverso: hoy en día, un grupo de cartas se transforma, sin mayores inconvenientes, en un libro. El público parece estar satisfecho con esa resolución, como lo deja ver la creciente correspondencia de autores clásicos que circula por los anaqueles.

Por lo general, el interés que se tiene al revisar las cartas de un autor es conocer su vida íntima y personal, así como encontrar los secretos que develen la inspiración de sus obras. Esta pretensión, naturalmente, resulta excesiva, pero no deja ser cierto que una correspondencia nos brinda con frecuencia un acceso privilegiado al mundo de un poeta, de un novelista o, como en nuestro caso, al de un filósofo. Las cartas de Schopenhauer son un claro ejemplo de esto. Podríamos leerlas tan sólo por sus profundas discusiones intelectuales y por el magnífico despliegue de ironía que acompaña a cada una de sus palabras. Si estos motivos no fueran suficientes, nuestra indiscreción también estaría justificada por los planteamientos de la misma filosofía de Schopenhauer. En efecto, de acuerdo con sus escritos, la existencia íntima y la vida intelectual de un individuo son indisociables. En cualquier ámbito de la realidad se expresa de modo indefectible la misma voluntad originaria. Distinguir entre el carácter del escritor y la calidad de su obra es, por tanto, improcedente: quien posea una razón aguda la manifestará en sus obras. Quiéralo o no, dicha persona escribirá de forma inteligente; quiéralo o no, también, quien no tenga talentos literarios lo evidenciará en cada una de sus líneas. Muchas veces le pareció suficiente a nuestro filósofo apelar a esta evidencia para refutar a sus contemporáneos. La claridad especulativa, el punzante sentido del humor y el implacable temperamento que encontramos

en sus misivas avalan, en carne propia, este controversial punto de su doctrina.

La presente selección epistolar tiene el propósito de arrojar luz al recorrido de Schopenhauer en pos del reconocimiento intelectual: una tarea que asumió como la más primordial de su existencia. En ese sentido, la palabra «obstinación» de nuestro título no pretende designar la actitud de alguien que no oyó consejos, sino la perseverancia de alguien que tenía la convicción de alcanzar la meta fijada. En alemán la palabra para obstinación es *Eigensinn*, un término que si tradujéramos literalmente significaría «sentido propio». Pues bien, este «sentido propio» es posiblemente la virtud que Schopenhauer practicó con más ahínco. Con inigualable acierto Nietzsche destaca esta idea en su tercera intempestiva: «Que Schopenhauer pueda ser un modelo es indudable, a pesar de todas sus cicatrices y de todos sus defectos. Y hasta podría decirse que eso que había en su ser de más imperfecto y de demasiado humano es justo lo que a nosotros nos hace, en sentido humano, mucho más próximos a él, porque lo vemos como a un ser sufriente y compañero de infortunios, y no sólo aureolado e inmerso en esa desdeñosa majestad del genio.» Parece así que el tesón del filósofo —con todos sus aciertos y fallas— vence la distancia anímica que existe entre él y sus lectores.

Su intención de librar a la humanidad del sufrimiento universal nos ayuda a apreciar su correspondencia de manera distinta y a comprender cabalmente la magnitud de sus esfuerzos. En las reflexiones filosóficas dirigidas a su madre, Johanna Schopenhauer, en las discusiones con Goethe acerca de la teoría de los colores y en las estrictas peticiones a su editor encontramos el clamor de aquel que busca ser escuchado. El tono hostil que muestra en los asuntos jurídicos y en las diversas polémicas en las que se vio envuelto— y que quedan aquí, en su mayor parte, recogidas— confirma su inquebrantable espíritu ante la adversidad. Si bien todos los asuntos cotidianos le parecieron secundarios, su conducta en ese terreno no deja de ser congruente con su proyecto.

Estas cartas también dan testimonio de las acciones que tomó para llamar la atención sobre su obra, la cual fue enormemente desatendida en un principio. Su beligerante labor como catedrático y sus múltiples propuestas editoriales fueron medidas encaminadas a difundir su pensamiento. Ninguno de estos intentos fue fructífe-

ro. Sólo hacia el ocaso de su vida, pudo apreciar un cambio en la actitud del público. Schopenhauer se logró hacer de un grupo de adeptos que desempeñó un papel fundamental en la difusión de su filosofía. El que los llamara sus «apóstoles» no es un dato menor: deja en claro que su filosofía era una especie de buena nueva que había que esparcir para mitigar el sufrimiento de todos aquellos que viven. El entusiasmo de este puñado de lectores los condujo, en ocasiones, a querer enmendar la teoría del maestro en sus pequeñas fallas. Como lo atestiguan las cartas dirigidas a éstos, Schopenhauer les respondió enérgicamente para acallar cualquier asomo de herejía. El camino que él había trazado para mitigar la desgracia de vivir era, a su juicio, perfecto y no admitía variantes. A final de cuentas, ese devoto interés de algunos cuantos se expandió a más personas, lo cual se vio reflejado en las buenas ventas de la segunda edición de *El mundo como voluntad y representación* así como de sus *Parerga y parlipómena*. Muy poco tiempo antes de fallecer, Schopenhauer gozó al fin de la enorme admiración generada por su filosofía. Su propósito quedó así cumplido.

A grandes rasgos, éste es el itinerario filosófico delineado por estas cartas. Toda selección siempre tiene algo de arbitrario pero ésta pretende serlo un poco menos al explicitar el criterio que la rige. Sin embargo, quizás otras decisiones han resultado más arbitrarias. De los interlocutores de Schopenhauer, sólo he traducido las cartas de Goethe pues me parece que si uno tiene presente la indiferencia con la que el poeta contesta a las entusiastas misivas del filósofo uno puede entender por qué este último se empeña cada vez más en defender su postura. Asimismo, he traducido cuatro cartas de la selección de forma parcial. Ya sea al comienzo o al final, según sea el caso, señalo esto con la siguiente llamada: [...]. Con ello, no pretendo de ninguna forma censurar algo dicho por Schopenhauer —cosa que, por cierto, siempre temió que ocurriera— sino sintetizar, en esas cartas, lo esencial de esa obstinación tan característicamente suya.

Para la traducción, he seguido principalmente la edición de *Arthur Schopenhauer. Mensch und Philosoph in seinen Briefen*, Wiesbaden: Brockhaus, 1960. También he podido cotejar el texto de esa edición con otras dos versiones: *Das Buch als Wille und Vorstellung. Arthur Schopenhauers Briefwechsel mit Friedrich Arnold Brockhaus*, Múnich:

C.H. Beck, 1996 y *Der Briefwechsel mit Goethe*, Zürich: Haffmans Verlag, 1992.

Eduardo Charpenel Elorduy

Cartas desde la obstinación

Olvidar los momentos de desesperación que hemos superado es uno de los rasgos más extraordinarios de la naturaleza del ser humano: no lo creeríamos de no verlo. Tieck lo ha expresado de manera magistral con palabras parecidas a éstas: «Entre lamentos y sollozos, preguntamos a las estrellas si ha existido alguien más desgraciado que nosotros, y, entre tanto, a nuestras espaldas, se vislumbra ya el futuro chocarrero que habrá de burlarse del dolor efímero de los hombres.» Pero así tiene que ser: nada permanece en esta efímera vida. Ningún dolor sin fin, nada de alegrías eternas, ninguna impresión permanente, ningún entusiasmo duradero, ninguna noble resolución que dure toda la vida. Todo se diluye en el torrente del tiempo. Los minutos, los incontables átomos de pequeñeces en los que se descomponen todas las acciones son los gusanos que roen y destruyen toda grandeza y valentía. El terrible monstruo de lo cotidiano sofoca aquello que desea elevarse, lo hunde y lo destruye. No hay nada serio en la vida, pues lo que es polvo carece de valor. ¿Qué son, entonces, las pasiones eternas ante esta miseria?

Arthur Schopenhauer.

8 de noviembre de 1806.

¿Cómo pudo la semilla celeste encontrar lugar en nuestro duro suelo, ahí donde la necesidad y la indigencia contienden por cada parcela? Hemos sido desterrados del espíritu originario y no podemos ascender nuevamente hasta él. El juicio de hierro de la necesidad se ha pronunciado sobre la mísera especie humana. La indigencia y la penuria se extinguen en ella irremediabilmente, exigen todas las energías y limitan cualquier esfuerzo. Sólo cuando éstas han sido satisfechas, puede el espíritu, cansado y embotado, cegado por la niebla terrenal, mirar hacia delante. No censure a los pobres si excavan el polvo buscando la felicidad. ¡Oh Dios, debemos perdonar incluso a quienes cometen el mal! Pues tu cielo está sellado y sólo muy pocos rayos de luz llegan hasta ellos. No obstante, un ángel compasivo cortó para nosotros la flor celestial y ésta brilla ahora en las alturas con todo su esplendor, arraigada en este valle de lágrimas. —Las pulsaciones de la música divina no han cesado de latir a lo largo de todos estos siglos de barbarie y un eco inmediato de lo eterno permanece en nosotros, comprensible para todos los sentidos y más sublime que el vicio y la virtud.

Arthur Schopenhauer.

Diciembre de 1806.

Es inconcebible pensar cómo la *sublime apatía* de la que antes gozaba el alma eterna se vio desechar con su destierro a los cuerpos, y cómo se redujo ésta a la pequeñez de lo terrenal al estar desparramada entre los cuerpos y el mundo corpóreo, de modo que olvidó su estado anterior y pasó a formar parte de un punto de vista material tan infinitamente pequeño en comparación con el que tenía, que se imaginó que toda su existencia se reducía a eso y que eso la satisfacía. Es inconcebible que el mundo exterior la destrozara de esa manera, que haya olvidado todo lo maravilloso, así como la distancia que la separa del mundo exterior; hasta tal punto llega este olvido que hay miles que dejan este mundo sin haberse dado cuenta de esto y sin haber pensado siquiera sobre este asunto: bastaría uno solo, el más ínfimo y sencillo de los fenómenos naturales, inexplicables para el espíritu humano, uno de los más elementales, para mantenerlos en una ocupación constante durante toda su corta vida. Pero el ser humano camina rápido sobre un puente cuya base ignora, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, siguiendo su pequeño sendero sin pensar de dónde viene ni a dónde va, únicamente preocupado por dar el próximo paso.

Arthur Schopenhauer.

Enero de 1807.

La filosofía es un elevado camino alpino; a él conduce únicamente un sendero fragoso por encima de piedras afiladas y espinas punzantes: es solitario, y entre más suba uno, más inhóspito se volverá. Quien lo recorre no conocerá el miedo, dejará todo tras de sí y tendrá que abrirse paso con perseverancia a través de la fría nieve. Con frecuencia se detendrá de súbito ante el abismo y observará el valle verde allá en lo profundo: entonces, el vértigo lo amenazará con arrastrarlo hacia abajo, pero uno deberá dominarlo y tendrá que aferrarse a las rocas incluso con la propia sangre de sus pies. A cambio de esto, pronto verá el mundo debajo de sí, desaparecerán los desiertos y los pantanos, las desigualdades parecerán nivelarse, las notas disonantes no lo molestarán más, y la forma esférica del orbe se le revelará. Él mismo permanecerá por siempre en el puro y frío aire alpino y verá al sol aun cuando a sus pies se extienda la noche oscura.

Existe un consuelo, una esperanza segura, y ésta la experimentamos mediante el *sentimiento moral*. Si nos habla con claridad, si un motivo nos anima en nuestro interior a emprender acciones dirigidas hacia lo más grande y que a su vez son contrarias a nuestro bienestar aparente; entonces comprendemos con facilidad que nuestro bien es de otra clase, un bien por el cual nos oponemos a todos los motivos terrenales; nos percatamos que nuestro rígido deber apunta a una felicidad más elevada de la que él es mensajero: que la voz que oímos en tinieblas proviene de un lugar iluminado. Pero ninguna promesa refuerza el mandamiento de Dios; en todo caso, su mandamiento se da en lugar de la promesa... Este mundo es el reino del azar y del error; es por ello que sólo debemos aspirar a lo que no nos es robado por el azar, y sólo debemos afirmar cosas y actuar según aquello en lo que no haya posibilidad de error alguno.

Arthur Schopenhauer.

Ellrich, 8 de septiembre de 1811.

Hoy añadiré por necesidad, mi estimado señor Frommann, un comentario al capítulo de la vanidad de las decisiones y los deseos humanos. Ayer temí que hubiera un mal tiempo, pero el día de hoy he contemplado el buen clima desde la alcoba. Esto debido a que mis nuevos zapatos me han escoriado un poco los pies y me hubieran lastimado más de haber seguido caminando. Por ese motivo los he mandado aflojar y dejo que mis pies sanen mientras guardo un día de descanso, celebración y penitencia en honor de san Crispín, patrono de los zapateros. Únicamente lamento que de este accidente no pueda surgir algo positivo y no pueda visitarlo a usted y a su amable familia. El profesor Oken tuvo la bondad de enviarme unos libros con los que he pasado un rato muy agradable: por lo demás, no me hace falta nada, pero le pido encarecidamente que mi presencia no le importune en lo absoluto. Sólo saco esto a cuento para que al señor de Altenburg, que desea realizar una caminata, le ofrezca mi compañía si es que no tiene reparos en que nuestro paseo sea mañana temprano.

Suyo,

Arthur Schopenhauer.

8 de julio de 1813.

A Carl Friedrich Ernst Frommann

Aprovechando, estimadísimo señor Frommann, que le envío el opúsculo con el que me he doctorado, le devuelvo con sincero agradecimiento la *Lógica* de Hegel: no la hubiera conservado durante tanto tiempo si no supiera que la lee tan poco como yo. En relación a las obras de los demás filósofos que recibí gracias a su bondad, le hago saber que del Bacon de Verulam* no me gustaría separarme todavía, y que me gustaría quedármelo todavía durante algún tiempo si es que usted no lo requiere. En todo caso, se lo devolveré en un par de semanas.

Deseo y espero que no haya sufrido demasiado a causa de los estragos de la guerra y que ninguna pérdida privada haya enturbiado la dicha que seguramente siente usted debido al curso que ha tomado la causa de Alemania y de la humanidad entera.

La próxima semana tengo pensado regresar a Weimar. Le pido que le envíe mis saludos más afectuosos a su estimada familia.

Queda de usted con el mayor de los respetos su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Rudolstadt, 4 de noviembre de 1813.

* Forma común anteriormente para referirse a Francis Bacon.

Mi señor:

Seguramente apenas se acordará que durante su última visita a Weimar tuve el honor de verlo a menudo en casa de mi madre. No le digo esto para tomarme la libertad de enviarle la presente disertación en virtud de nuestro trato previo, sino con el propósito de rendirle mi debida admiración al ser usted el primer hombre en reconocer y difundir la inmortal doctrina de Kant y con ello haber beneficiado perpetuamente a todos, así como por haber mostrado el más claro amor y empeño por alcanzar la verdad, dejando de lado cualquier otra clase de motivaciones.

Esta disertación la mandé imprimir con ocasión de mi doctorado. Pensé presentarla en un principio en la Universidad de Berlín donde completé en los dos últimos años mis estudios. Pero como los estragos de la guerra me hicieron dejar la ciudad e hicieron que mi anhelado propósito se pospusiera, decidí presentarla en octubre en la Universidad de Jena. Si mi señor me honrase con una estimación muy general sobre el pequeño escrito me haría extremadamente feliz. Mi madre le presenta sus respetos.

Arthur Schopenhauer.

Weimar, noviembre de 1813.

¡Honorabilísimo señor consejero privado!

Tengo el honor de enviarle un opúsculo que he mandado imprimir con ocasión de mi doctorado. Comencé a escribirlo en Berlín, pero lo completé y lo concluí en Rudolstadt, donde las montañas me separaron durante el verano de los estragos de la guerra. Yo tenía la intención de presentar este trabajo en la Universidad de Berlín, pero como mi regreso a esta ciudad se postergaba demasiado, lo envié a la Facultad de Jena. Ciertamente, uno de los motivos por los que mi tratado está escrito en alemán es que en principio estaba destinado a la Universidad de Berlín, pues así lo recomiendan explícitamente los estatutos de esa Universidad para todas las tesis que sean tratados propiamente filosóficos. El alemán es la lengua que requiere casi de manera necesaria el contenido de mi tratado, puesto que el latín ejercería gran violencia sobre los conceptos y los despojaría de su agudeza y precisión. Gracias a Kant, el alemán se ha convertido por vez primera en el lenguaje propio de la filosofía. Por otro lado, es más fácil que así llegue a un público más amplio; esto, claro, en el supuesto de que vuelva a existir un público para la filosofía.

Como puede apreciar, incluso bajo el fragor de las armas me he mantenido fiel a las musas.* Quizás alguien podría echármelo en cara; sin embargo, soy consciente de haber obrado correctamente al no ingresar a un terreno de acción en el cual no hubiera podido mostrar otra cosa más que buena voluntad y que me hubiera obligado a renunciar a un ámbito en el que, de permitirlo los dioses, espero rendir mucho más.

* El conflicto bélico al que Schopenhauer se refiere es la invasión francesa a Prusia de 1813. Los ejércitos napoleónicos invadieron ese país después de que éste se integrara a la coalición integrada por Rusia, Inglaterra, España y Portugal. En un principio, los ejércitos napoleónicos obtuvieron varias victorias, entre las cuales destaca la Batalla de Dresden. A pesar de los resultados favorables en un inicio, Francia tuvo que retirar sus ejércitos tras la sangrienta Batalla de las Naciones llevada a cabo en Leipzig el 16 de octubre de ese mismo año.

Me falta pedirle perdón, señor consejero privado, por haber abandonado Berlín sin despedirme de usted; sólo la premura y la inesperada decisión con la que dejé la ciudad me pudieron hacer culpable de semejante desatención: partí tan rápido que no me pude dar de baja de la Universidad ni pude empaquetar mis libros ni las cosas que dejé, por lo cual he encomendando hacer ambas cosas a un amigo.

Su amigo, nuestro gran Goethe, goza de buena salud; es alguien alegre, sociable, benevolente, afable: ¡Alabado sea su nombre por toda la eternidad! —Weimar ha padecido mucho a causa del fuerte acuartelamiento y la región ha sido horriblemente azotada por los cosacos—. Sería inútil de mi parte describirle mi alegría a causa de la feliz liberación de Alemania, así como de su consecuencia, que ha sido que la alta cultura se libere del dominio de los bárbaros.

Espero oír pronto que no ha sufrido usted percance alguno a pesar del peligro al que Berlín se ha visto sometido. Tal vez pueda tener pronto la dicha de volver a verlo. Mientras tanto, quede usted completamente seguro de mi más profunda gratitud y veneración.

Su atento servidor,

Arthur Schopenhauer.

Weimar, 24 de noviembre de 1813.

A Johann Wolfgang von Goethe

Su excelencia:

Me tomo la libertad de preguntarle si esta tarde se me dará la oportunidad de devolverle en persona a su excelencia el magnífico manuscrito solicitado, el cual no me atrevo a poner en manos del sirviente, y, por otra parte, la oportunidad de contarle a usted cómo me ha ido desde aquella mañana tan educativa con la recién comenzada teoría de los colores.

Le adjunto los grabados del hijo de catorce años del pintor Menken de Bremen, los cuales se me rogó mostrara a su excelencia.

Con el más profundo respeto, queda de usted el humildísimo servidor de su excelencia,

Arthur Schopenhauer.

13 de enero de 1814.

Señor mío:

Hace algunos meses me dirigió usted un escrito tan halagador que me hizo sentirme muy honrado y que renovó además la intención de corresponder con todas mis fuerzas a las esperanzas que tanto usted como otras tantas personas que me aprecian han depositado en mí. La afable consideración que me tiene y que me muestra en ese escrito, respetable señor consejero, es la que me concede el valor necesario para molestarlo hoy con una pregunta. El consejo que usted me dio de impartir lecciones en Jena es, sin lugar a dudas, no sólo bien intencionado, sino provechoso en muchos sentidos. Sin embargo, por el momento no entra en mis planes seguirlo. Es verdad que conozco la esencia de mi profesión y el deber particular que lleva consigo de enseñar no sólo por escrito sino también de viva voz, y estoy firmemente decidido a dedicar la mayor parte de mi vida a cumplir con mi deber y, por consiguiente, a emprender una trayectoria académica. Pero como el destino me ha favorecido enormemente en comparación con otros muchos servidores de Apolo y Atenea a quienes trata con desprecio —poseo un capital cuyos réditos me permiten vivir en cualquier parte sin preocupación alguna—, deseo aprovechar mi situación a fin de prepararme de todas la formas posibles para cumplir con aquello que corresponde a mi vocación y pueda así, ya que me encuentre más preparado y maduro, comenzar mi propia y particular trayectoria docente. Por ello quiero dedicarme todavía algún tiempo y de manera personal a estudios serios de mi interés, y luego otro rato a recorrer los más bellos países de Europa. Sólo entonces habré terminado mis años de estudio y empezará mi periodo de docencia.

Por distintas razones no creo que sea Weimar el lugar más idóneo para mí, y mucho menos durante el verano. He de decirle que en este invierno no hubiera querido hallarme en ninguna otra parte del mundo, ya que el gran Goethe me honró con su compañía y con la enseñanza infinita que para mí significó la misma. Sin embargo,

uno no puede contar con él en sus planes, en parte porque en el verano viaja a tomar baños termales, en parte porque la gran diferencia de edades impide una relación perdurable entre nosotros y en parte, finalmente, a la inconstancia con que atrae hacia sí a unas y a otras personas. Mi verdadera y auténtica vida está consagrada al estudio de la filosofía: todo lo demás es algo secundario y no es más que un ligero añadido para la misma. Puesto que estoy en las condiciones de escoger, quisiera un lugar donde tenga acceso a la bella naturaleza, a las obras de arte y a las fuentes científicas necesarias para mis estudios, además de que me proporcione la tranquilidad que me resulta tan necesaria. Después de los viajes que he realizado, puedo afirmar que en ningún lugar he visto todo esto tan bien amalgamado como en Dresden; además, yo tenía las ganas desde hace mucho tiempo de pasar allí una larga temporada. He aquí, pues, por qué siento tan grandes deseos de partir hacia Dresden.

Mi nada desdeñable biblioteca, cuya mayor parte aún permanece en Berlín, podría enviarla allá bajo un módico precio. Un joven amigo a quien tengo en gran estima, que me ha seguido hasta aquí desde Berlín y que ha pasado conmigo todo el invierno, se encuentra dispuesto a acompañarme allí o a donde yo quiera en cuanto la resolución de unos problemas, que hemos esperado estos días con suma expectativa, nos lo permita. Mi decisión de trasladarme a Dresden sería definitiva si no tuviera yo algunas vacilaciones que me obligan a pedirle a usted cierta información. Aquí he escuchado dos rumores completamente diferentes acerca de Dresden. Por una parte, se afirma que la región en torno a la ciudad ha perdido gran parte de su belleza a consecuencia de la enorme devastación de la guerra; se dice que incluso en Dresden todo está destruido y revuelto y que hay también una gran escasez. Por otra parte, se dice que las cosas no están tan mal, que es cierto que antes estuvo así, pero que ahora ya ha pasado todo; en efecto, se dice que a causa de la ausencia de la corte el lujo disminuyó bastante, pero que ahora todo marcha adecuadamente, que el lugar se conserva en una pieza y que la escasez ya ha sido superada casi por completo. La opinión más común es que el rey ha de volver de nuevo a Dresden, y que, pase lo que pase, Dresden seguirá siendo la corte de un rey. Por lo anterior, le quedaré extraordinariamente agradecido a mi señor si hiciera usted el favor de proporcionarme alguna información, aun-

que sea en pocas palabras, sobre la situación en Dresden y sobre las expectativas que se tienen para el futuro, teniendo en cuenta lo que yo necesito saber de acuerdo con los propósitos y los deseos que le he expresado.

Le pido sinceramente que me perdone por la libertad que me tomo de molestarle con semejante petición y con una carta tan extensa acerca de mis propios asuntos. Sólo a sabiendas de su famosa benevolencia, y de la simpatía que usted me ha a mostrado, he podido tomarme esta confianza. Puesto que deseo tomar lo antes posible una decisión y ponerla en práctica, una rápida respuesta de su parte lo haría a usted acreedor de mi más inmensa gratitud.

Su humilde servidor,

Dr. Arthur Schopenhauer.

Weimar, 24 de abril de 1814.

P.D. Mi madre le presenta sus respetos.

¡Estimadísimo Señor Frommann!

Sus valiosas palabras me han alegrado mucho, ya que con ellas me confirma su salud y la de los suyos. Por otra parte, me aflige muchísimo no poder cumplir con el deseo de un amigo tan querido. Sin mayores reparos, consentiría en que usted conservase los cien táleros un año más, y esto, no porque conozca sus capacidades monetarias, sino porque conozco su persona, su carácter y su entendimiento. Le pido su paciencia para que escuche lo que con sinceridad tengo que exponerle con respecto a mi posición económica y a mi comportamiento en relación con la misma.

En el área de mi especialidad (misma que ha caído en descrédito), sigo única y exclusivamente a mi juicio y a mi entendimiento; al punto que puedo decir con Abelardo: *si omnes patres sic; at ego non sic*.^{*} Por el contrario, en aquello que no es propiamente mi área, en lo que no es el objeto de mis estudios, en todo aquello para lo cual no cuento con los conocimientos suficientes y las condiciones para formarme un juicio pertinente, considero que juzgar por mí mismo no sería otra cosa que chapucería y vana presunción. De ahí que sea mi máxima buscar una autoridad eficaz en todos esos casos en la cual pueda confiar plenamente. Pienso que en mis circunstancias actuales éste es el caso, puesto que no cuento en lo absoluto con el conocimiento, la cautela y la experiencia en cuestiones de dinero. Por suerte, cuento con un amigo que me asesora enormemente con sus recomendaciones y su sincera benevolencia. Es por ello que en estas cosas no doy el más ligero paso sin pedirle su consejo, el cual sigo sin más como si fuera una orden. A recientes fechas se han efectuado bastantes operaciones con mi capital y todas ellas las he realizado bajo su consejo. Estos mil táleros también han sido objeto de nuestros pensamientos y de nuestra correspondencia, y hemos

^{*} «Aunque lo digan todos los padres (de la Iglesia), yo no lo diré.»

llegado a una resolución que, si bien todavía no se concreta, se llevará a cabo tan pronto yo lo ordene. A la par de cuidar por mis intereses, me alegraría sobremanera poder comunicarle algo agradable; por desgracia, ahora no puedo permitirme algo así, y tengo que pedirle que tenga el pago listo cuando sea el vencimiento. Sin embargo, para agotar todos los recursos posibles, le haré saber a mi amigo de su propuesta. Pero no creo que nuestra decisión vaya a modificarse, en parte porque ya hemos visto qué es lo mejor, y en parte también porque, entre las propuestas que analizamos, consideramos que usted devolviera después el capital pero con mayores intereses. Si me llegara aconsejar que aceptara su ofrecimiento —cosa que no creo—, le avisaré a Jena antes de que termine este mes. No obstante, no cuente con ello: si no he dado mi consentimiento antes de que mayo concluya, le pediré que me avise quién realizará el pago. Dejo a su voluntad que decida si quiere sufragar el pago aquí o en Leipzig.

Le agradezco de todo corazón su interés por mi salud. Ojalá haya escogido con suerte el lugar de mi estancia. Pienso que en ningún otra parte habría podido hallar un lugar tan tranquilo y con tantos medios para la existencia que a mí me parece digna de ser vivida. En ninguna otra parte me he sentido tan alegre y contento como aquí. La mejora en su salud jugó un papel importante en todo esto. Le desea que su recuperación continúe.

Su fiel servidor,

Dr. Arthur Schopenhauer.

Dresden, 6 de mayo de 1815.

Su excelencia:

Habr  recibido seguramente mi manuscrito sobre la visión y los colores que hace ahora ocho semanas le envi  junto a mi carta; aunque no ha cumplido usted mi petición de notificarme que lo recibí, no tengo dudas de que le llegó, ya que el doctor Schlosser me hizo saber a su debido tiempo que lo había recibido y que inmediatamente se lo había mandado a usted. Su excelencia todavía no se ha dignado a concederme el honor de una respuesta, creo que esto se justifica sólo de pensar en los maravillosos entornos de sus constantes y variados viajes y el trato con gobernantes y diplomáticos y militares que lo tienen a usted demasiado ocupado y que acaparan toda su atención. Mi escrito, en cambio, no podrá parecerle más que algo muy insignificante, o bien, no contar  con el tiempo libre necesario como para escribirme una carta sobre el mismo. Sería ridículo y exagerado, pues, que yo me permitiera hacer a su excelencia el más mínimo reproche al respecto. Por otra parte, no obstante, el propósito con el cual le envi  el escrito a su excelencia de ninguna manera me obliga a someterme a todas las condiciones bajo las cuales usted está dispuesto a interesarse por él, a leerlo y a examinarlo. S  por usted mismo que la actividad literaria ha sido siempre para usted un asunto secundario, mientras que la vida misma fue siempre lo más importante. Para mí, en cambio, sucede lo contrario: lo que pienso, lo que escribo, es lo que posee valor para mí y me resulta importante; lo que experimento personalmente y lo que me pasa, lo considero como algo secundario e incluso motivo de mi propio escarnio. Es por ello que me resulta penoso y me inquieta el hecho de no tener todavía la certeza de saber si un manuscrito mío que salió de mis manos hace ocho semanas llegó a donde yo quería que llegara, y aunque esto sea sumamente probable, no saber siquiera si ha sido leído, cómo fue recibido, o en pocas palabras, cómo le ha ido. Esta incertidumbre acerca de algo de gran importancia para mí me resulta sumamente incómoda y

angustiosa; en efecto, en tan sólo unos momentos mi hipocondría puede encontrar en este asunto material suficiente para alimentar las quimeras más nefastas y extravagantes. A fin de terminar con todo esto, de acabar de una vez con el fastidio diario que provocan unas esperanzas trucas, y de apartar al menos este asunto de mi mente y olvidarlo por el momento, le suplico a su excelencia que me devuelva mi escrito lo antes posible, con o sin respuestas, como a usted mejor le parezca. De cualquier forma, creo que todavía me puedo tomar la confianza de hacerle otra petición: que me comunique con dos frases lacónicas si alguien más aparte de usted ha leído el escrito, o si se ha hecho alguna copia de él. En caso de que usted quisiera quedárselo durante más tiempo, tenga la bondad de indicarme los motivos para ello y, por supuesto, de tranquilizarme con alguna respuesta.

Espero que su excelencia no tome a mal mis súplicas y que nunca ponga en duda la inmutable y profunda veneración hacia usted que conservaré durante toda mi vida como el más humilde servidor de su excelencia.

Dr. Arthur Schopenhauer.

Dresden, 3 de septiembre de 1815.

Su amable envío, mi estimado amigo, me llegó en buena hora a Wiesbaden, de modo que pude leerlo, analizarlo y deleitarme con su trabajo. Si hubiera tenido a un secretario a mi lado, le habría podido decir a usted muchas cosas. Sin embargo, si ahora quisiera disculparme por mi silencio tendría que enumerar con desgano una larga serie de acontecimientos, cambios de lugar y ricas y agradables experiencias y distracciones. De manera que, de nuevo con un pie en el estribo, le pido que tenga un poco más de paciencia y que me deje conservar su obra hasta mi regreso a Weimar. Entonces se la enviaré acompañada de algunas observaciones en cuanto se presente y me lo permita la ocasión. Quede usted seguro de mi agradecimiento y mi recuerdo.

Goethe.

Francfort, 7 de septiembre de 1815.

Aproveché el primer instante de tranquilidad que tuve tras mi regreso para revisar de nueva cuenta tanto su ensayo como sus cartas y no puedo ocultar que esto me provocó un gran placer. Me pongo en su lugar, y entonces no tengo otra cosa que hacer más que alabar y admirar cómo un individuo que piensa por sí mismo se ocupa tan sincera y honradamente de estas cuestiones y cómo mantiene con claridad todo aquello que les atañe mientras intenta resolverlas desde su propio interior, o mejor dicho, desde el interior de la misma humanidad.

Si abstraigo ciertas notas de su personalidad e intento hacer mío aquello que a usted le pertenece, encuentro muchas cosas que yo expresaría con agrado desde algunos de mis puntos de vista y en términos parecidos. Pero si llego a aquello en lo que diferimos, me siento más bien completamente ajeno a su pensamiento, hasta el punto que me parece difícil y me resulta imposible tener en cuenta una contradicción, superarla, o acostumbrarme a ella. Es por ello que no me permitiré tocar esos puntos de discordia; sólo a propósito del violeta le enviaré una nota posteriormente.

Con el fin, sin embargo, de que su hermoso y memorable trabajo no se quede trunco y se dé a conocer al público en general, le haré la siguiente propuesta. Durante mi viaje tuve la fortuna de encontrarme con el doctor Seebeck. Este minucioso e inteligente observador no ha dejado nunca de estudiar estos fenómenos y ha hecho de ellos su ocupación principal. Si usted me lo permite, le enviaré a él el ensayo y las cartas, o bien el ensayo solo, y seguramente con eso se podrá dar la colaboración y enseñanza mutuas que hemos anhelado. El doctor Seebeck piensa lo mismo que usted con respecto a mi teoría de los colores, a saber, que mi teoría es un fundamento y una instrucción, un armazón y un bosquejo que no debe pretender ser nada más. También él ha señalado varias negligencias, revelado muchas desatenciones, corregido pasajes y verificado otros, ha añadido cosas nuevas y, principalmente, ha juzgado de forma correcta las fortalezas y las debilidades de los adversarios.

A pesar de todo lo que el asunto podría ganar con esto y de la gran alegría que me provocaría vivir lo que a otros sólo se les reservaba hasta después de su muerte, en mi situación actual me exigiría un gran esfuerzo y un ímpetu poderoso volver a adentrarme en esa tan querida y transitada región. Es más, casi me fue imposible complacer a mi amigo cuando me pidió información acerca de los puntos principales de mi teoría. Es por ello que mi mayor deseo es que ustedes dos se aproximen y trabajen juntos hasta que yo pueda retornar felizmente de mis maravillosos viajes espirituales —que actualmente me llevan de un lado a otro— a las regiones de las armonías y de los colores. Dejo a usted la decisión. Quede seguro de mi simpatía.

Con los mejores deseos,

Goethe.

Weimar, 23 de octubre de 1815.

Su excelencia:

Me ha dado una enorme alegría con su bondadosa carta, porque todo lo que de usted proviene tiene para mí un valor inestimable; más aún, es algo sagrado. Por otra parte, su carta elogia mi trabajo, y este asentimiento suyo sobrepasa para mí el de cualquier otra persona. Pero lo que más me alegra de todo esto es que en su elogio, con esa manera de adivinar las cosas que le es tan propia, acierta usted de nueva cuenta al alabar la sinceridad y la honradez con las que he trabajado. Pero no sólo lo que he realizado en este campo tan limitado, sino todo lo que espero realizar en un futuro, tendré que agradecerse a esa sinceridad y a esa honradez. Estas cualidades que en principio sólo conciernen al aspecto práctico de las cosas, en mí se han desplazado al ámbito de lo teórico y lo intelectual: yo no puedo ceder, no puedo darme por contento mientras exista una parte cualquiera de un objeto de mi estudio que no acabe por mostrarme limpia y claramente su forma.

Toda obra tiene su origen en una sola y feliz ocurrencia, y es sólo ésta la que proporciona la voluptuosidad de la concepción; sin embargo, su nacimiento, su realización, no sucede, al menos en mi caso, sin sufrimiento. He aquí pues que me planto ante mi propio espíritu como lo haría un juez inclemente de un prisionero que yace en el potro del suplicio y a quien obligo a responder hasta que yo ya no tenga más preguntas. Creo que la mayor parte de los errores y absurdos que tanto abundan en toda clase de teorías y filosofías se deben únicamente a la falta de esta honradez. No se encuentra la verdad no porque no se la haya buscado, sino simplemente porque no se le buscó adecuadamente; y es que, en vez de encontrarla, se trató de redescubrir una opinión ya establecida, o cuando menos de no perjudicar una idea que uno apreciaba; con tal propósito había que dar rodeos e idear toda clase de evasivas y utilizarlas contra los demás y también contra uno mismo. El valor de no guardarse ninguna pregunta en el corazón es lo que hace al filósofo. Éste tiene

que parecerse al Edipo de Sófocles, quien, en busca de esclarecer su terrible destino, no deja de indagar aun cuando presente que lo más terrible puede sobrevenirle de las respuestas que reciba. Pero la mayoría de los filósofos llevan en su interior a una Yocasta, la cual le suplica a Edipo en nombre de todos los dioses que no siga preguntando y, como ceden ante ella, a la filosofía le va como le va. Tal como Odín ante las puertas del infierno, quien no dejaba de interrogar a la vieja adivina en su tumba, desatendiendo la obstinación, los requiebros y las suplicas de aquella que lo exhortaban a la calma, así tiene que inquirir el filósofo, quien debe interrogarse a sí mismo sin concesiones. Pero este valor filosófico, que constituye una sola cosa junto con la sinceridad y la honradez en la investigación, virtud que usted ha reconocido en mí, no proviene de la reflexión, no se deja provocar por máximas, sino que se trata de una tendencia congénita del espíritu. Estrechamente entretreídas con lo más íntimo de mi ser, esta sinceridad y esta honradez se revelan también en lo práctico y lo personal, de modo que muy a menudo advierto con satisfacción cómo la gente casi nunca tiene escrúpulos conmigo, sino que por el contrario, la mayoría me otorga su confianza apenas al conocerme.

Esta cualidad mía (de la que temería haber presumido en exceso de no ser porque la honestidad es lo único que nos está permitido a todos elogiar de nosotros mismos) es también la que me proporciona la confianza para dirigirme a su excelencia de manera tan abierta y tan libre como es mi propósito hacerlo hoy.

Su carta me ha privado de una esperanza que, a pesar de todo, había comenzado a situarse poco a poco en mi interior, la esperanza de que usted satisficiera el deseo que le hice saber en mi primera carta. A pesar de anhelar esta satisfacción, no soy tan estúpido como para exigirle que reconsidere su postura, aunque no le oculto que dicho deseo es un motivo adicional para mi actividad en este asunto. Es por ello, pues, que en su consideración no debe tenerse en cuenta nada más que el honor de la verdad, lo sagrado de la ciencia y la fama del inmortal nombre de usted, contra los cuales se han alzado con motivo de este asunto un ejército de miserables héroes de cátedra a quienes sin duda alguna condenará la posteridad, pero que mejor sería que recibieran ahora mismo el destino que les corresponde.

¿Por qué, como dice la carta de aprendizaje, «el juicio es difícil»^{*}? Porque tiene que ser al mismo tiempo objetivo e imparcial; rara vez se halla a un verdadero entendido que no se tenga a sí mismo en tanta estima como para no mezclar irremediablemente las observaciones objetivas y subjetivas. No debemos esperar, por consiguiente, abnegación alguna, y los huéspedes que prefieren «oír una canción ajena a la suya propia» no son muchos.

Creo firmemente que su excelencia no habría dirigido sus elogios tal como ahora lo ha hecho, es decir, con un cierto reparo a mi obra mas no a mi persona, si mi escrito no contradijese en sus resultados y su significado algunas cuestiones secundarias de su teoría de los colores. Necesariamente, el error yace en mi obra o en la de usted. De ser lo primero, ¿por qué se privaría su excelencia de la satisfacción de corregirme, y de privarme a mí la enseñanza que me ocasionaría el que, en pocas palabras, trazara usted en mi escrito la línea que separa lo verdadero de lo falso? Aunque he de confesarle honestamente que no creo que pudiera trazarse tal línea. Mi teoría es el desarrollo de un solo pensamiento indivisible, el cual es completamente falso o verdadero: se parece a una bóveda de la que no puede extraerse una sola piedra sin que se venga abajo. Su obra, en cambio, es la compilación sistemática de numerosos y diversos hechos (anteriormente, debido a la falsa teoría de Newton, fueron en parte adulterados y en parte ocultos); por ello resulta sumamente fácil que haya podido deslizarse en ella algún pequeño error que puede enmendarse con facilidad sin que sufra daño alguno el conjunto. Ahora bien, de ser este el caso, esos miserables enemigos a quienes nosotros tendríamos que exigir que se retractaran de una horda de errores centenarios, antes de descubrir y reconocer el infinito número de cosas verdaderas y excelentes que contiene la obra de su excelencia, tomarían precisamente ese ínfimo error como pretexto para desentenderse por completo de todo lo demás que su obra contiene, y jamás (al menos no hasta que llegue una generación imparcial) llegaría la validez del todo a ocultar la evidencia de ese minúsculo error. Por consiguiente, si es que alguna

^{*} Alusión al libro VII, capítulo 9, de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe.

equivocación se ha infiltrado, tarde o temprano tiene que salir a la luz, *et pueri qui nunc ludunt nostri iudices erunt*.^{*} Sin embargo, cuánto más contribuiría a realzar su honor ante el mundo y la posteridad y cuánto más reforzaría el reconocimiento de su obra si esos pequeños errores casuales se constataran en el escrito de uno de sus primeros partidarios —con la consideración y respeto debidos a su destreza— en un escrito que usted mismo editaría, antes de que el enemigo sea quien los saque a la luz con inquina. ¿Acaso no es a menudo preferible ceder un miembro del cuerpo al cuchillo del cirujano para poder salvar la vida? Y acaso no es terrible, cuando, en cambio, le decimos al cirujano: ¡haz lo que te parezca, pero esa parte ni la toques!

A esto hay que añadir que los puntos en los que mi tratado disiente con su teoría de los colores tienen una relevancia minúscula; es más, esto resulta casi trivial si uno toma en cuenta la forma en que mi teoría secunda a la suya, y a su vez, si uno considera cómo ésta le proporciona a aquélla una confirmación absoluta y un fundamento inquebrantable.

El asunto principal es la producción del blanco. Aquí Newton solo se acercó a la verdad por casualidad y con meras palabras mientras que usted ha ilustrado lo esencial del asunto, es decir, la absorción de todo color por su contrario. Sólo habría que corregir esto diciendo que el gris que pudiera producirse no se corresponde, en sentido estricto, al color como tal, sino sólo al color *químico*; con esto, queda ya suficientemente dicho todo lo que hay que justificarle a usted. La producción del blanco para mí no es otra cosa más que lo siguiente: cuando en *uno* y el mismo punto de la retina la actividad de la percepción del rojo se da *simultáneamente* a la actividad con la que se percibe el verde, surge la sensación del blanco o de la luz, es decir, se da entonces la completa actividad del ojo cuyas dos partes iguales eran verde y roja respectivamente. Y lo mismo sucede con las mitades desiguales. Recientemente, Malus y Arago han realizado en París difíciles experimentos y sabias investigaciones sobre la polarización y la despolarización de los rayos luminosos, con lo que han puesto de manifiesto las luces homogéneas; sin embargo,

* «Y los niños que hoy juegan mañana serán nuestros jueces.»

todo su trabajo es en vano: recorren un camino equivocado pues, siguiendo a Newton, buscan la causa esencial de los colores en una genuina y originaria modificabilidad (divisibilidad) de la luz. Y en realidad es que la primera no reside en la segunda sino en una genuina y originaria modificabilidad (divisibilidad) de la actividad de la retina; con el propósito de provocar la manifestación por una causa secundaria (estímulo externo), es necesario utilizar una luz atenuada de cierta manera (por el oscurecimiento o también por la reflexión sobre la superficie originaria de ciertos cuerpos) que aquí, sin embargo, para la manifestación de los colores en el ojo, sólo juega el mismo papel que el frotamiento en la producción de la mínima electricidad (separación del polo positivo y el polo negativo) perteneciente al cuerpo. Estos señores siguen una ruta completamente equivocada al empeñarse en buscar, siguiendo a Newton, los colores en la luz y no en el ojo. Es precisamente así como se equivocaron todos los filósofos anteriores a Kant, pues pensaron que el tiempo, el espacio y la causalidad eran independientes del sujeto y, consecuentemente, buscaron el principio, el fin, el origen y el propósito del mundo, con el sujeto incluido.

La segunda contradicción es que sólo la oposición fisiológica —y no la física— es polar. Recuerdo muy bien que ya le expliqué esto a su excelencia de viva voz en Weimar, y que, de una manera bastante liberal, me contestó: «escriba usted una obra en dos gruesos tomos en la que no haya nada que enmendar».

La tercera es la formación del violeta, una cuestión secundaria e insignificante. De todos modos, le haré llegar con alegría las anotaciones prometidas a este respecto.

Por lo demás, estas pequeñas correcciones no suponen para mí mérito alguno: sí lo tiene, por otro lado, el descubrimiento de la teoría que hace posible que surjan estas correcciones. Quien abre un nuevo campo en el camino empírico de la ciencia y da con una gran cantidad de hechos, y a continuación los expone según sus relaciones inmediatas, puede ser comparado con aquel que descubre una nueva tierra y traza los primeros esbozos en un plano. El teórico, no obstante, se asemeja a uno de muchos que, guiados por aquél, llegaron allí, y que asciende por una enorme montaña desde cuya cima abarca con la mirada la totalidad de esa nueva tierra. Es mérito de él haber llegado a la cima; pero que desde lo alto vea cómo todos

los que deambulan abajo yerran al elegir el camino más próximo, y que determine con exactitud las confluencias de los montes, ríos, bosques, eso no es otra cosa más que un juego de niños.

Sé con absoluta certeza que yo he realizado la primera y verdadera teoría de los colores, la primera hasta donde llega la historia de las ciencias; sé también que un día dicha teoría será aceptada universalmente y que se enseñará a los niños en las escuelas asociando mi nombre al honor de su descubrimiento, o bien, el nombre de algún otro que descubrió la misma teoría o que me la robó. Sin embargo, sé también con idéntica certeza que jamás hubiera podido descubrirla sin el grandísimo y precedente mérito de su excelencia. Creo, de igual manera, que tanto el *motto** de mi escrito como, en general, el tono del conjunto, e inclusive casi cada línea, expresa este reconocimiento: al fin de cuentas no soy más que el defensor de su excelencia (por eso espero también poder revestirme con sus blasones); incluso he aumentado con toda intención las pocas diferencias que me separan de usted para que nadie piense advertir en mí una ciega dependencia y parcialidad. Mi teoría es a la de su excelencia lo que el fruto es al árbol. Mi teoría servirá para proporcionar validez y aceptación a su obra sobre los colores, lo cual no es poca cosa. Su misma excelencia me enseñó una vez que debemos proceder siempre de manera positiva, construir persistentemente y no demorarse demasiado con el hundimiento de lo extraño, a lo que yo repuse citando las palabras de su querido Spinoza: *est enim verum index sui et falsi: lux se ipsa et tenebras ilustrat*.** La parte didáctica de la teoría de los colores de su excelencia es, por supuesto, positiva en la medida que expone los hechos y revela su correspondencia y su coincidencia; la parte polémica, es decir, la parte negativa, era absolutamente necesaria porque aquí, antes de cualquier cosa, había que deshacer los viejos errores con el fin de abrir camino. Sin embargo, a cambio de la teoría de Newton que en su obra derriba, usted no proporciona otra nueva. En esto ha consistido mi labor; con ella el público obtiene lo que siempre desea y a lo que tan difícilmente renuncia: conceptos generales que abarcan lo esencial de todo posible

* «Lema».

** «Lo verdadero, ciertamente, se muestra a sí mismo y también muestra lo falso: la luz se muestra a sí misma a la vez que muestra a las tinieblas.»

fenómeno del color. Por consiguiente, mi teoría sustituye muy bien a la de Newton en tanto que la mía es realmente aquello que la otra pretendía ser. Si hiciera una comparación de la teoría de los colores de su excelencia con una pirámide, mi teoría sería, por analogía, el vértice, el punto matemático indivisible desde el que se expande la enorme construcción y que es tan esencial que sin él la pirámide dejaría de existir; por su base, en cambio, uno puede quitarle todo lo que quiera sin que por eso deje de ser una pirámide. Como los egipcios, usted no comenzó a construirla por la punta, sino que comenzó por los cimientos en toda su extensión y, posteriormente, al tomarlos como fundamento, continuó construyendo hasta la cúspide. En este edificio suyo ya se da y se determina perfectamente la cúspide; sin embargo, a mí me ha dejado usted la tarea de colocarla verdaderamente donde le corresponde, con lo cual la pirámide queda ya completada, para consuelo de los siglos que habrán de venir. Los fenómenos que prueban mi teoría los ha expuesto usted extraordinariamente bien antes que yo, y como son tan irrefutables que nadie se atreve a discutirlos, los enemigos lo han ignorado a usted (al menos hasta donde yo sé), guardando un silencio absoluto. Sobre esta inamovible y absoluta evidencia basada en sí misma, descansa firmemente mi teoría; pero con ella no puede asociarse en modo alguno la de Newton; la teoría de los colores de usted, por el contrario, guarda con la mía una extraordinaria afinidad. En el contexto de todas esas investigaciones adicionales de hechos aislados en torno a los que se ha centrado la polémica hasta ahora, mi teoría será, desde ahora en adelante (aun cuando entre tanto la de Newton siga teniendo alguna vigencia) la única que habrá de refutar con éxito lo que jamás pudo refutarse. Es por ello que sostengo que la popularidad de mi teoría provocará el derrumbamiento de la de Newton. Esa «vieja fortaleza» la ha atacado usted por todas partes y la ha horadado con tal arrojo que el zapador experto ve cómo flaquea y sabe que ésta acabará por caer. Sin embargo, los inválidos que se encuentran en su interior se niegan a claudicar, es más, incluso berrean un absurdo *Te Deum* a los cuatro vientos. Pero gracias a las trincheras y a los túneles que usted realizó he logrado enterrar una mina bajo los cimientos de la fortaleza, que con su sola explosión derrumbará el edificio entero. Lo que ahora se espera de usted es que prenda la mecha y la vigile a fin de que estalle la mina, para

que nada impida su explosión. Espero que no le detenga el temor de que algunas de sus propias fortificaciones y máquinas de guerra —que a estas alturas resultan ya innecesarias— pudieran sufrir algún daño en la empresa.

En lo que atañe a la propuesta que su excelencia ha tenido la bondad de hacerme, lamento comunicarle que no estoy muy dispuesto a aceptarla. No veo a dónde podría llevarme, ya que el juicio de cualquier individuo tiene muy poco valor para mí; el caso de su excelencia es bien distinto, pues usted no es un individuo cualquiera: usted es único. Por lo demás, alcanzo bien a apreciar qué es lo que el doctor Seebeck *recibiría* de mí: pues como yo, él también piensa que la teoría de los colores de su excelencia es un trabajo preliminar y ha podido ocuparse de ella más tiempo y con más detenimiento que yo; asimismo, mi teoría sería a los ojos de esta persona aquello que él debió haber descubierto y que no pudo, lo cual no le haría la menor gracia. Por otro lado, no veo qué es lo que él habría de *aportarme* a mí a cambio: no me sería de ninguna utilidad tener noticia de algunos experimentos aislados ni poseer prolija información sobre algunos contrincantes a quienes yo no doy mérito alguno. Y por último, tendríamos que dejar enteramente a la buena voluntad del doctor Seebeck el que hiciera pasar mis conocimientos por los suyos o no. Lo que yo necesito y deseo es autoridad; usted tiene mucha, él no puede proporcionarme ninguna y ésta es la razón por la cual él no puede ayudarme. Confío firmemente en que su excelencia me comprenderá y que comprenderá también mis sentimientos hacia usted y que, por esta misma razón, no habrá de tomarse como un reclamo sino solamente como una pequeña broma que le diga que ante su propuesta no puedo hacer otra cosa más que pensar enseguida en la hija del párroco de Taubenhayn, quien, teniendo aspiraciones de casarse con el magnánimo señor, éste se la otorga a su cazador más valiente. También pienso en Jean-Jacques Rousseau, quien en su juventud fue invitado a comer por una ilustre dama a quien visitaba y no se percató, sino hasta el último momento, de que ella pretendía mandarlo a comer con la servidumbre.

Su excelencia tiene ahora otras ocupaciones; quizá se encuentre en la elevada región de la creación poética, desde donde las investigaciones científicas han de parecerle con merecida razón demasiado

insignificantes. A pesar de ello, no puedo creer que tales ocupaciones le impidan tomar parte de alguna forma u otra en estos asuntos relacionados con la teoría de los colores. En efecto, aquél trata de un terreno tan reducido, tan fácil de abarcar, y además tiene que estar usted tan indeleblemente impregnado del contenido esencial de la obra, fruto de sus investigaciones de tantos años, y mi escrito es tan corto y ya desde hace tiempo tan familiar para usted, que pensé que la decisión no habría de representar para usted ninguna pérdida de tiempo ni tampoco alguna distracción extraordinaria. También yo, con excepción de un par de semanas, he considerado siempre este trabajo como cosa secundaria; por lo demás, constantemente rondan teorías muy distintas por mi cabeza que nada tienen que ver con la teoría de los colores.

¿Pero, en realidad, qué es lo que pretendo con esta carta tan extensa y tan aburrida, con esta locuaz *oratio pro corona*?* Quizá que su excelencia se sienta motivado a mirar de nuevo a mi pequeña criatura con benevolencia y, antes de que la rechace, acepte usted ser su padrino. En efecto, sin esa gracia su constelación no será adecuada; la concepción y el doloroso alumbramiento habrían sido inútiles y no tendría otra cosa más que hacer que regresar al seno de la madre. Las razones de esto ya se las expuse a su excelencia en mi primera carta. ¡Qué será del niño en manos del enemigo si sus propios amigos le niegan ayuda! El mundo, que desde hace tantos milenios nada entre los colores sin saber qué son, seguirá existiendo mucho tiempo aún sin que necesite servirse de tal conocimiento, y no se sentirá peor por ello; sólo a mí me dolería tener que leer y oír las absurdas opiniones sobre los colores así como las alabanzas con las que son veneradas, mientras que yo, que conozco algo mejor, debo guardar silencio. Dice Herodoto: *ejisté de odune estí ton en anthropoisi aute, pola froneonta, medenós kratein*,** y Hamlet grita dolorosamente: *but break my heart, for I must hold my tongue*!*** —No obstante, estoy habituado a este sufrimiento en mi propia profesión.

* Alusión al famoso «Discurso por la corona» de Demóstenes.

** «La más dolorosa de las penas humanas es pensar mucho y no saber nada», *Historia* (IX, 16).

*** «Mi corazón se rompe, ya que tengo que mantener la lengua quieta», *Hamlet* (I, 2, 59).

Si por ahora debo guardar la *ejemuthia** pitagórica, confío que su excelencia atenderá mi siguiente petición, sobre todo si le recuerdo que fue el pensamiento de hacer algo que le complaciese lo que despertó mi interés para dedicarme a un trabajo que, de no haber sido motivado por esta razón, no hubiera sido realizado. Le pido que cuando su excelencia me devuelva el manuscrito, me informe con toda franqueza y exactitud si ha hecho partícipe a alguien de mi trabajo y, en ese caso, a quién. Nada más natural, al encontrarse usted con el doctor Seebeck, cuya ocupación principal es la teoría de los colores, que le hubiese hablado sobre mi ensayo, o incluso que se lo hubiera prestado para que lo examinase. Me gustaría mucho saber cuál es la situación al respecto. Su excelencia sabe cuánto debe temer uno a los plagios, usted mismo me ha confiado algunas experiencias propias de esa clase, por ejemplo, el caso de von Oken.** Por ello espero que su excelencia comprenda a la perfección que le pida encarecidamente que me aclare este asunto.

Tengo la esperanza de que su excelencia habrá de ser indulgente con el desparpajo y franqueza de esta carta, ya que ciertamente estará convencido de que nadie tiene tanta admiración por usted como el más humilde servidor de su excelencia,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 11 de noviembre de 1815.

* «Discreción».

** Lorenz von Oken (1779-1851) se adjudicó varios descubrimientos fisiológicos hechos por Goethe.

Me encuentro muy agradecido, mi estimado amigo, de que mediante su amable y detallada carta quiera usted suprimir tan felizmente la distancia que nos separa. Sólo puedo responder parcialmente a su misiva y tranquilizarlo acerca de la pregunta de si alguien más ha visto su ensayo. A este respecto, le contestaré con absoluta sinceridad: ¡nadie lo ha visto! El doctor Seebeck me visitó en el campo, donde yo no tenía el trabajo de usted. Es cierto que me acordé de su ensayo, pero no creí tener el conocimiento necesario para realizar de memoria una explicación pertinente del mismo; además, contábamos con poco tiempo y no quise interrumpir a Seebeck en su exposición de los fenómenos y su demostración, que en su conjunto pertenecen al ámbito de los colores físicos. Por otro lado, me frenaba la incertidumbre de no saber si eso sería de su agrado.

Si le expresé mi deseo de ponerlo en contacto con Seebeck fue porque yo esperaba que mi amigo se interesase por la parte fisiológica y por el aspecto general y teórico del asunto. Pero, como a usted no le parece, no insistiré más.

Y eso es todo por el momento, al menos para que mi opinión sobre el violeta pueda acompañar a esta carta. En primer lugar, debo hacerle saber mi insuperable aversión a tomar parte abierta, por mínima que ésta sea, en la actual disputa en torno a la teoría de los colores; sin embargo, creo hallarme en deuda con usted y con su trabajo, el cual examino nuevamente y con gran atención por haber ampliado mis opiniones. Quien se inclina a construir el mundo desde el sujeto no negará la consideración de que dicho sujeto, en tanto que fenómeno, no es más que un individuo, y de ahí que requiera una cierta porción de verdad y de error para mantener su carácter específico. Sin embargo, nada separa más a los hombres que el hecho de que las porciones de ambos ingredientes se encuentren mezcladas en proporciones muy distintas.

G. Weimar, 16 de noviembre de 1815.

Su excelencia:

Me prometió hace ya diez semanas hacerme llegar a la brevedad su opinión sobre mi teoría de los colores. Por mi parte, el tres de diciembre le escribí una extensa carta que contenía la defensa de mi opinión acerca del color violeta, así como una nueva y muy buena demostración de mi teoría. Desde entonces su excelencia parece haberse olvidado de nueva cuenta tanto de mí como de mi teoría. Mi primera y siempre incierta esperanza de que usted, debido al propio interés por la misma, me ayudaría en la publicación de mi trabajo, ha ido desvaneciéndose poco a poco; la expectativa con la que aguardaba, en todo caso, obtener por lo menos el juicio de usted, se esfuma en vista de que han pasado ya siete meses y en vano sigo esperando. Es por ello que le hago una última petición a su excelencia, a saber, que tenga la bondad de devolverme el manuscrito, a fin de concluir de una vez por todas con este asunto; y es que esta inseguridad, esta indeterminación, esta espera, me resultan ya sumamente desagradables; se trata de un desagrado que, ciertamente, tiene mucho que ver con mi auténtico amor a la verdad, la claridad y la certeza; por lo demás, he esperado y aguantado ya casi ocho meses, un periodo mayor al que nunca me pude haber imaginado.

Hablando con absoluta franqueza, me resultaba imposible imaginar que su excelencia no reconociera la corrección de mi teoría; pues sé que la verdad ha hablado a través de mí en esta cosa tan pequeña como un día habrá de hacerlo en cosas más grandes. Como usted posee un espíritu tan armónico y se halla tan bien templado, me resulta todavía más imposible de creer que no vaya a tener en usted efecto alguno esta nota. No obstante, bien se me ocurre que existe cierta aversión subjetiva de su parte a determinadas tesis que no concuerdan enteramente con las suyas, y que esto le quita las ganas de ocuparse de mi teoría: de ahí que demore y postergue constantemente esa tarea. Usted guarda un absoluto silencio dado que no puede ni concederme su aprobación ni tampoco negármela. En el

fondo, me sorprende que esto tenga que ser así, sobre todo porque soy mil veces más su defensor (y uno muy convencido, cabe señalar) que su enemigo; sin embargo, esto es lo que alcanzo a apreciar a partir de sus observaciones, y es lo que me obliga a pensar.

Finalmente, le reitero a su excelencia que quede convencido: ni esta circunstancia, ni cualquier otra, supondrá algún cambio en la auténtica y profunda admiración que nadie profesa como el más humilde servidor de su excelencia,

Dr. Arthur Schopenhauer.

Dresden, 23 de enero de 1816.

Muy a menudo, mi estimado amigo, he deseado en estas largas veladas de invierno que usted estuviese aquí, pues en el caso que nos ocupa no es posible esperar ninguna información por escrito. Sitúo la teoría de los colores en medio de los dos, como tema principal de nuestra conversación, y ésta no tiene por qué ser siempre unánime. Pero a fin de no dejarlo a usted, en vista de sus bellos y honestos esfuerzos, sin la prometida cooperación, examiné durante dos días en Jena, en la medida en que me fue posible, qué es lo que se ha dicho sobre los colores desde hace ocho años tanto aquí como en el extranjero. Con esto quería yo tener bases sólidas para mi futura conversación con usted. Sin embargo, mi encomiable propósito produjo el efecto contrario que yo anhelaba, pues he advertido claramente que los hombres podemos estar de acuerdo en cuanto a los objetos y sus fenómenos pero que jamás llegaremos a estarlo en lo que respecta a los puntos de vista, las deducciones o las explicaciones, incluso ni siquiera aquellos que están de acuerdo en los principios, pues la aplicación práctica de los mismos enseguida los vuelve a situar en discordia. Y, de igual manera, advertí claramente también lo inútil que es nuestro esfuerzo de querer comprendernos mutuamente. La idea y la experiencia no coinciden jamás en el punto medio; sólo pueden ser conciliadas mediante el arte y la acción. Me he ocupado de su manuscrito y de sus cartas, hasta el punto de haber encuadernado estas últimas con mis propias manos, porque todo debe permanecer junto. Con gusto mandaría hacer un resumen de su trabajo, pero como esto sólo podría realizarlo una persona competente, me vería obligado así a traicionar su confianza. Si usted mismo quisiera realizar el resumen me alegraría enormemente, pues en verdad quisiera contar con una exposición breve de sus opiniones para que cuando se dé la ocasión pueda introducirlas en el tratado sobre los colores.

Hágame saber de vez en cuando de sus ocupaciones. Siempre me encontrará interesado, pues aunque ya estoy demasiado viejo como para querer hacer más las opiniones de los otros, me agrada

mucho, dentro de la medida de mis posibilidades, informarme, desde el punto de vista histórico, en qué y en cómo piensan.

Hágame saber pronto si esta carta ha llegado a sus manos.

Con mis mejores deseos,

Goethe.

Weimar, 28 de enero de 1816.

Su excelencia:

Ha dicho en su biografía: «mas al final, el hombre se remite siempre a sí mismo.» Ahora mismo también yo he de exclamar suspirando inconsolablemente: «¡entré solo en el lagar!» No puedo ocultarle lo mucho que me ha dolido no haber obtenido de usted ninguna cooperación seria, ni la menor muestra de interés y ni tan siquiera una respuesta. La satisfacción de la primera petición que le hice la esperé con mucha más confianza de la que dejé divisar: yo estaba seguro de colaborar vivamente con usted. Estas esperanzas sanguíneas fueron extinguiéndose paulatinamente; pero después de tanto tiempo, tras tantas cartas, que no me haya podido decir su opinión, su juicio, nada, excepto un elogio vacilante y un callado rechazo al aplauso, sin atisbo alguno de razón o argumentos en contra, eso fue más de lo que yo hubiera podido temer y mucho menos de lo que esperaba. Por otro lado, no es en lo más mínimo mi intención, y, aunque sólo sea en el pensamiento, el hacerle el más mínimo reproche. Pues usted le ha otorgado a la humanidad entera, a nuestros contemporáneos y a las generaciones futuras, tantas y tan grandes cosas, que todos y cada uno de nosotros, en esa deuda colectiva que la humanidad tiene con usted, no somos otra cosa más que deudores, y por tal motivo ningún individuo, sin importar la clase a la que pertenezca, puede adjudicarse el derecho de hacerle a usted ningún tipo de reproche. Dicho con toda sinceridad, no puedo pretender ponerme en esa situación o en ese estado de ánimo, pues para hacerlo hay que ser un Goethe o un Kant: ningún otro de los que miran al sol desde mi misma altura.

Me resulta sorprendente, sin embargo, que su falta de colaboración, en lugar de debilitar la buena estima que tengo de mi trabajo y de haber aniquilado mi valor, parece casi haber fortalecido estas dos cosas. Estoy convencido de que mi teoría es absolutamente verdadera, nueva y, en la medida en que el tema lo permite, importante. Estoy más ansioso que nunca de vindicar el descubrimiento

con mi nombre, por eso, hace poco que decidí publicar el escrito para la próxima feria editorial. Es casi como si tuviera que apelar a su aprobación, no a la de la absurda masa, sino al juicio del único pensador, al único hombre capaz de juzgar rectamente entre tantos millones de seres que se desperdigan aquí y allá por los extensos intersticios del tiempo y el espacio y que son, además, aquellos a quienes denominamos posteridad: así es, la totalidad de esa posteridad es tan absurda como la contemporaneidad. Sé que esa chusma que ocupa cátedras y dirige revistas literarias no dejará de ladrar contra mí, pero desde que le envié a usted mi ensayo, he realizado tan nuevos y tan sólidos avances en el desprecio humano que me encuentro dispuesto a no dar importancia alguna a la opinión de la masa humana, ya sea en mis pensamientos o en mis actos.

Por otra parte, desde el año de la primera redacción de mi teoría, no he dejado de ocuparme del tema, ni de leer, escribir, y pensar al respecto. Es por ello que volveré a redactar el ensayo, le añadiré algunas correcciones, e incluiré y eliminaré algunas cosas, con el fin de mejorar la exposición. Por ello, tengo que pedirle un favor a su excelencia, que con seguridad no me negará. Usted me escribió que en Jena había intentado ponerse al corriente de lo que desde hace ocho años se ha escrito sobre la teoría de los colores; poco tiempo antes también elogió usted el que Seebeck tuviera conocimientos precisos de lo que piensan sus enemigos. Me gustaría, pues, que usted me informara con detalle de todo eso. Con excepción de las dos reseñas, no conozco nada lo que se ha publicado a recientes fechas, salvo aquel necio producto de Klotz, la bonita obra de Runge y la obra de filosofía de la naturaleza de Steffens (a la que no puedo elogiar); también, el infame escrito de Pfaffs, el lamentable panfleto en latín de Mollweides y algunos artículos en la biblioteca oftalmológica de Himlys, la cual es más antigua que el *Tratado de los colores* de su excelencia. La *Nueva teoría de los colores luminosos* de Bewers la recibiré en las próximas fechas. Le ruego encarecidamente a su excelencia que me informe de todo lo que conozca excluyendo las obras citadas y, que de ser posible, me proporcione una reseña literaria de Seebeck. Todo esto me servirá de algo si sucede sin retrasos de ningún tipo; Hartknoch publicará mi ensayo y le he prometido tener el manuscrito listo para la imprenta en tres o cuatro semanas.

Este escrito aportará mucho a la gloria y la defensa de la obra de su excelencia, por eso creo firmemente que de manera bondadosa cumplirá con lo que le he pedido.

Con la más imperturbable admiración, el humilde servidor de su excelencia,

Dr. Arthur Schopenhauer.

Dresden, 7 de febrero de 1816.

Su excelencia:

Tengo el honor de enviarle mi escrito ya impreso. ¡Entro solo en el lagar! Pero me mantengo firmemente en pie. Y tanto aquí como en todo lo demás, éste ha de ser mi destino: *Nam Caesar nullus nobis haec otia fecit: Jordan Brunus*.^{*} Si su excelencia se tomara la molestia de volver a leer el escrito, lo encontrará muy modificado y ampliado con añadidos muy significativos. Le pediría que me diera su opinión si no hubiera renunciado ya a la esperanza de obtenerla algún día, después de una extensa correspondencia en la que tan a menudo y con gran hincapié le pedí en vano que me la manifestara.

Tal vez su excelencia quisiera hacer el favor de anunciarme si hay esperanza de poder verlo este verano en Toplitz, algo que, a causa de la teoría de los colores y, por muchos más motivos, deseo muy vivamente. Sin embargo, sospecho que visitará usted de nuevo las riberas del Rin, y creo que sólo una causa no deseada, como que su salud lo obligase a ello, podría favorecer mis deseos.

En cualquier caso, queda para usted con profundo respeto y admiración el más humilde servidor de su excelencia,

Dr. Arthur Schopenhauer.

Dresden, 4 de mayo de 1816.

^{*} «Pues ningún César nos ha otorgado esa musa: Giordano Bruno.»

El sello negro de mi carta tiene que servirme, mi estimadísimo señor doctor, para excusarme nuevamente con usted, por no poder comunicarle en la presente nada más que la recepción de su ocu-
rrente ensayo. La enfermedad de mi amada esposa y su consiguiente fallecimiento me ha alejado de toda actividad científica y, en particular, de la teoría de los colores, por la cual había vuelto a sentirme atraído debido a su trabajo, a la publicación del artículo de Schulz —el cual le adjunto— y al traslado de todos mis aparatos cromáticos a Jena. Por desgracia, también tuve que interrumpir los experimentos con los colores entópticos, así como los químicos, a los que me había acercado el magnífico escrito de Voight: *Los colores de los cuerpos orgánicos*. Mientras tanto, es fácil deducir de todo esto que el punto desde el que nosotros dos partimos prosigue vivamente su desarrollo, si bien en direcciones distintas. Ojalá que usted tampoco se canse de cultivar ese hermoso campo, ni de seguir alimentando sus opiniones para que así dentro de unos años nos topemos gozosos en el punto medio en el que ambos comenzamos; al final de cuentas, nosotros nos inspiramos en la más excelsa antigüedad y esa ventaja nadie puede quitárnosla. Deme noticias de usted de vez en cuando.

Con mis mejores deseos,

Goethe.

Weimar, 16 de junio de 1816.

Señor editor F. A. Brockhaus, en Leipzig:

Como el señor von Bidenfeld me comentó que, en principio, usted no tendría objeción alguna en publicar un manuscrito mío, me he tomado la libertad de hacerle saber de qué se trata el mismo.

Con ocasión de la feria editorial Michaelis* de Leipzig, quisiera publicar una obra filosófica en la que he trabajado incesantemente durante años. Por una parte, no sería adecuado que yo como escritor me hiciera el modesto frente a un editor; tampoco sería apropiado andar de charlatán. Es por ello que deseo comentarle de manera sincera y escrupulosa a usted, quien me habrá de juzgar, ciertos aspectos de mi obra que le atañen enormemente. Sin embargo, le tendré que pedir, como el hombre de honor que usted es, que no revele nada de lo que habré de decirle, ni siquiera el título de la obra, el cual nadie debe conocer antes de que se encuentre en el catálogo de la feria.

Mi obra contiene un nuevo sistema filosófico, un nuevo sistema en todo el sentido de la palabra: no se trata de una nueva presentación de lo que otros han dicho antes, sino de una serie de pensamientos hilvanados tan en sumo grado, que a ningún otro hombre le ha pasado jamás por la cabeza. El libro en el que he realizado la difícil tarea de expresar a otros estas ideas será, según mi más profunda convicción, uno de esos libros que se vuelven la ocasión y la fuente de muchos otros más. En lo esencial, ya tenía estos pensamientos en mente desde hace cuatro años, pero para poder desarrollarlos y para que a mí me parecieran perfectamente claros mediante numerosos ensayos y estudios necesité de otros cuatro años, en los cuales me ocupé exclusivamente de este tratado así como de estudiar las obras extranjeras cuyos temas eran afines.

* En la feria de «San Miguel» Kant, Goethe y Schiller, entre muchos otros, presentaron varias de sus obras más importantes.

Desde hace un año comencé a completar todo este tratado para hacerles comprensibles a los demás mis pensamientos y justamente ahora he terminado. Este tratado no es nada semejante ni a la verborrea rimbombante, vacía y absurda de la nueva escuela filosófica ni al parloteo prolijo y trivial de la época anterior a Kant. El mío es un tratado claro, comprensible y a su vez enérgico, y también debo decir que no está exento de belleza: sólo quien realmente tiene pensamientos propios tiene un verdadero estilo. El valor que le atribuyo a mi trabajo es muy grande, pues lo considero como un fruto de mi propia existencia. La impresión que le provoca el mundo a un espíritu singular, y el pensamiento con el cual el espíritu, después de haberse instruido, reacciona a dicha impresión, están ya formados cerca de los treinta años, y todo lo que se produce después son variaciones y repeticiones de lo mismo. Si este estudio, este pensamiento, uno de los miles que se dan día con día en millones de individuos, es verdaderamente diferente y genuino, así también lo será la obra en la que éste se exprese y se manifieste, tan pronto el destino le sea a uno favorable y le dé a uno el ocio y la paz interna y externa para completarla. Creo que éste ha sido mi caso, y es por ello que, de corresponderse mis exigencias al valor que le otorgo a mi obra, éstas serían extraordinarias e incluso exorbitantes. Mis exigencias para darle mi manuscrito a un editor también serían muy elevadas si estuvieran fundadas bajo el mismo criterio. Sin embargo, éste no será el caso, no puedo pedirle que por mis propias palabras crea todo lo que le he dicho, pues sería lógico que sospechara que se trata de pura vanidad. Por ello, parto del hecho de que soy un autor poco conocido, y de que una obra filosófica, en tanto que no haya logrado obtener la gloria, no es acogida en principio por un gran público, y que ésta sólo llega con el paso del tiempo. En estas razones se fundamentan, pues, las mínimas pero justas exigencias que ahora le haré saber.

Mi obra lleva por título «El mundo como voluntad y representación, de Arthur Schopenhauer, junto a un apéndice que contiene la crítica de la filosofía kantiana». Según mi estimación, la obra deberá ser impresa en octavo grande con no más de 30 líneas por página, y en 40 pliegos, mismos que no deben ser divididos en dos tomos. Si acepta imprimir mi obra, usted recibirá dos tercios del manuscrito a mediados de julio. No antes, pues, aunque ya está

terminado, lo debo pasar en limpio y hacerle de paso algunas enmiendas. El último tercio del manuscrito lo recibirá a más tardar a principios de septiembre. Usted será responsable de transportar la obra ya impresa a la feria de libros en buen papel de impresión, en formato grande, y con letra fina. Se tendrá que comprometer en un contrato a imprimir 800 ejemplares y renunciará a todos los derechos de una segunda edición. Me tendrá que dar su palabra de honor de que cada pliego será leído tres veces y que cada uno será cuidadosamente corregido. La última de estas correcciones será realizada por alguien sumamente erudito designado por mí que revisará, con el manuscrito en mano, las otras correcciones realizadas. Usted me pagará, por concepto de honorarios, la mínima cantidad de un ducado por cada pliego impreso, mismos que me tendrá que dar justo después de la entrega del manuscrito; ya que, tan pronto se distribuya el mismo, partiré rumbo a Italia en un viaje que he postergado por dos años debido a la elaboración de esta obra. Finalmente, lo último que le pediré es que me proporcione diez tomos de la obra impresos en buen papel.

No le puedo mandar el manuscrito a *Durchsicht* en parte debido a que la obra, en su estado actual, sólo me resulta legible a mí, en parte también se debe a que no se lo puedo entregar a nadie mientras no tenga una copia del mismo, y, finalmente, debido a que todavía me encuentro muy ocupado haciendo las correcciones que le mencioné. Le solicito que me haga saber su complaciente y decisiva respuesta sin demora, pues, en caso de que no acepte mi propuesta, le habré de encargar a alguien que vaya a Leipzig que me busque un editor.

Me parece que el señor von Biedenfeld le ha escrito que yo pensaba escribir y publicar un artículo titulado «Colores» en la enciclopedia que usted dirige. Se trata de un mayúsculo error: yo no hago esa clase de trabajos. A lo único a lo que consentí fue a lo siguiente: si el señor von Biedenfeld quisiera escribir dicho artículo, yo lo podría revisar y corregir, tal como lo hice con el artículo que el profesor Ficinus realizó para el diccionario de Pier. El otoño pasado usted tuvo la amabilidad de ofrecerme dos luises de oro por cada pliego que redactara para la revista *Kunstblatt*, pero no los acepté ya que nunca pienso trabajar para ningún periódico.

Sólo quisiera añadir que de ningún modo consentiré a enviarle

el manuscrito, ni siquiera de modo parcial, antes de las fechas acordadas. La conclusión que intento darle a la obra no lo permite en lo absoluto.

Devotamente, queda de usted,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 28 de marzo de 1818.

Sr. F. A. Brockhaus, en Leipzig:

Es para mí una gran alegría que haya aceptado mi oferta y, en consecuencia, el que me haya librado de ulteriores preocupaciones. Asimismo, espero que un día se felicite por haber concertado un buen negocio. Únicamente le pido ahora tener muy presente que lo más importante para mí de nuestro convenio no son los honorarios, los cuales, por cierto, no se corresponden en lo más mínimo con el valor de la obra ni con el tiempo y el trabajo que le he dedicado, sino el cumplimiento cabal de las condiciones restantes en relación con la impresión y las correcciones. Sólo cuando pueda confiar plenamente en que se observarán todas las indicaciones acordadas podré sentirme tranquilo mientras me encuentre del otro lado de los Alpes. Espero incluso que cuando usted mismo se dé cuenta de qué tan lejos se haya mi manuscrito de la media, hará más por la apariencia del libro de lo que yo mismo he podido exigirle.

Como se lo hice saber, debo pedirle que realicemos un contrato: sobre todo, esto me resulta importante porque deseo que se comprometa formalmente a renunciar a cualquier derecho sobre la segunda edición, a no imprimir más de 800 ejemplares y a editar la obra para la Michaelis cumpliendo las estipulaciones que hemos acordado. Deseo quedarme completamente tranquilo al respecto.

Tenga usted la bondad de tener preparados dos tipógrafos para mediados de julio, pues de otra forma no estarán impresos los cuarenta pliegos para la Michaelis. De aquí a entonces le pido también que me informe a qué lugar debo enviar el manuscrito.

Por otra parte, la obra pasará la censura: en ella no puede encontrarse ni una sílaba que atente contra el gobierno o contra algo que se relacione con él; de igual forma, tampoco contiene nada que se oponga a las buenas costumbres; es más, del último libro se desprende una moral que se corresponde exactamente con la del auténtico cristianismo. Sin embargo, aunque esto no se manifiesta de forma expresa, sino de manera tácita pero no menos evidente, la filosofía que expongo se halla en contradicción con los dogmas de las doctrinas judeocristianas. En la actualidad, no obstante, se ha

llegado a ser muy tolerante con los filósofos a este respecto, e incluso se ha vuelto habitual oír decir a los autores cosas bastante fuertes por las cuales hace cincuenta años habrían sido perjudicados de manera importante. Tampoco hay en mi libro ningún ataque directo en contra de la Iglesia. Tengo, por ende, plena confianza de que habré de pasar la censura. Por lo demás, no conozco a ciencia cierta cuáles son los principios según los cuales ésta rige; no se puede saber tampoco cómo habrán de interpretar esos señores las cosas que digo. Pero no estoy dispuesto a realizar correcciones en este escrito que tiene para mí una importancia mayúscula. Creo que en el peor de los casos usted podría hacer imprimir el libro en Jena o en Merseburg: aunque espero no haya necesidad de llegar hasta esa instancia. Además, como sabe, una prohibición para un libro no es precisamente una desgracia.

En relación a los artículos de diccionario que me envió, poca cosa he podido hacer con ellos. Pues el primero expone la teoría de Newton que yo, junto con Goethe, he declarado falsa e incluso absurda y a la que en el diccionario de *Pier* mi propia teoría la ha desplazado del lugar que cómodamente ocupaba desde hace 100 años en todos los manuales. Poco a poco la desplazará de todos los demás lugares, ya que la fuerza de la verdad es muy distinta a la que posee un nombre famoso o a la del bullicio de los profesores ordinarios. Por este motivo, no podría hacer otra cosa para corregir este artículo que apoya la teoría de Newton más que anotar al pie de página que se trata de una vieja canción que no contiene ni una sola palabra verdadera.

El segundo artículo, titulado «Teoría goetheana de los colores», es incompleto, insuficiente y, dicho sea entre nosotros, es un trabajo como de peón. Pero para cumplir al menos en parte con su deseo, he corregido algunos errores que se hallaban en manifiesta oposición con la propia teoría de los colores de Goethe. Parece ser que quien lo escribió no ha oído todavía nada de mí, pero en vista de la capacidad que manifiesta, está muy bien que eso sea así.

Queda de usted con el mayor de los respetos su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 4 de abril de 1818

Su excelencia:

Hace ya mucho tiempo que no recibe noticias mías, pues como no tenía motivo alguno para escribirle, no quería importunarlo sin razón. Mientras tanto, me he enterado con alegría a través de mi hermana de las buenas nuevas sobre su estado de salud, y recientemente también me enteré de la noticia de que usted es abuelo, por lo que lo felicito de todo corazón.

Esta vez me dirijo a usted para comunicarle sobre mi retiro a tierras más lejanas. En efecto, tras más de cuatro años de trabajo aquí en Dresden, acabaron mis manos una obra en la que he trabajado cuatro años y así, al menos por el momento, doy por concluidos los lamentos y el bullicio. Por eso vuelvo la espalda a todo esto y marcho enseguida a la tierra donde florecen los limones, *nel bel paese, dove il Sì suona*,* como dice Dante, allí «donde la cantinela del ‘no, no, no’ de las revistas literarias no puede alcanzarme», añadiría yo. Después del próximo verano, pienso regresar por Suiza, «a través de las montañas y sus senderos de nubes», por lo que pasará un año al menos antes de que vuelva a ver Alemania.

Mi deseo más vivo y el que más alegría me daría sería el de ver a su excelencia de nuevo antes de partir. Por desgracia, no tengo tiempo de ir a Carlsbad, ya que hasta comienzos de septiembre, fecha en la que pienso partir, estaré muy ocupado con los últimos preparativos para la conclusión de mi obra. Ir a Weimar después me lo impiden conocidas desavenencias; a pesar de lo mucho que me gustaría ver a mi hermana, la cual seguramente se ha convertido en una muchacha extraordinaria a juzgar por las cartas que escribe y las siluetas recortadas y los poemas que las acompañan, mismas que el conde Pückler me mostró embelesado. Él es, por cierto, un hom-

* «En la bella tierra, donde resuena el Si», *Divina Comedia*, Infierno (XXXIII, 80). Schopenhauer añade la mayúscula a la penúltima palabra.

bre extraordinario, y me alegrará volverlo a encontrar en Roma. Lo más deseable sería para mí que su excelencia pudiera venir aquí desde los baños, pero eso no es algo con lo que pueda contar.

Es por ello que me tome la libertad de preguntarle si antes de mi viaje a esa tierra tan querida y conocida por usted, no desearía darme quizá algún consejo o alguna orientación aparte de las que se encuentran en sus cartas ya impresas, las cuales (junto al muy anhelado tercer tomo) llevaré conmigo. Tal vez podría recomendarle algunos libros sobre Italia aparte de los conocidos, o bien honrarme con alguna carta de recomendación que pudiera proporcionarme relaciones interesantes o, cuando menos, relaciones que sean útiles e importantes; también pudiera ser el caso que usted deseara enviar alguna pequeñez a Roma o a Nápoles. Como puede suponer, cualquiera de estas cosas me daría un inmenso júbilo. Y ésta sería, pues, la intención egoísta de mi presente escrito *pour prendre congé*.*

Mi obra, que aparecerá en la feria Michaelis de Leipzig, no sólo es el fruto de mi estancia aquí, sino, ciertamente, de mi vida entera. Y es que no creo que de ahora en adelante sea capaz de crear algo mejor ni de contenido tan rico; además, pienso que Helvétius tenía razón al afirmar que a los treinta años, o a lo mucho a los treinta y cinco, el ser humano ha alcanzado ya, gracias a las impresiones vividas, el límite de lo que su pensamiento puede dar de sí, y que todo lo que produzca después no será sino la repetición y el desarrollo de lo que hasta entonces ha acumulado. Un dichoso destino me otorgó el ocio y la íntima y vigorosa energía para poder producir tan pronto y fresco lo que otros, como, por ejemplo Kant, sólo pudieron servir marinado en el vinagre de la vejez, aun cuando su trabajo haya sido fruto de la juventud. Tengo treinta y un años de edad. El título del libro que, aparte de mí y el editor, nadie conoce todavía, es *El mundo como voluntad y representación, cuatro libros y un apéndice que contiene la Crítica de la filosofía kantiana*. Brockhaus tiene el encargo de enviar a su excelencia un hermoso ejemplar. En vistas de nuestros diálogos filosóficos, no me hago muchas ilusiones de obtener su aprobación en caso de que tenga usted la paciencia necesaria

* «Para despedirme».

como para sumergirse en la corriente de un pensamiento ajeno. El libro tendrá, cuando menos, cuarenta pliegos.

Mi teoría de los colores no ha causado todavía ninguna sensación, por lo menos ninguna que haya tenido ecos sonoros—como la piedra que cae en el lodo y que no provoca ondas—; sin embargo, soy duro de roer, y sé que lo auténtico y lo bueno acaban siempre por obtener su derecho y su lugar. Sin embargo, veo también cómo la cuña bien afilada de mi teoría abrirá camino al tratado de los colores de su excelencia a través de la compacta multitud, veo también cómo con seguridad comenzará ésta a ejercer una callada influencia y cómo poco a poco acabará por convencer a todos aun cuando todavía nadie se atreva a clamar: *pater, peccavimus!** El *Diario de Leipzig*, por ejemplo, que en agosto de 1815, de forma tan ofensiva y perversa y, en última instancia desmedida, cubría de polvo su tratado, el 14 de julio de 1817 dedicó a mi obra una reseña que era una pieza maestra que regresaba las cosas por buen camino. El tipo que la escribió se retuerce como un gusano, pues sabe a qué conclusiones tiene que llegar: confiesa poco a poco que yo tengo absoluta razón en todos los puntos, sólo que, a pesar de todo, opina que Newton sale de ahí bien librado, y continúa hablando, si bien en un tono muy tenue, de luces homogéneas. Al final afirma que, si en última instancia, resultara que usted tiene razón, los newtonianos podrían consolarse pensando que ellos se han comportado siempre con absoluta corrección en todos los deberes, mientras que nosotros lo hemos hecho con sendas majaderías. ¡Un limpio *refugium*** en una cosa tan falsa, vergonzosa y temida! Le envío de manera adjunta la obra de uno de mis prosélitos, Ficinius, cate-drático de química en la Academia de Medicina de esta ciudad: se trata del artículo «Color» para el diccionario de psicología de *Pier*, que habrá de aparecer en el tercer tomo que todavía no se publica. Usted tendrá la satisfacción de ver en estos pliegos mi teoría asociada con la de usted, y verá que doy a ésta una demostración y un fundamento *a priori* mediante el cual queda establecida su verdad; y, detrás de todo estará nuestro Sir Isaac sentado en el banquillo

* «¡Padre, hemos pecado!»

** «Refugio».

de los condenados. Quizá sea éste el primer manual propiamente dicho que incluye la teoría de su excelencia: la primera fortaleza de la tierra que se pretende conquistar, abandonada por el enemigo y ocupada por nuestras tropas, provoca un infinito júbilo. Pensé que mi *avantgarde* de ligeros husáres merecería algún elogio, aunque no ha merecido ninguno en los cuadernos de física de usted. Mientras tanto, mi pequeña vanidad se regocija pensando que primero en este pliego, y espero que después en muchos más, comparto junto a usted un pequeño espacio sobre el sitio en el que durante casi un siglo y medio se sentaba Sir Isaac tan pomposo y orondo, dejando que el mundo entero lo adulase.

Ya que St. Schütz me ha comunicado la fidedigna noticia de su estancia en Carlsbad, le entrego la presente carta a Semler, secretario de la biblioteca de aquí, una persona excelente y muy servicial.

Con la esperanza de obtener algún signo de la constancia de su magnanimidad, queda de usted con profunda devoción el más humilde servidor de su excelencia,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 23 de junio de 1818.

Señor F. A. Brockhaus, en Leipzig:

Tengo el honor de enviarle la primera entrega de mi manuscrito. Si bien éste contiene 144 pliegos, usted no debe espantarse por esa gran cantidad, ya que la letra es tan grande y amplia que seis de mis pliegos apenas y llenarán uno impreso. A pesar de que sólo falta el libro cuarto, este manuscrito no contiene íntegramente los dos primeros tercios de la obra, pues el libro que falta, además de ser por mucho el más importante, es también por mucho el más extenso, incluso dos veces más que el libro segundo. Asimismo, faltaría todavía el apéndice que no es tan extenso. No quise desgajar el libro cuarto con tal de mandarle dos tercios exactos de la obra. Por lo demás, como lo señala el contrato, puede usted estar seguro de que recibirá el resto a más tardar a principios de septiembre; difícilmente lo que hoy le envío estará ya impreso en su totalidad para entonces. En todo caso, si fuera necesario, podría mandarle antes el libro cuarto sin el apéndice. Conforme a lo acordado, le pido que comience de inmediato con la impresión y que continúe con ella a un ritmo vivaz. Tan pronto estén listos cinco o seis pliegos le pido por favor que éstos se me envíen por correo —no porque piense encontrar algún error de impresión, sino para que yo esté convencido de los avances. En particular, le recuerdo aquello que me prometió en el contrato, a saber, que cada pliego será tres veces corregido con sumo cuidado y que los dos últimos correctores tendrán el manuscrito en mano. Supongo que la última corrección en Leipzig de la que habla en su carta se llevará a cabo *antes* de la impresión definitiva y que, por consiguiente, ésta tendrá como objetivo la corrección inmediata de algún posible error, ¿no es así?

Espero me disculpe por realizar el siguiente comentario tan innecesario recordándole que sin mi consentimiento y sin mi voluntad ni una sola palabra puede ser modificada, ni siquiera por solitud del censor. Si esto ocurriera, yo haría pública mi manifiesta inconformidad. Aunque los tres primeros libros pasen la censura en

Leipzig, es necesario que esto también sea así en Altenburg, pues precisamente el libro cuarto y el apéndice contienen los que podrían ser pasajes desagradables para la clerecía, pero justamente son esos pasajes los que exponen con claridad el propósito del conjunto.

Si el valor de esta obra le resulta de alguna forma evidente, espero que éste lo motive a proporcionarle una apariencia digna: en especial, deseo un texto amplio, un formato grande, unas letras claras y que el papel sea blanco.

Usted tuvo la bondad de comunicarme por escrito que percibiré mis honorarios después de haberle enviado la primera entrega, aunque de ninguna manera habré de presionarlo con los mismos ya que ese asunto no me preocupa; no obstante, sí espero recibirlos tan pronto le envíe el resto, pues entonces partiré a Roma sin demora alguna. Como el contrato sólo contempla cuarenta pliegos y es muy posible que resulten más, queda a su consideración si me pagará los honorarios por esos pliegos sobrantes, pero preferiría que no lo hiciera a que usted redujera el tamaño del texto con tal de que éste cupiera de forma justa en los cuarenta pliegos. En todo caso, esos posibles pliegos de más podría usted pagármelos a mi regreso de Italia, pues sólo con la última impresión sabremos cuántos pliegos fueron y, como le he dicho, no podré esperar aquí hasta entonces.

Para prevenir aún más la posibilidad de que el manuscrito se extravíe en el correo, lo he asegurado con otros 50 táleros. Una pérdida así me resultaría terrible.

He adjuntado junto con el manuscrito un instructivo para el linotipista. Espero tenga la bondad de hacer que dicha persona cumpla con lo que ahí se indica.

Dejándole mi obra y mi persona, se despide de usted con los mejores deseos su humilde,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 11 de julio de 1818.

Señor F. A. Brockhaus en Leipzig:

Desde hace más de ocho días espero los primeros seis pliegos y como éstos no han llegado sólo puedo concluir por desgracia que la impresión no se ha realizado con tanto celo como habíamos acordado. Le debo pedir que recuerde que en el contrato que realizamos la condición principal era que la obra apareciera impresa de manera correcta y adecuada para la Michaelis. Para este propósito, en el poco tiempo que nos queda, es indispensable que dos linotipistas trabajen juntos de forma continua para que tengan listos al menos cuatro pliegos por semana, tal y como le hice saber por escrito desde un principio y como usted me prometió que ocurriría. Yo he cumplido con aquello que me correspondía y puede contar con que a más tardar a principios de septiembre le habré enviado el resto de mi manuscrito; por ello, debo insistir en que cumpla con aquello que me había prometido. Pues me resulta importantísimo asegurar antes de mi partida hacia Italia que este escrito aparezca finalmente después de haber dedicado cuatro de los mejores años de mi vida a su composición.

Conforme a nuestro contrato, le pido encarecidamente que cuide que la impresión prosiga con rapidez para que el libro se pueda distribuir en la Michaelis, y que estos pliegos y los restantes se me envíen en entregas de cinco o seis pliegos a través del correo expedito.

Queda respetuosamente de usted,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 8 de agosto de 1818.

Recibir al fin noticias tuyas me ha complacido. Continúa usted su camino con prontitud y alegría; le deseo mucha suerte al respecto. Leeré, por supuesto, con todo interés la obra que me anuncia. Si tanto trabajo nos tomamos para saber cómo pensaron nuestros antepasados, ¿cómo no prestarle a nuestros valiosos contemporáneos la misma atención?

La aparición del artículo «Color» en el nuevo diccionario es algo muy digno de elogiarse. Habría mucho que recordar al respecto, pero todo debe de tener un principio. ¡Si al menos pudiésemos liberarnos de una vez por todas de esa controversia que siempre, de una forma u otra, acaba por entorpecer la exposición limpia y natural! ¡Ojalá que su viaje a Italia sea provechoso! No le faltará el gozo ni la utilidad. Quizá le sea de utilidad la carta adjunta. Ruego salude a los queridos compatriotas.

Le desea lo mejor,

Goethe.

Carlsbad, 9 de agosto de 1818.

Señor F. A. Brockhaus en Leipzig:

El tipógrafo de Altburg no me ha enviado nada y agosto ya ha terminado. En 7 semanas sólo se han impreso 4 pliegos. Todo indica que para usted son cosas completamente distintas las palabras y los hechos, así como las promesas y su cumplimiento. Contrario a lo que se había convenido, lo poco que se ha publicado tiene 35 líneas impresas en cada una de las páginas. No sólo no ha cumplido con el contrato, sino que, desde que éste se elaboró, usted no ha dejado de burlarse de mí con sus constantes promesas y aseveraciones, lo cual me enfurece el doble. Me hizo pensar que para principios de septiembre ya tendría el resto completado, porque de lo contrario la obra no estaría lista para la feria editorial; trabajé como un desahuciado copista y ahora veo que de nada sirvió. Usted sabe qué tan importante es para mí la aparición de mi obra, y ahora puede imaginarse qué tan contrariado estoy con usted. ¿Con qué esperanza de que mi obra se publique deberé viajar a Italia? Todo está listo para mi partida y lo único que me detiene es usted, pues ha de saber que mi obra me es más importante que mi propia persona. No hay nada más terrible para mí que tratar con gente cuyas palabras no inspiren la menor confianza. No sé dónde me encuentre y ni habré de saberlo aun después de lo que usted me conteste, ¿pues cómo habré de confiar ahora en sus palabras?

Quiero que se me envíen mis honorarios. En principio, le exijo esto como una prueba de que a usted realmente le importa imprimir mi obra; también se lo pido porque para mi viaje me gustaría cobrar todo el dinero que se me debe. Si bien estos honorarios no son ni la décima parte de lo que me correspondería, temo, en vistas de su comportamiento, que se vaya a demorar con mi pago. Lo que confirma mi sospecha es su silencio todas las veces que he tocado el tema; además, por varios lados he oído que usted siempre se demora con el pago de los honorarios, y que incluso en ocasiones pone reparos a la hora de sufragarlos. Esto jamás lo hubiera espe-

rado de usted, sobre todo después de leer su panfleto en contra de Maklot. Tenga en cuenta que un embustero falsificador como aquél no quiere otra cosa que evitar pagar los honorarios, y que el propio buen nombre sólo se garantiza en la medida que uno pague a tiempo los honorarios que debe.

Lo que tengo que exigirle a usted, de acuerdo con lo estipulado, es tan poco que no habré de gastar más palabras al respecto: parece que a usted hay que pedirle un tálero como si fuera un carruajero del que hay que asegurarse que su vehículo realmente funciona. Después de lo que le he presentado, no podrá censurar el hecho de que ya no cumpla al pie de la letra lo acordado. Le solicito que al menos me envíe los honorarios correspondientes a cuarenta pliegos, pues como veo que el segundo envío del manuscrito tendrá una extensión semejante al primero (o quizás tenga cuatro pliegos menos), me parece probable que de éste se publiquen, en el caso de las pruebas de impresión, un número superior de pliegos. Dejaré a consideración cuánto más me habrá de pagar si ése fuera el caso. Si usted no me paga con anticipación mis honorarios, tendré que enviarle el manuscrito a alguien en Leipzig; a dicha persona también tendré que enviarle contrato para que, en caso de que usted se demore más con la impresión, pueda proceder judicialmente en su contra. Parece, cielo santo, que no hay ningún otro camino posible.

Sin embargo, para evitar estos extremos y no llegar a un procedimiento tan francamente hostil, le pienso hacer una recomendación, aunque usted no la merezca después del comportamiento que ha manifestado. Le enviaré en ocho días el resto del manuscrito, siempre y cuando en su próxima carta me dé su palabra de honor de que al día siguiente de que reciba el manuscrito me mandará los honorarios correspondientes a cuarenta pliegos, y de que me dirá con toda la franqueza posible cuándo habrá concluido la impresión.

Como le he dicho, si usted no me hiciera caso, tendré que contratar a alguien en Leipzig para que se encargue judicialmente del asunto. Como puede apreciar, mi paciencia se ha agotado.

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 31 de agosto de 1818.

¡Honorable profesor!

La disposición y la estima que de muchas maneras me ha mostrado en antaño me dan la osadía para molestarlo con un favor. Desde que regresé en agosto de Italia, donde estuve once meses, he tenido la firme intención de volverme profesor en alguna universidad y de desempeñarme en la vida práctica en la medida en que puede hacerlo un hombre teórico como yo. Siempre había tenido este proyecto; sin embargo, hasta antes de mi viaje a Italia me encontraba tan ocupado con mis propios estudios y pensamientos así como con el resultado de los mismos —la obra que publiqué hace un año—, que ninguna labor me pudo distraer ni interrumpir. Pasado el próximo invierno habré de tener treinta y dos años.

Como es fácil de adivinar, aquello que me gustaría enseñar no es otra cosa que filosofía especulativa, a la manera en que yo la entiendo y que cualquiera que lea mi escrito puede apreciar. Éste es el camino que deseo emprender en las próximas pascuas, pero todavía no he decidido a qué universidad dirigirme: Berlín, Gotinga y Heidelberg tienen de acuerdo con mis intereses y circunstancias varias cosas a favor y en contra. Berlín es la opción que más he considerado, pues desde 1814 vivo en Dresden, y ésta resulta ser la universidad a la que más fácil me sería transportar mis libros y mis pertenencias. Los motivos de mayor importancia, sin embargo, son los siguientes: ahí encontraría más que en ningún otro lugar un auditorio maduro y cultivado para mis conferencias. En dicha universidad los jóvenes procuran perfeccionar su educación después de haber terminado sus estudios en otras universidades; algunos, en especial los estudiantes de medicina, continúan estudiando ahí aun después del doctorado; otros estudiantes acaudalados, que no pretenden con sus estudios otra cosa que obtener una alta educación, escogen Berlín pues simplemente no hay una universidad que la supere; tiene también la ventaja de contar con muchas comodidades residenciales. Además, hay que añadir que en ningún otro

lugar se encuentra tan presente y viva la cultura espiritual que hoy en día distingue a Alemania de otros países. Me hace mucha ilusión ser maestro en dicha ciudad e impartir mis conferencias de viva voz, ante varias personas que desde hace mucho han dejado de ser estudiantes.

Lo único que me impide decidirme por Berlín sin más reparos son dos cosas. En primer lugar, el sitio mismo: las características comunes a toda gran ciudad y su ubicación inhóspita en un desierto nunca me han acabado de gustar. Por otra parte, lo costoso que resulta la estancia, pues ahí gastaría más que en Gotinga e incluso más que en Heidelberg, pero esto, claro, fácilmente se vería compensado si cuento con un auditorio numeroso. Hay todavía algo más por considerar. Con la muerte de Seglers, ha quedado vacante un puesto como profesor de filosofía y esto, debo confesarle, me hace albergar esperanzas de conseguir una plaza, a menos de que consigan a alguien con más méritos que yo.

El favor que le pediré a usted estimado profesor es que tenga la amabilidad de decirme su sincera opinión acerca de todo esto, especialmente, quisiera que me diga si en Berlín contaré con un numeroso grupo de oyentes, si por algún lugar ha oído opiniones respecto de mi obra y, finalmente, si usted considera que esa facultad no me será adversa. Dejo a su buen criterio que discuta estos asuntos con alguien más. Le pido, asimismo, que me informe qué clase de escritos se deben presentar para solicitar una plaza y si mi obra puede contarse como uno de ellos. Le agradeceré también que me diga a quién debo presentarle formalmente mi solicitud y en qué margen de tiempo. Finalmente, me gustaría mucho saber el número actual de estudiantes que usted tiene.

De todo corazón le pido perdón por molestarlo con algo tan tedioso y aburrido y que requiere de tanto esfuerzo. No hay nadie en Berlín en quien yo confíe tanto como en usted ni nadie que me haya dado tantas muestras de amistad. Como se trata de un paso realmente importante para mí le estaré eternamente agradecido si cumple pronto y con eficacia lo que le he pedido.

Debido al extraño momento en el que vivimos no considero inoportuno asegurarle que, tal y como mis escritos lo reflejan, nada me es más ajeno que manifestar cierta tendencia política o ganar alguna especie de influencia sobre los acontecimientos actuales. Por

mi propia naturaleza, me he ocupado y me ocuparé únicamente de las cosas que les han concernido por igual a los hombres de todos los tiempos y de todas las tierras. Sería una profanación contra mí mismo emplear mis capacidades intelectuales en un ámbito que me parece tan pequeño y estrecho como lo es el de las circunstancias de un país o una época determinada. Creo incluso que todo sabio, en el sentido propio del término, debe compartir esta convicción, y debe abandonar la idea del mejoramiento de los ciudadanos y del estado, tal y como éstos reservan para él el más elevado y perfecto conocimiento. Estimo muy poco a los *sois-disant* * filósofos que se han vuelto publicistas y que al intentar influir directamente en sus contemporáneos dan una muestra clara de que no pueden escribir ni una sola línea y que no tendrán predecesores que se dignen a leerlos.

Esto sería todo, mi honorable profesor, del asunto que me ha obligado a hablar tanto de mí. Su buena disposición me hace confiar en que no tardará en cumplir lo que le he pedido. Con gran simpatía oí en Roma hace un año de su matrimonio y espero que usted acepte con retraso mis mejores y más genuinos deseos.

Le saluda atentamente,

Arthur Schopenhauer.

Diciembre de 1819.

* «Supuestos».

Señor mío:

Su honorable carta del día 18 del mes presente me ha dado una comprensión clara y certera del asunto: el depósito de vinos ha salido bien librado en el balance; sin embargo, para que éste prospere tendrán que pasar todavía más años. Por otro lado, tanto los administradores como los prestamistas ya han perdido la paciencia. El proceso judicial sería todavía más largo e inclusive quizás más perjudicial. Una ejecución expedita por medio de subastas y bajo el cuidado de los administradores provocaría que el precio del vino se redujese un cuarto de su valor. De ser así, los prestamistas difícilmente obtendrían el treinta por ciento. Es por ello que el acuerdo del treinta por ciento es lo mejor para todos. Así ese negocio ya no será un problema y algún día se podrá recuperar. Esto es lo más justo que se me ocurre en relación con la carta en la que me expresa su opinión y su punto de vista. Como usted sabe, si yo no estuviera ya determinado a rechazar el treinta por ciento, aceptaría lo que me sugieren. Pero usted me dice que podré confiar en la palabra de honor de Muhl una vez que el negocio se encuentre en mejores condiciones: pero creo que es mejor ayudar a la palabra de honor de los otros a cumplirse tendiendo la mano con algo de necesidad, y sin tener que regalar lo que por *Dieu et mon droit** es mío, lo que trabajosa y honradamente he obtenido por parte de mi padre. Mi resolución es ésta: no acepto de *ninguna manera* la propuesta ni me apegó a ella; por otra parte, no haré nada que entorpezca la realización ni la conclusión del contrato ni dejaré que nada enturbie sus aguas. Mis letras de cambio con el comercio Muhl no son vencederas y nunca pueden caducar, pues éstas siguen en vigor durante tres y seis meses aun después del ajuste. ¿Por qué habría de rescindirlas ahora, en este mal momento? Nadie me puede obligar a hacerlo: quizás ni siquiera el requerimiento judicial de todos los acreedores que lleven el negocio a la quiebra —algo que aquí ni siquiera entra

* «Por Dios y por mi derecho».

en cuestión. Mis letras de cambio son desde hace mucho tiempo legítimas: por ello las dejaré intactas mucho tiempo. El señor Muhl y el señor Abegg me tendrán que dar aquello que me pertenece y que sólo han conocido gracias a mi paciencia. Pienso también que cuando llegue el momento realizaré estas cosas con aquellos señores de la mejor manera posible y con comprensión mutua, y de ninguna manera les pondré un cuchillo en la garganta.

Gracias al cielo y a mi padre tengo todavía un capital considerable y sólido que puedo llegar a reclamar en cualquier momento, de modo que siempre puedo colocar en una impetuosa situación de necesidad y turbación a la gente que busca ir en mi contra. Espero que esto no pase con el señor Muhl y que quedemos en paz, para que éste ya no maquine cosas peores que aquéllas de las que me he percatado. Usted, mi señor, queda dispensado de tomar cualquier otro paso a mi favor en este asunto. Si aceptan los prestamistas el contrato, puede estar usted seguro de que no haré nada para impedir que éste se realice. Olvídense de cualquier otra preocupación al respecto: se lo digo *bona fide*. * Pasaré por alto las exigencias de toda la negociación. O en pocas palabras: yo paso.

Lo único que le pediré a mi señor que me informe es si se realizó el acuerdo: de lo contrario, tendría que cambiar mis medidas. Por todos los esfuerzos que mi señor realizó en torno a esto le doy mi más sincero agradecimiento. Espero encontrar la ocasión de llegar a serle útil a usted. Quizás esto suceda pronto, ya que en lo sucesivo estaré en Berlín; a mediados de marzo habré de llegar allá. He obtenido el permiso de la universidad para ser *Doctor Legens*** de la materia de filosofía especulativa a partir de las pascuas. Creo encontrar varios estudiantes, ya que además del profesor ordinario hay cuatro otros doctores para esta materia en la universidad. No me queda a mí otra opción: esto es lo único que puedo hacer.

Se despide de la manera más atenta su más humilde servidor,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 31 de enero de 1820.

* «De buena fe».

** «Catedrático».

Reciba usted, querido amigo, mi agradecimiento por sus amables palabras y bondadosas noticias. No se puede estar a punto de ingresar a un nuevo círculo, a un nuevo ambiente, tampoco se puede esperar que uno trabaje nuevos contactos ni que uno pueda ingresar por primera vez a la vida ciudadana, sin que esto, en mayor o menor medida, traiga consigo una sensación molesta e incluso vergonzosa: en dichas circunstancias, ¿qué podría ser más deseable que ser recibido por una figura amistosa y conocida, a la que está asociada el recuerdo de los días más felices de la propia vida? Puede suponer, por tanto, que recibí sus noticias mejor que si provinieran del mismo *maxime spectabilis*.*

En vistas a la amable disposición que usted muestra hacia mí, espero que en lo sucesivo me dé noticias de todo lo que suceda con usted. Usted llamó cátedra a la conferencia que impartí en latín, pero no estoy tan seguro de que lo fuera.

Pienso que esa conferencia no fue otra cosa que lo que comúnmente se llama un discurso inaugural, y en este sentido, preparé algo que era más retórico que didáctico, algo más centrado en el efecto momentáneo que en la instrucción, es decir, nada nuevo ni profundo, sino algo más bien agradable e inclusive simpático y fácil de entender. No veo cómo podría llevarse a cabo una instrucción seria o alguna difícil dilucidación filosófica en media hora, ante un gran auditorio, y menos en latín, un idioma que la mayoría de la gente entiende con dificultades. De ahí que se haya vuelto una *declamatio in laudem philosophiae, adversus fastidia seculi*,** una especie de invitación a asuntos más portentosos. Pero si piensa que he dicho algo incorrecto, hágamelo saber en unas líneas, ya que por este medio puedo contestarle de manera más argumentada. En las lecciones no tendré ni la paz espiritual ni el silencio para responderle.

* «El más respetado».

** «Un elogio a la filosofía, en contra de la pedantería actual».

Espero poder verlo por allá el 15 de marzo, y asegurarle, gustosamente y de viva voz, que de todo corazón soy su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 21 de febrero de 1820.

Señor mío:

La confianza que usted me otorga es para mí sagrada: por ello le doy mi palabra de honor de que no haré mal uso de ella, sin importar qué curso puedan tomar después nuestras negociaciones.

Hablaré con toda franqueza y sin ningún reparo, para que pueda juzgar qué opinión me merece por el momento. Sólo puedo hacer esto debido a que usted ya conoce la naturaleza del asunto y no tengo que enseñarle nada al respecto; por el contrario, tengo que convencerlo de que entiendo el asunto tal como usted, para que después de esto ya no realice en vano propuestas como la última que me hizo.

De ninguna manera he aceptado que se reduzca el cincuenta por ciento del adeudo; aquello fue una mera interpretación que al señor Soerman se le ocurrió mencionar de una manera accidental. No es agradable que intente utilizar los mismos medios en contra de mi propio padrino, quien hace treinta y dos años me cargó en mi bautizo: por suerte, ahora este niño puede defenderse con sus brazos y piernas, y así impedir que el peligro se le acerque. Ya han pasado veintitrés años desde que pude haber dicho «sí» sin ser enteramente responsable de mis actos.

No es necesario decirle a un hombre inteligente y experimentado como usted que a nadie se le puede disuadir con halagos a que no ejerza sus derechos o a que renuncie al provecho que ya ha obtenido. Después de una larga conversación con el señor Soerman he logrado formarme una perspectiva y un juicio tales, que a mí ya nadie me puede desbancar de lo mío, y en lo que concierne a usted, le aseguro que pondré todas las cartas sobre la mesa sin usar ninguna clase de artimañas.

El hipotecario ejerce la posesión de un terreno dentro del cual sus derechos y obligaciones quedan circunscritos. El deudor, por su parte, tiene otros beneficios que deberá utilizar si no es un tonto. Mis derechos no se limitan a reclamar un terreno, sino a re-

clamarles a usted y al señor Abbeg; incluso, si ustedes llegasen a fallecer, tendría derecho sobre las herencias de ambos. ¿Podía acaso yo dudar de que usted, su yerno, o su descendencia estuvieran en las condiciones de devolverme mi propiedad? Mi letra de cambio es perenne, y por consiguiente, mis derechos son inalienables: los intereses suben de acuerdo con lo establecido en la letra de cambio. Usted corrió con suerte al haberse librado de un treinta por ciento de unas deudas monstruosas. No me dirijo a usted para rescindir mi letra de cambio: dicha negociación *no me interesa*. Un sabio contempla impassible cómo el ave fénix arde en llamas, pues sabe que éste renacerá rejuvenecido. Usted afirma que nunca habrá de recuperar su prosperidad: ¿pero cómo he de tomar tales palabras, si sé que aquello que lo motiva a decir eso no es otra cosa que su propio interés? Un hombre rico y distinguido, como hasta hace poco lo fue usted, tiene normalmente un respaldo. Usted dice que el señor Abegg cuenta con una parentela acaudalada, pero que no habrán de ayudarle hasta que él se haya librado antes de todas sus obligaciones previas: esos parientes lo dejarán en la ruina el resto de su vida, o bien, decidirán darle a un erudito improductivo aquello que le pertenece, aquello que su padre le dejó.

Usted dice que si esto llega a juicio tendré que declarar o de lo contrario seré embargado. De acuerdo con las leyes de Sajonia, puedo ser despojado de la cantidad que habrá de repartirse, mas no así de mi letra de cambio. Pero en caso de que en Prusia no fuese éste el caso, siempre podré esperar a que se emita un edicto. Con respecto a esto, sé muy bien que usted está a punto de cerrar un contrato ventajoso con los acreedores para dejar de lado toda la penosa labor fiscal, y jugar un papel conmigo, que lo perjudicaría a usted todavía más que si yo aceptara reducir la deuda. ¡Si comparamos todo lo que usted debe, lo que yo le exijo es de una proporción de 8 contra 395! Una pequeñez así no puede derrumbar su edificio: incluso si le exigiera tres veces más de aquello que le pido eso no sería en lo más mínimo un objeto de preocupación. Cabe aclarar que usted y sus amigos no deben de temer que yo sea tan insensato e injusto como para hacer válido a la brevedad el acuerdo. Como ya se lo expliqué al señor Soerman, usted puede estar tranquilo. Con el estado actual de las cosas, créame que no haré nada que no sea digno de caballeros; y después de que esto haya pasado, conservaré

las mismas consideraciones, cuidados, y tratos justos con usted. Mi deseo es únicamente que me devuelva lo mío. Tan pronto usted haga esto, verá qué tan equitativo puedo ser y lo convenceré así de mi buena voluntad.

Usted se ha de dar cuenta que no me puede disuadir a abandonar esta postura. Resérvese todo intento o propuesta al respecto: estoy firmemente decidido a hacer valer mis derechos y no pienso dejar que se me confunda. Por ende, debido a lo que se estableció en el contrato, mi ausencia en el tribunal deberá ser dispensada.

Considero mi letra de cambio con usted como si se tratase de unos papeles de gobierno, cuyo valor de pronto ha bajado un treinta por ciento pero que uno espera que se recupere.

El procedimiento es muy simple y sencillo. Usted tiene mi dinero y quiere conservarlo provisionalmente. Yo tengo una letra de cambio firmada por usted y usted la quiere conservar.

Si quisiera que liquidáramos por fin este asunto, la única manera sería que en un solo pago, a efectuarse antes del próximo 15 de abril de 1820, usted me diera setenta por ciento del capital que me corresponde, de suerte que yo ya no tuviera preocupaciones de ningún tipo acerca de la letra de cambio. Después de dicha fecha, sin embargo, este arreglo ya no será posible. No pienso efectuarlo posteriormente así que ahórrese todo esfuerzo.

De todo corazón lamento que tenga que serle yo tan molesto. Me imagino que a su juicio mi comportamiento le ha de parecer injusto y severo. Pero se trata de una mera ilusión que desaparecerá tan pronto considere usted que no quiero ni solicito otra cosa que aquello que con todo derecho me pertenece y en lo que se basan mi felicidad, mi libertad, y mi tranquilidad para los estudios; se trata de un bien que a muy pocos de los de mi tipo se les concede en este mundo, por lo que sería inconsciente y débil de mi parte no defender y aferrarme con toda violencia a mis bienes. Usted dice que a mí mismo me perjudicaría que todos sus acreedores fueran como yo. Pero si todos los hombres pensarán como yo la gente comenzaría a pensar realmente y ya no habría bancarrotas, ni guerras, ni disputas. Maquiavelo dijo una vez: *giàcche il volgo pensa altrimente* —a pesar de que el vulgo piense de otra forma— *ma nel mondo non è, se non volgo*— y en este mundo no hay otra cosa más que vulgo —*gli pochi ivi luogo trovano*— es aquí donde pocos encuentran un peque-

ño lugar —*dovo gli molti stare non passono*— que la mayoría puede ver pero donde no pueden situarse.

El trece de marzo partiré a Berlín y buscaré ahí alumnos para mis lecciones. Su demora me obliga a negociar con mi propia sabiduría, una mercancía, esta última, mucho menos solicitada que el vino que usted elabora.

Le saluda atentamente su humilde servidor,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 28 de febrero de 1820.

Mi señor:

Tengo el honor de comunicarle humildemente que ayer el profesor Hegel me concedió el permiso que había solicitado para impartir una clase de prueba sobre un tema escogido por mí mismo: sobre los cuatro tipos de causas que provocan que todo fenómeno se mueva con necesidad, y sobre los seres vivos que se corresponden a cada uno de estos tipos de causa. Por una parte, están los cuerpos inanimados que se mueven por causas en el sentido más estrecho del término; las plantas, cuyos movimientos y alteraciones se deben a impulsos; los animales, que se mueven por motivos y representaciones intuitivas concretas que se corresponden con su entendimiento; y finalmente los hombres, cuyos motivos se dan *in abstracto* y son determinados por representaciones no intuitivas y generales, es decir, los pensamientos, los cuales se corresponden con nuestra capacidad de raciocinio.

El profesor Hegel tuvo la amabilidad de concederme el permiso para impartir este tema de mi propia autoría.

Atentamente, queda de usted su más fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 18 de marzo de 1820.

Señor mío:

Lamento tener que recurrir a usted en una situación tan desagradable, pero espero que lo siguiente no cambie el buen trato que anteriormente me ha mostrado.

En su calidad de coordinador del diario de Jena, le solicito a mi señor que sin demora alguna publique en dicho periódico el ensayo que le envío adjunto. Si los lineamientos de la institución así lo exigen, puede mandarle este ensayo antes de ser publicado al muchacho que pretendo reprender: éste es el único aplazamiento que en un momento dado podría entender. Doy por supuesto que mi señor tendrá buena voluntad en publicar esta enmienda, pues de lo contrario colaboraría usted con dicha calumnia. Sin embargo, si sucediese lo imposible y mi señor se rehusara a publicarla, únicamente podría quedar yo satisfecho al publicar este ensayo en seis diferentes diarios políticos y literarios, acompañado de mis propias impresiones sobre su negativa de publicar mi respuesta, y de cómo en su diario juzgan por características superficiales —tal y como sucede con los anuncios en el anuario de Viena, en «Hermes» y en el semanario de Kotze—, las obras cuyo valor e importancia serán reconocidas por toda la nación. Pero de manera muy particular, externaré mi opinión de ese huidizo chico, quien a mi juicio debería ser llevado ante un juez para que aprendiera la disciplina de un calabozo. Desearía que usted leyera una sola línea de mi libro para que viera sobre qué cosas se ha atrevido a juzgar ese muchacho.

Como he dicho, considero imposible que mi señor me niegue algo en lo que sólo reclamo justicia. Le pido una disculpa si usted considera, cosa que me parece imposible, que me he dirigido hacia usted de una manera severa. Tan pronto vea que se ha impreso mi ensayo, sin que le modifiquen *ni una sola sílaba*, me quedará del todo claro que usted es completamente inocente de esta calumnia, y todo mundo podrá juzgarlo así. Le debo solicitar, sin embargo, que no me pida que realice la más pequeña modificación, pues es-

toy completamente decidido a no cambiarle nada. Su periódico me ha ofendido enormemente y me veo obligado a hablar para detener esta calumnia, por lo que no puede pedirme mostrar más consideración con este hacedor de reseñas que la que me es natural...

Lamento profundamente que sea justo con usted, mi señor, con quien tengo que discutir un asunto tan despreciable. Confío plenamente en que usted procederá de una manera adecuada para resarcir mi honor. Que haga esto me convertirá para siempre en su más humilde servidor,

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 6 de enero de 1821.

Cuando los señores que ejercen el noble y valiente oficio de atacar de manera abierta a un libro publicado, en este caso, mis escritos, y los colman con toda su desaprobación, los desacreditan, los maldicen, los consideran pésimos, falsos y que rayan en la locura; cuando esto sucede no tengo nada en lo absoluto que objetar contra ello, todo esto se encuentra dentro de mis expectativas, me parece completamente normal e incluso natural, ya que uno ataca lo que considera distinto y lo que despierta odio en él. Puedo decir con sinceridad que todo esto me llega a satisfacer. De ahí, por cierto, que yo jamás habré de escribir una *anticrítica*.

Por el contrario, las calumnias y las mentiras son cosas que uno no puede soportar de manera callada; en estos casos, uno se vuelve culpable consigo mismo, pues callar significa suscribir lo que otro dijo. Es por ello que estas mentiras y calumnias me obligan a hacer algo que nunca, por nada del mundo, quise hacer: escribir en un periódico.

Cuando un sujeto anónimo, cuyo tema de discusión son mis escritos, escribe al principio o al final de una oración larga o corta unos signos como éstos « » y con ellos indica (como lo sabe todo mundo desde la primaria) que lo que prosigue o lo que se dijo anteriormente *son mis palabras y no las suyas*; y en realidad resulta que son pedazos amañados de mis párrafos, arreglados mediante la extracción de cláusulas intermedias que explican el sentido entero de lo mismos; cuando uno crea un engendro mediante la revolución de frases escritas por mí pero en distintas partes de mi libro, y sólo dentro de las cuales se puede entender el sentido correcto que expresan así como su auténtico significado; cuando se insertan por completo una monstruosa serie de párrafos y una cantidad de oraciones que *yo nunca en ningún lugar he dicho*, y a esta despreciable mamarrachada se le colocan unos signos así « » para hacerlas pasar como mis propias oraciones; cuando un sujeto se atreve a realizar alteraciones tan indignantes; eso me da el derecho de inculparlo de manera abierta y directa *por sus despreciables y anónimas mentiras*. Todas esas calumnias fueron publicadas en el periódico literario de

Jena en el año en curso de 1820, los números 226 al 229, páginas 227 a 430. Quisiera ahora demostrar en qué partes se introdujeron de manera falaz mis propias palabras.

(Schopenhauer presenta las citas)

Si mis incriminaciones no estuvieran fundamentadas, éstas no se basarían en juicio alguno sino en una mera *quaestio facti*,* y por lo tanto, serían fáciles de desmentir. Este sujeto anónimo —quien, por cierto, se llama F. E. Beneke, tiene veintidós años, y asistió el verano pasado a mis clases— sólo necesita referir las páginas y las líneas de mi libro para mostrar que los pasajes especificados son realmente míos: la verdad de sus declaraciones podrá ser comprobada con tan sólo abrir mi libro. Si es capaz de realizar esto, no me quedará más remedio que pedirle perdón por mis injustas incriminaciones. Pero de no ser así de nada le servirán las calumnias: cualquier otra excusa, sea cual sea, así como su silencio, serán considerados como una prueba de sus *mentiras difamatorias*. Con este escrito sobre mi obra ha dado no sólo una prueba de su *capacidad de juzgar*, sino también de su *honradex*.

Sus mentirosas declaraciones no deben pasar por alto sin ser reprendidas, ya que todo hombre de razón, cuando lee un periódico, busca hacerse una idea de los libros que reseña un autor, y no pretende de ninguna manera seguir el juicio de un sujeto anónimo, que necesita del abrigo del anonimato para disfrazar su propia oscuridad y su manifiesta irrelevancia: como este caso a todas luces lo demuestra.

No le prohíbo a nadie describir o impugnar mi obra para ganarse el sustento, ya que sea lo que diga sobre o contra mi persona no tiene en mí efecto alguno. Pero cuando en dichos escritos se utilizan signos como éstos « » para indicar que yo soy el que está hablando, las palabras deberán proceder de mí, y, de manera específica, deberán estar referidas al lugar exacto en el que fueron impresas. Si, por el contrario, uno pretende referirse a mis pensamientos, tal y como esa persona los ha comprendido, esto tiene que llevarse a cabo,

* «Hecho».

lógicamente, sin estos signos « » pues de esta forma yo no estaré comprometido. Así queda claro que el sujeto anónimo es quien está hablando y no yo, y de ahí se sigue también que no todo lo que éste diga sea necesariamente verdadero.

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 6 de enero de 1821.

Mi señor:

Tuve el honor de recibir su última carta del 28 de mayo del año pasado. Con base en lo que le dije en la última misiva que dirigí a su negocio, quisiera externarle ahora mi opinión de la manera más sincera posible, para así poder evitar toda controversia innecesaria.

Quizás usted pretenda disuadirme de mi petición con nuevas excusas o mayores pretextos. Por ello le diré de antemano que todo eso será completamente inútil, y que estoy completamente decidido a no aceptar evasivas u objeciones, ni tampoco permitiré que ninguna otra persona intervenga en el asunto; en pocas palabras, no dejaré que nada en el mundo me haga cambiar de opinión. Ni el señor Soerman, cuya amistad con usted y su modo de pensar conozco a la perfección, ni ninguna otra persona me harán vacilar; pues aquí está en juego mi libertad, mi independencia y mi propia existencia; y tengo a la ley completamente a mi favor.

No tengo la más mínima duda de que usted sea capaz de pagarme. Si usted hace mucho tiempo se ofreció a pagarme el setenta por ciento de la letra de cambio, no tendrá usted problemas en pagarme esta otra letra de cambio. En la estimable carta que me envió el 27 de marzo desde Uhlkau lo dice usted tan claramente que hasta un niño podría comprenderlo: usted estaba a punto de liquidar la deuda con el pago del setenta por ciento en una sola exhibición antes del 15 de abril del mismo año, pero lo único que lo hacía dudar era la esperanza de librarse de la deuda sin tener que desembolsar tanto dinero. Hubiera bastado que yo aceptara para que usted pagase el setenta por ciento; pero no acepté, ya que me queda muy claro que cobrar el cien por ciento de una deuda es mejor que cobrar sólo el setenta por ciento. Sin embargo, contrario a lo que usted podría pensar, todo esto dejó en mí una mejor opinión de usted de lo que podría imaginarse. Desde aquella carta, que me gustaría mandar a enmarcar con todo y cristal, recobré la buena y firme opinión que tenía sobre usted.

Como puede apreciar, sigo siendo tan sincero y abierto como cuando hace dos años le externé mi opinión en Dresden. De la misma manera que fueron inútiles las febriles maquinaciones de usted y sus aliados para impedirme ocupar lo que me pertenece, será igualmente vano querer ahora que no reclame lo mío: si fui tan listo como para ocupar lo que me correspondía, no espere que ahora sea tan estúpido como para no utilizarlo.

Si usted volviera a aducir que es incapaz de pagarme, me vería forzado a demostrarle lo contrario con la misma argumentación que utilizó Kant para demostrar la libertad moral del hombre: yendo del deber al poder. Esto quiere decir que si no me paga de buen grado tendré que reclamar judicialmente la letra de cambio. Usted se podrá percatar que uno puede ser un buen filósofo sin tener que ser un tonto.

In summa: no hay dudas de que usted me pagará. La pregunta es si usted comprenderá el asunto y lo hará de buen modo o si se le tendrá que forzar para hacerlo. De ser el primer caso tendría la misma opinión de usted como en aquella entonces, cuando me dio varias pruebas de su rectitud y equidad; y aquellos intentos de despojarme de una parte de mis propiedades, sólo podría imputarlos a aquellos señores que en ese entonces lo tenían bajo su influencia. De otra forma, usted perdería toda respetabilidad moral a mis ojos, y me vería obligado a ser más rígido con mis medidas y a acelerar las mismas [...]

Arthur Schopenhauer.

1 de mayo de 1821.

Señor mío:

La rescisión de la letra de cambio ha llegado a destiempo. Ya me esperaba que algo así pasara; esas cosas siempre se retrasan. Usted me ha hecho objeciones y me ha realizado otras propuestas. También eso ya lo presentía de algún modo. Pero no podía imaginarme que usted, suponiendo erróneamente que yo no habría hecho una copia de mi carta anterior, me mandaría una copia de la *misma*, en la que falta una oración de gran importancia dirigida en su contra. Y éste ha sido el caso. Se trata de la carta que le envíe a mi señor el 28 de febrero de 1820, donde después de las palabras «puede usted apreciar que no me puede disuadir a abandonar esta postura» digo además «resérvese todo intento o propuesta al respecto: estoy firmemente decidido a hacer valer mis derechos». Éstas son las palabras que faltan en su copia. Como usted puede apreciar, las mismas contienen literalmente una *reservatio juris integri*.^{*} Esta particularidad me ha sorprendido enormemente, ya que además me pide firmemente en dicha carta que confíe y que crea en usted.

El propósito de mi carta del 28 de febrero no depende en lo absoluto de lo que arriba he citado; ya que, aun sin esa cláusula, dicha carta no me puede perjudicar en lo absoluto. Pues he cumplido con la promesa de no modificar el acuerdo al que habíamos llegado. Y eso es lo que ha sucedido: todo se ha mantenido en las mismas condiciones desde hace mucho tiempo. El cumplimiento del acuerdo expirará el primero de agosto, y con él usted se librará de todas sus viejas deudas; después de cuatro semanas, yo tendría que recibir una parte de lo que exijo. ¿Qué más quiere usted?

Usted puede notar que he sido equitativo e indulgente con usted por lo siguiente: en lugar de cobrarle 2 ó 3% de intereses al mes, que me corresponden de acuerdo con la letra de cambio,

^{*} «Una reservación de todos de los derechos».

únicamente le pido el 5% al año, después de que yo no le cobré a usted ningún interés durante dos años y cuatro meses; usted puede darse cuenta con esto que lo que le exijo no es nada de improvisto. Lo que ahora sucede es que las cosas ya no son como antes: usted ha emprendido ciertas acciones que me han hecho ver que su conducta ya no es la misma. Usted ha tratado de convencer al señor Soerman, quien es mi tío, mi padrino y mi apoderado, para llegar a un acuerdo del cincuenta por ciento: él me ha escrito diciéndome que yo le había autorizado firmar semejante trato, lo cual es absolutamente falso. Al hacer esto él ha manifestado que actuó de mala fe en mi contra, algo que yo no suponía cuando le escribí a usted. Es una suerte que este diplomático parisino que ha sido acogido por Napoleón no haya podido librarse tan fácil de su trabajo como sabio de gabinete tan pronto como lo esperaba.

Por otra parte, usted mi señor no se inmutó en el año de 1819 con ningún lamento, queja o súplica de mi parte cuando le pedí que me otorgara un porcentaje un poco más elevado: por el contrario, cuando yo, gracias a los dioses, ocupé mi posición actual, usted me ofreció el cincuenta por ciento y después el setenta; yo suponía, como su estimable carta del 27 de marzo de 1820 daba a entender, que usted se atendería literalmente a mi palabra, y que en un solo pago sufragaría el setenta por ciento: únicamente su indecisión y no la falta de dinero hicieron que esto no sucediera así. Pero independientemente de este último punto, resulta claro a todas luces que usted me ofreció menos de lo que en un momento dado me podía llegar a pagar, y que, por consiguiente, usted buscó intencionalmente despojarme de una parte de aquello que me pertenece. A la luz de todas estas pruebas, nada me obliga a atenerme a lo que anteriormente había prometido, ya que las cosas han cambiado por completo. Si usted realmente intenta utilizar mi carta en un proceso judicial en mi contra arguyendo como prueba la carta original, le sugeriría dar ese paso con sumo cuidado. El tribunal únicamente se mofaría de la carta y después aclararía que todo eso no son más que pamplinas, ya que frases tan generales e indeterminadas no pueden detener el sagrado derecho de las cartas de cambio, lo cual he comprobado con paciencia y tolerancia. Algo que también yo podría comprobar es que usted ha emprendido varias acciones para modificar las cosas. Pero ya basta de esto: usted me ha mostrado

sus armas y yo ahora le muestro las mías. Guardémoslas por lo pronto.

Lo que realmente es una broma de su parte es decirme que mi letra de cambio podría llevar a su negocio a la ruina: ¡eso sería verdaderamente un milagro! Si usted pudo reunir 130 mil táleros para evitar eso, usted podrá juntar los míseros 3,279 táleros que le pido, e incluso podría juntar seis veces más si fuese necesario. Con unas pistolas no se puede asaltar una fortaleza.

Con todo esto, usted no esperará que acepte sus propuestas. Las he ponderado y analizado largamente, pero me parece que de aceptarlas, tendría yo que ser un borrego digno de pastar con los rebaños que le pertenecen. Me habla de seguridad pero no veo ninguna: no conozco una seguridad mayor que las que dan las buenas hipotecas, y si usted tuviera algunas, podría conseguir fácilmente el dinero y librarse de mí. Usted dice que le debo creer y que no debo desconfiar: pero usted fue quien en el año de 1817 me impidió recuperar el capital que había heredado; usted aseveraba que no tendría nada de que preocuparme y que en dos años arreglaríamos cuentas. Entre 1819 y 1820 usted me aseguró durante todo noviembre, diciembre, enero y febrero que no tenía dinero para pagarme; y, de pronto, a finales de marzo, me ofreció pagarme el setenta por ciento. ¿Cómo podría confiar así en usted?

Son cosas muy distintas la vida de usted y lo que usted me tiene que pagar. ¿De qué me sirve a mí su seguro de vida? Yo no voy a matarlo para que me paguen. Además, ¿cómo podría saber a quienes más usted ha prometido pagarles a escondidas el setenta por ciento de sus deudas en el plazo de unos cuantos años? Con ellos yo habría de llegar a un conflicto y, de nueva cuenta, yo quedaría en una mala posición.

Mi deseo más sincero es que tanto usted como el señor Abegg vuelvan a prosperar; oír que así ha sido me alegraría de todo corazón, pero eso no sucederá a costa de mi propia fortuna. Si así fuera, su descendencia pasaría frente a mí con lujosos equipajes mientras que yo permanecería como un acabado profesor de universidad vagando por las calles. Le deseo toda la suerte y la prosperidad siempre y cuando no me deba nada. El cumplimiento conmigo debe ser el último sacrificio que realizará antes de reconstruir su propio bienestar; después de eso, la tierra y el cielo mismo estarán a su favor.

Su amable invitación tendré que declinarla mientras usted sea mi acreedor, pues de lo contrario, dependiendo de la acogida que usted me dé, me sucedería lo mismo que lo que le sucede al comendador que visita a Don Juan en el último acto [...]

Atentamente,

Arthur Schopenhauer.

22 de mayo de 1821.

La acusación que se ha levantado en contra mía es una tergiversación monstruosa y una desfiguración de un suceso insignificante que ocurrió el 12 de agosto, cuyas circunstancias se relatan de manera completamente falsa. A continuación explicaré exactamente cómo ocurrieron los hechos.

En primer lugar, las características del lugar que se describen son absolutamente falsas. La demandante habla de una estancia que estaría situada frente a la habitación de la viuda Becker pero no existe tal: en realidad, la estancia se encuentra *frente* a mi habitación y sus peculiaridades son las siguientes.

Desde hace 16 meses resido en un apartamento amueblado de la viuda Becker, el cual consiste en un estudio en la parte delantera y en una recámara en la parte trasera. Esta recámara da a un pequeño cuarto que fue utilizado por mí durante los primeros diez meses, pero que fue nuevamente cedido por la dueña: éste es precisamente el cuarto que la demandante ocupa. La entrada al mismo se encuentra en el pasillo justo junto a la escalera y no tiene ninguna conexión ni colindancia con mi entrada. La estancia principal sirve como acceso a mi departamento, el cual se encuentra frente a otro apartamento amueblado, semejante al mío, que es ocupado por otro señor. Aparte de mí y de ese señor, la estancia sirve únicamente para aquellas personas que nos visitan y nadie más tiene por qué estar ahí. Por esta pequeña estancia nadie suele pasearse; jamás había visto que la demandante estuviera en esa área. Se puede apreciar que mi intención no fue en ningún momento la de lastimar a alguien por lo que sigue: más o menos dos semanas antes del 12 de agosto encontré al llegar a mi casa a tres extrañas mujerzuelas en la estancia. Esto me enfadó por varias razones: en los 15 meses que yo llevaba viviendo ahí algo así jamás había sucedido, así que llamé a la dueña, me quejé, y le externé mi sospecha de que entre esas mujeres podía encontrarse la mujer que actualmente ocupa el cuarto que yo antes utilizaba; esto muestra que hasta antes del 12 de agosto yo no conocía a esa mujer ni en persona ni por su nombre. La dueña me

dijo que dicha persona no se encontraba entre esas mujeres, era una mujerzuela desconocida la que estaba ahí con sus amigas; sin embargo, me prometió que algo así jamás volvería a ocurrir. Como me encontraba muy consternado, le pregunté si a la actual demandante podría ocurrírsele ir a mi estancia. La dueña me dijo con firmeza que eso nunca ocurriría y me aseguró que dicha persona siempre se encontraba en su habitación y que no tenía motivo alguno para ir a mi estancia. Solicito que se le interrogue a la viuda Becker sobre si todo esto que digo es verdad. Si las amigas de la demandante negaran algo de lo anterior, solicitaría entonces que también testificaran bajo juramento. Pues aquí de lo que se trata no es solamente el derecho que tenemos yo y mi vecino de usar la estancia como acceso a nuestros departamentos, sino que en el convenio con la dueña se expresa claramente que podemos correr a toda persona que no tenga nada que hacer ahí, en este caso, la demandante, quien según me aseguró la dueña, no tenía permiso de estar en mi estancia. Esto es algo que la demandante ya sabía, como lo muestra el hecho de que ella estaba ahí el 12 de marzo justo cuando la dueña ya se había ido, y no antes de que viera que yo me había marchado, pero nunca supuso que yo regresaría un cuarto de hora antes, como de hecho sucedió.

Pero basta ya de asuntos de derecho y vayamos a lo que ocurrió. Como ya dije, llegué a mi casa y vi a tres mujerzuelas. La primera en la que reparé fue en nuestra criada, quien se encontraba dentro de ese grupo, así que le pregunté por la dueña, pues quería que ésta les dijera que se fueran. Como me dijo que la dueña no se encontraba en casa, me dirigí a las tres mujerzuelas y les dije que no tenían por qué estar ahí, ya que la dueña me había asegurado que nadie podría estar en mi estancia. Les exigí que se marcharan de inmediato. Las dos muchachas no pusieron reparos en irse: sólo la demandante se rehusó, arguyendo que ella «era una persona honesta». Repetí de manera enérgica mi petición y me fui a mi cuarto suponiendo que ya no las vería cuando yo volviera a salir. Después de un pequeño rato fui de nuevo afuera. Aquí debo atacar la maliciosa insinuación de la demandante según la cual yo habría salido *con un palo*. Se trataba de mi bastón para caminar, mismo que utilicé antes y después de entrar a mi recámara, pues pensaba salir a pasear: ambas veces traía también mi sombrero puesto. Le pedí de nueva cuenta a la deman-

dante que se fuera y le extendí mi mano para acompañarla como pueden informar los testigos. Ella persistía en quedarse. Finalmente, la amenacé con correrla, y como me respondió obstinadamente, lo hice, pero jamás la agarré con ambas manos del cuello —algo siquiera imposible de pensar— sino que la agarré de la mejor manera posible, rodeándole todo el cuerpo, y la arrastré hacia fuera aunque ella oponía resistencia física. Ahí afuera comenzó a gritar para incriminarme, y empezó a reclamarme sus cosas, las cuales inmediatamente le arrojé, pero como dejó una prenda que yo no había visto, esto sirvió de pretexto para tener la osadía de ponerse de nuevo en la entrada. La volví a echar a pesar de que ella se negaba violentamente y chillaba con todas sus fuerzas para alarmar a todas las personas de la casa. Cuando la eché por segunda vez, me parece que ella se tiró al suelo a propósito. Pues dicha gente suele hacer eso cuando observan que de manera *activa* no pueden arreglárselas, y comienzan a actuar de manera *pasiva*, buscando así sufrir y quejarse lo más posible. Esto se puede apreciar por los gritos que ella lanzó en mi contra.

Es una mentira y una falsedad decir que yo le rompí la cofia, que la dejé inconsciente, y que, finalmente, pasé caminando sobre ella y la agarré a golpes. Nada de esto es cierto. Quien me conozca sabe *a priori* que tal brutalidad y crueldad no se corresponden en lo absoluto con mi carácter, mi posición y mi educación. Estoy dispuesto a declarar bajo juramento que todo esto es falso. Para esto pido que a los testigos también se les interroge bajo juramento. La verdad es que tan pronto salió la demandante por mi puerta, yo no la volví a tocar. Como he dicho, ella se cayó, y al caerse es probable que la cofia también se le haya caído aunque yo no haya visto eso. Ella *no* estaba inconsciente, sino que se paró, se sentó en una silla y empezó enérgicamente a injuriarme de nuevo. Entonces, y sólo entonces, la insulté en el arrebato de mi enojo. De haber estado inconsciente ella no habría escuchado nada de esto. Yo no la insulté llamándola «anciana» ni «animal», sino que, literalmente, le dije «pobre bestia». Reconozco que no actúe correctamente y que de esto soy culpable, pero en todo lo demás soy inocente. Únicamente ejercí mis derechos de propiedad. No tengo por qué soportar que aquellos extraños que no tienen nada mejor que hacer ocupen mi estancia y mantengan cercada mi puerta. La demandante no tenía la más mínima razón para estar ahí, y yo no sólo tenía todo

el derecho de estar ahí sino también de decirle que se fuera, como lo he expuesto anteriormente a detalle. No ejercí ningún contacto físico más que el necesario para correrla por segunda vez a pesar de su violenta resistencia. Aun cuando el testimonio médico indique que al día siguiente ella tenía una verruga desprendida así como unos moretones, no por ello se sigue que esas cosas hayan sido consecuencia de aquel suceso, pero suponiendo que así fuese, ella misma tendría la culpa por su tosca obstinación y por forzarme a llegar a estos extremos. Aquellas pequeñas lesiones uno mismo se las provoca cuando uno anda de inútil en un lugar donde no tiene nada que hacer y amotina la puerta de gente desconocida con tal terquedad que uno pide a gritos que lo corran. ¡Y, encima de todo, esta persona se resiste indebidamente contra la justicia!

Su supuesto malestar interno al día siguiente no puede ser nada de consideración ya que desapareció ese mismo día. Los testimonios médicos únicamente reportan aquello de lo que la demandante se *queja*, no de lo que realmente *pasó*. Éstos dicen que dicho malestar pudo ser consecuencia de aquel accidente, no que realmente haya *sido* así. Su pulso acelerado pudo ser consecuencia del agravio que sufrió su enfermiza vanidad, pero en ningún caso se puede comprobar que su malestar haya sido provocado por los sucesos del día anterior y que no hayan sido más bien algo accidental. Como es sabido, las mujeres a menudo se enferman, sobre todo cuando se les da la gana. He dado cuenta de los hechos de manera escrupulosa y apegada a la verdad sin ocultar nada ni embellecer lo ocurrido. Esto se los puedo asegurar como hombre de honor que soy. Me gustaría añadir además que nunca, ni aquí ni en otras partes, había sido acusado de lastimar a nadie.

Dejando de lado el proceso por las injurias verbales, solicito que la demandante pague el tres cuartas partes de los costos del resto de este proceso judicial debido a las falsas acusaciones que ha levantado contra mí, pues no sería justo de ninguna manera que yo pague unas sesiones que únicamente tienen el propósito de dar a conocer sus falsas incriminaciones.

Atentamente,

Arthur Schopenhauer.

Mi querida Adele:

En relación con la carta que me enviaste hace algunas semanas con el señor Nicolovius, no creo que esté de más avistarte que pasaré el verano en Dresden. Aquí no tengo ningún oyente y no he impartido cursos desde hace un año y medio. No me gusta mucho Berlín, los veranos aquí son particularmente insoportables, y además de ser todo horrible resulta también caro. Mi libro, lo único que yo quería hacer en el mundo, ya lo he hecho. Lo único que necesito para vivir modestamente el resto de mis días (que ya no habrán de ser tantos) es estar en Dresden ocupado con mis pensamientos y mis estudios hasta que me llamen para un puesto de catedrático. Quizá regrese aquí en el invierno, pero sólo si realmente se me reconoce: si no, no. Por supuesto, que vayas a Dresden no me obliga a abandonar el que es mi lugar de residencia favorito desde hace muchos años. Haz lo que te plazca, yo no repararé en ello. Yo sólo hago lo correcto, no intimido a nadie, voy por mi camino sin voltear ni a la izquierda ni a la derecha.

Respecto a los sentimientos que me manifiestas: pienso que son sólo máscaras que sirven únicamente en el mundo de delicadeza en el que has crecido. Únicamente por cortesía se puede pensar que tus sentimientos son genuinos. Pero en el mundo de seriedad y verdad en el que yo he vivido son sólo máscaras. He averiguado, investigado y comprobado la verdadera opinión que tienes sobre mí, y nada me puede disuadir. Al traducir a ese lenguaje las opiniones de tu carta, tus comentarios y tus motivos se han vuelto completamente claros.

Adieu!

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 15 de enero de 1822.

¡Mi viejo amigo!

Teníamos un acuerdo de escribirnos tan pronto hubiera ocasión para ello: no conozco una ocasión mejor ni un momento más pertinente que cuando uno de nosotros necesita algo, y ése es el caso en el que me encuentro. Confío plenamente en usted al hacerle esta petición, pues sé que si usted estuviera en mi lugar se acordaría de mí instantáneamente.

No me han faltado noticias indirectas de usted. De vez en cuando platico con su hermano; por eso sé que ahora cuenta usted con un gran número de oyentes. No hay mucho que uno le pueda desear a usted: ya es padre y esposo; tiene cualidades para ambas cosas que a mí me rebasan. Por eso le diré que:

*Vivite felices, quibus est Fortuna peracta
Jam sua; nos alia ex aliis in fata vocamur.**

Mi intención con esto último es solamente divertirlo un poco, y, para hacer las cosas más amenas, uniré el indicativo histórico al optativo de petición.

En primer lugar, los planes que le conté para recuperar aquellos tesoros perdidos maduraron lentamente y salieron a la perfección. Todo salió de acuerdo con lo estimado: aquellos tesoros recuperaron su magia, renacieron y ahora florecen en la magnífica forma de intereses atrasados. ¡Qué panorama, mi amigo! ¡Uno tiene que saber cómo actuar para poder hondear los pañuelos a lo alto!

El fundamento de todos mis planes, el alma de todos mis proyectos, el *nervus* de todas mis *rerum agendarum*,** ha quedado asegurado. Ahora retomaré el viaje por Suiza que se vio interrumpido hace tres años. Hacer esto me llevará todo el verano. Quisiera ir a Grimsel, a

* «Ustedes ya han cumplido con su destino, / nosotros somos solicitados todavía de unos hados en otros.» Virgilio, *Eneida* (III, 493-494).

** «El nervio...de mis esfuerzos».

Col de Balme y a Breven. Después estaré entre camaradas a orillas del lago Maggiore y finalmente descansaré en Milán durante tres semanas, donde tendré nuevamente el placer de pedirle botellas a los meseros todo el día, «*nel bel paese dove il Si suona*». Después llegará septiembre y regresaré a casa pasando por Verona y Múnich.

Aunque este es mi plan más seguro, quizás emprenda otro que no lo es tanto, pues me pregunto: ¿Debo pasar el siguiente verano en Berlín? ¿Qué tengo yo que hacer ahí? No tengo un mínimo de oyentes por los que valga la pena quedarse. La vida en Berlín es cara y de mala calidad: en general, no me gusta ese poblacho. ¿Qué me impide ir a Milán y a Génova, ir a visitar a mi viejo amigo Doria, y luego viajar por toda la costa hasta llegar a Pisa y Livorno, donde puedo pasar el invierno, llevar una vida magnífica con poco dinero sin que me falte nada, y disfrutar de Italia y de mi soledad sin que nada me perturbe? Si en Italia no se me conoce ni se me valora no me extraña pues conozco los motivos; sin embargo, cuando sucede lo mismo en Alemania, para entenderlo tengo que deducirlo de razones que hacen que ese país resulte muy poco digno de aprecio para mí. Ciertamente, hay momentos en los que pienso emprender otros planes, completamente distintos.

Pienso en Schatz, un profesor que tenía bastantes méritos y que nunca fue reconocido en Alemania por celos o por apatía, y nunca hizo nada para remediarlo. Cuando viajó a Welschland fue a la taberna de Gotthard y en la ventana norte del lugar escribió con la piedra de su encendedor:

*Lambe, ingrata, mihi nudas, Germania, nates!**

Era un tipo tosco según sé. Pero bueno, como le dije, mi segundo plan no es muy probable, así que habré de efectuarlo o rechazarlo una vez que me encuentre en Milán, ya que no sé qué humor tendré cuando esté por allá. Los viajes proporcionan un placer muy incómodo: uno se harta fácilmente de ellos, en particular de los que son de esta naturaleza. Pero supongamos que me apegó a este plan: de ser así, tendría que pedirle un favor. Yo he vivido con el propósito de escribir mi libro. Es por ello que el noventa y nueve por ciento de

* «Ingrata Alemania, lámeme el trasero.»

lo que quería y debía hacer en el mundo ya está hecho y asegurado. El resto son asuntos secundarios; por consecuencia, mi persona y mi destino lo son también. Sé muy bien qué tan poca atención ha recibido mi libro, pero sé también que esto no siempre será así. El metal con el que estamos hechos mi libro y yo no es muy común en este planeta: al final habrá de ser valorado y conservado. Esto lo veo tan claro y desde hace tanto tiempo como para dejar engañarme: ni siquiera otros diez años de ser ignorado podrían disuadirme. Por eso, siempre me hace una ilusión profunda saber si alguien dice algo de mi libro y qué fue lo que se dijo, ya que eso es realmente lo que me importa. Poco a poco veo por aquí y por allá que se me menciona, pero esto sucede muy rara vez, tal como si mi nombre los arrebatase. Esto puede cambiar en poco o mucho tiempo y no se puede calcular. Por este motivo, mientras espero «ahí donde poco se conoce al sol», y el periódico de Jena no llegue a mis manos, me gustaría encomendarle a un verdadero amigo en Alemania que prestara atención ocasionalmente a los libros, periódicos, revistas literarias y cosas por el estilo, para que viera si me mencionan. Éste es en realidad el favor que tengo que pedirle. Usted tendría que echarle un vistazo a los ensayos filosóficos más seguido de lo que quizás usted normalmente lo haría y fijarse si se refieren a mí en aquellos despreciables círculos. Sé que no se le escapará la información esencial: usted me tendría que avisar si es que algún libro realmente importante aparece —algo bastante improbable—, así como del nombramiento de montones de asnos como catedráticos de filosofía —algo bastante común—. Mi querido señor Oslan, si usted me enviase estos reportes (por llamarlos de alguna manera), le estaría enormemente agradecido. Acudo a usted porque me hace sentir la confianza necesaria para darle mi opinión sin reparo alguno: ya no trabo amistad fácilmente con eruditos, y en el área a la que me dedico, todos me tienen un odio que emana de lo más profundo de sus corazones. Como nunca les he concedido lo más mínimo a ninguno de ellos, su odio no puede más que resultarme halagüeño. Es por ello que lo he escogido a usted para que me realice este favor de amigos, por lo que le pido me escriba para informarme si usted acepta realizarlo. De ser así, le enviaría mi dirección de Milán y de Florencia. También pienso manejar mis asuntos de negocios desde allá: mis finanzas y mi economía están dispuestas de tal manera que

puedo pasar el resto de mis días en Italia, mientras mis letras de cambio se mantengan como una *jugis et perrennis fons*,* de la que no me tengo que ocupar en lo absoluto. Por otra parte, estaré dispuesto a cualquier tipo de encargo y petición que usted quiera realizarme, sólo no me pida que revise códices antiguos, pues no tengo ninguna habilidad para eso. En cambio, puede usted hacerme cualquier encargo para sus *donne abbandonate e sconsolate*,** basta con que usted me haga una lista de sus peticiones para que yo funja como su *chargé d'affaires**** y me ocupe de todo como si usted mismo se encargase de ello. Lo que más me gustaría, sin embargo, sería que me diera buenas y notables recomendaciones para los bibliotecarios florentinos y milaneses, de manera que éstos lleven libros a mi hogar. Pues lo único que me pesa abandonar con este viaje son las bibliotecas, tanto la pública como la mía privada. Sin libros en el mundo estaría desde hace mucho tiempo desesperado, y en Italia no quiero andar de un lado a otro como un viajero itinerante, tal como lo hice hace tres años; pienso vivir tranquilamente en Florencia y realizar en casa mis estudios sobre los autores griegos clásicos, y los físicos franceses e italianos. Los libros de todos ellos los encontraré por allá: únicamente haré que me envíen algunos diccionarios por correo. Si no tengo otro remedio, tendré que pedirle a Hirt y a Becker que me recomienden libros, ya que de lo contrario, moriría de inanición intelectual. Así que, mi caro amigo, me encomendaré a usted si puede hacer este esfuerzo por mí.

Partiré el 5 o el 8 de mayo, por lo que le pido su pronta respuesta. Por cierto, ¿sabe si las damas de mi familia viajarán a Dresden este verano, como era su plan? Me gustaría saberlo.

Su hermano lo mantiene muy al tanto de las novedades universitarias; yo, en cambio, soy siempre el último en enterarme de éstas. A Beneke le han quitado su cátedra por haber impartido cursos sobre la ética de De Wette**** y otras tonterías semejantes. Ese joven lleva una carrera acelerada.

* «Una fuente eterna e inagotable».

** «Mujeres abandonadas y desconsoladas».

*** «El encargado de sus asuntos».

**** Wilhelm Martin Leberecht De Wette (1789-1849), teólogo protestante que interpretaba la Biblia de manera racionalista.

Le desea todo lo mejor, su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 20 de abril de 1822.

¡Querido amigo!

Otra vez veo a la Osa Mayor descender por el horizonte, en medio de un aire inmóvil, aquel verde y oscuro follaje, separado completamente de aquel cielo azul oscuro, serio y melancólico; otra vez veo una cantidad enorme de olivos, vides, pinos y cipreses que parece nadar a través de las innumerables villas; y, otra vez, estoy en aquella ciudad cuyo pavimento es una especie de mosaico. En la plaza principal, hay tres enormes columnas de mármol que han sido pulidas por la lluvia y que ahora brillan con el sol, la iglesia, el *campanile* y el *battisterio*. Otra vez, me dirijo a aquella plaza poblada de maravillosas estatuas, de la que usted tiene un magnífico grabado. Otra vez, vivo en este país tan mal afamado, lleno de bellos rostros y abominables estados de ánimo. Lo que más llama la atención aquí es el interminable júbilo y la alegría de todos los rostros. Esto se debe a su salud y al clima. Ambas cosas hacen que todo mundo se vea infundido de espíritu, como si hubiese algo oculto que los alimentara: los italianos son refinados y perezosos; aparentan ser formales y honorables, pero en realidad son tan impredecibles, sinvergüenzas y descarados, que nuestra admiración por ellos nos hace olvidar la cólera que nos provocan. Sus voces son temibles: si alguien en Berlín vociferara de una manera tan estridente y retumbante como aquí lo hacen cientos, toda la ciudad se mudaría —aunque, es cierto, en el teatro canturrean de una manera exquisita.

Las habitaciones son muy altas; arriba viguería y abajo cemento; todo está hecho de piedra y hierro, los muebles son pésimos, las puertas y las ventanas están colocadas de manera estúpida: escribo a la luz de una enorme lámpara de latón con tres flamas, la cual enciende un muchacho con unos juncos; una vez que laboriosamente ha logrado prenderla, se despide con un festivo *felicissima notte a Vo-*

ssignoria.* Higos, vides y limoneros, con muchas hojas en el tallo, se encuentran rebosantes frente a mí. Mi buen amigo, ¿acaso no todo era así hace tres años? Usted reclamaba un aliento de esta existencia: *Ecco la servito!*** En los últimos tres años, yo soñaba que estaba en Roma, en Nápoles, pero poco después despertaba y seguía en la calle de la amargura. En un principio pensé que podría volverme a ir mal y que esta vez la ilusión desaparecería. Sin embargo, ¡la segunda visita a Italia es todavía más agradable que la primera! ¡Con qué júbilo he recibido todas las peculiaridades italianas! Lo extraño y lo desconocido no me angustió como aquella primera vez. Más aún, he recibido las cosas molestas, adversas e incómodas como si fuesen viejas conocidas; todo lo bueno sé dónde encontrarlo y cómo disfrutarlo. Aquí, la tierra, las plantas, los árboles, los animales, los rostros de los hombres y todo lo que viene directamente de las manos de la naturaleza tiene una existencia genuina; allá, en nuestra tierra, todas estas cosas son regidas por la necesidad.

Tras aquel viaje por Suiza que me dejó magníficos recuerdos, llegué a Milán a descansar, con ansias de recibir una carta de usted *sed frustra*.*** Yo le había mandado mi dirección cuando estuve en Leipzig. Es por ello que recurro a usted nuevamente para pedirle que me informe sobre las novedades literarias, en especial, sobre aquellas que más me interesan. Salvo por los círculos literarios de Hermes y Amaltea, uno no se entera de nada por aquí: son lo único que hay. Por momentos, me alegra este ambiente heterogéneo: me río de mí mismo cuando doy un paseo con un dominico en Boboli y me quejo junto con él del deterioro de los monasterios, o cuando en un salón de una villa italiana le hago la corte a una dama inglesa: «si tan sólo volviese a arder aquella luz en nuestra tranquila celda.» Cuando estas cosas ocurren, vuelvo a ser yo mismo y me doy cuenta del lugar al que realmente pertenezco: y también entonces deseo oír algo que venga de afuera y que tenga relación conmigo. Usted conoce mis deseos al respecto y yo conozco sus bondades. ¿Ha habido interesantes novedades filosóficas en la feria del libro? Había tres

* «Buenas noches, mi señor».

** «¡Aquí se encuentra!»

*** «Pero fue en vano».

cátedras libres en Heidelberg, Breslau y Berlín, ¿qué clase de personas las han ocupado? ¿Alguien ha dicho algo sobre mí, o ha escrito algo sobre mis ideas? Le pido me responda a estas inquietudes por correo; yo le estaré profundamente agradecido. Todo lo que tiene que ver aquí con libros es difícil: uno lo tiene que comprar todo. La biblioteca tiene instalaciones incómodas. Una cajita de libros que mandé traer costó muy poco dinero. Eso sí, por aquí nada está prohibido. En Milán me mostraron un amplio catálogo de libros de autores censurados.

Pasaré aquí el invierno: todavía hace calor, traigo siempre pantalones cortos como todo el mundo. Por algunos lados, el follaje comienza a volverse amarillo. La mayoría de los árboles ignora las estaciones: hay naranjos afuera del monasterio de San Lorenzo que, aun estando al aire libre, dan una amplia sombra a todo el patio. Si el clima se torna frío, esta vista bastaría para consolarme. ¡Oh, El Dorado se encuentra en la Tierra! En Italia se vive como con una amante, un día te peleas con ella y al otro la vuelves a adorar; en cambio, en Alemania, se vive como con un ama de casa, sin mayores aspavientos y sin ningún gran amor.

¿Qué estrellas brillan en su cielo? ¿Todavía alberga esperanzas? ¿O Himeneo lo ha encadenado con grilletes más pesados? Si usted quiere venir hágalo pronto: el verano pasará rápidamente. Entretanto, le pido que me alegre lo más pronto posible con una carta: en todo aquello que pueda ayudarle, sigo estando tanto en el sur como en el norte a su completa disposición,

Arthur Schopenhauer.

Florenia, 29 de octubre de 1829.

¡Mi muy estimado amigo!

Tanto la carta que me envió a Múnich como a Florencia me han llegado. Le he hecho llegar su carta al Abad; sin embargo, no he podido darle su encargo a la profesora Schilling pues no he ido a Roma. En Italia no me apresuré a contestarle y en Múnich no pude hacerlo pues, aunque quise, estuve enfermo. Le doy las gracias atrasadas por todos los datos y las noticias interesantes que me hizo llegar. Me hubiera alegrado oír que usted estuviera en una posición favorable: no parece estar contento, ¡pero quién podría estarlo! Oiga lo que ha pasado conmigo. Permanecí en Florencia desde septiembre de 1822 hasta mayo de 1823 y pasé todo este tiempo de manera magnífica. Me encontraba en el lugar más feliz y cómodo del mundo: el trato excelente con varios amigos, en su mayoría ingleses, que disfrutaban de la vida ahí como yo, y algunas visitas a los museos hacían de mi existencia lo más deleitable posible. Fui muy social, como desde hace tiempo no lo era, me movía en un mundo de grandeza y elegancia, y poco a poco notaba un crecimiento tal de mis experiencias y de mi conocimiento de los hombres, que me hacen pensar que aquel tiempo fue de verdadera utilidad. La observación y la experiencia son tan importantes como la lectura y el aprendizaje. En especial, ahora me resulta absolutamente claro qué tan lamentables son ciertos aspectos de la vida, y cómo el aburrimiento, en cualquiera de sus manifestaciones, es el martirio de la misma.

Fue una bella temporada de la que me acuerdo con alegría, pero tiempos muy turbios la han sucedido. Hace tiempo llegué aquí, y me quedé seis semanas más de lo que había contemplado, pues padecí varias enfermedades que me hicieron pasar aquí todo el invierno: la hemorroides, la gota y una crisis nerviosa se sucedían una a la otra. Pasé todo el invierno en mi habitación con grandes dolores. Desde hace un mes me he recuperado, pero mi condición nerviosa todavía es tan débil que las manos me tiemblan y sólo hasta ahora puedo contestar su carta con grandes esfuerzos; realizar estas cosas

me fatigan y hacen que duerma todo el día; por si fuera poco, no oigo nada con el oído derecho. Todos estos males supuestamente se pueden curar en los baños termales de Gastein al sur de Austria, y es por ello que ahora parto para allá por unos días: se dice que son los baños termales más efectivos del mundo; se cuentan maravillas de ellos. Después de este tratamiento debo volver aquí, pero no permaneceré mucho en este clima infernal, sino que iré al Rin para disfrutar allá del verano y de la recuperación de mis fuerzas. Usted me dice en su carta que mi madre y Adele piensan pasar este verano en Mannheim. Para evitar cualquier *rencontre improévue*,* me es necesario saber si las damas irán al Rin y cuándo lo harán: le pido encarecidamente que me mantenga informado continuamente al respecto. Mi largo silencio no ha estado en mis manos: ha sido producto de una larga y difícil enfermedad.

Lo que usted me escribe sobre mi hermana ciertamente lo dice usted con buena intención, pero Adele y yo sabemos perfectamente bien lo que pensamos el uno del otro, así que los consejos de un tercero no nos ayudan mucho.

Dirija usted su respuesta a la compañía de H. v. Eichtal en Múnich, ellos me la harán llegar. Hágame saber pronto la información que deseo: ya habré de contestarle en mejor forma que con esta mano temblorosa y este espíritu oprimido. Sea lo que sea que haga, cuide su salud como si fuese el tesoro más grande: no hay nada más importante. Esto lo ha vivido en carne propia su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Múnich, 21 de mayo de 1824.

* «Encuentro imprevisto».

Distinguido Señor:

Me tomo la libertad de hacerle una propuesta. Debido al triste estado actual de la filosofía en Alemania considero que la traducción de dos escritos de Hume sería muy conveniente.

Los escritos en cuestión son los siguientes. En primer lugar, se trata de la *Historia natural de la religión*. Este pequeño escrito, el cual considero que es el más importante de los dos, apareció sólo una vez en Inglaterra después del año de 1755. Se tradujo al alemán en 1759 y se publicó con tres pequeños apartados de Hume de contenidos completamente heterogéneos. Esta traducción no sólo está pésimamente escrita, sino que también está pasada de moda y es a menudo imprecisa.

En segundo lugar, sus *Diálogos sobre la religión natural*. Éstos fueron traducidos en el año 1781 y publicados junto al apartado de Plattner sobre el ateísmo. No he llegado a ver esta traducción; probablemente se encuentra agotada desde 1781.

De acuerdo con sus contenidos, estos escritos forman un conjunto, a pesar de que el último de éstos apareció únicamente después de la muerte de Hume, ya que le temía al celo religioso de sus compatriotas. Sería, pues, muy conveniente reunirlos a ambos mediante una nueva traducción que podría ser presentada bajo el título «La filosofía de la religión de Hume». La extensión sería aproximadamente de doscientas cincuenta páginas. La tendencia de ambos escritos es la de mostrar, en primer lugar, que la creencia en los dioses, sean éstos muchos o uno, y la adoración que se les rinde, tienen como origen la angustia y el miedo ante las fuerzas violentas y desconocidas, lo cual provoca que el género humano viva en un estado prácticamente vegetativo entre sufrimientos diversos y conocimientos nulos. En segundo lugar, pretende mostrar la completa insuficiencia de todas las pruebas de la existencia de Dios. La realización de esto en su conjunto es magistral, aguda y atinada, y su lenguaje no sólo es comprensible sino profundamente atractivo,

llo de humor e ingenio en cada una de sus páginas. Precisamente, debido a su objeto de estudio y a su estilo, pienso que esta traducción puede volverse fácilmente parte de la filosofía popular y que no será recibida fríamente, como sucede comúnmente con la filosofía en la actualidad. Encontrará un amplio público de lectores, y éste se ensanchará conforme crezca la oposición en contra de estos escritos. Podría colocarse fácilmente en una posición semejante al escrito de Benjamin Constant traducido al alemán: *La religión*.

En lo que respecta a mi talento como traductor, aprendí el inglés durante una estancia en Londres en mi juventud con un catequista, y mantengo todavía dichos conocimientos frescos. Mi conocimiento es tal que los ingleses —con quienes, por cierto, recientemente volví a convivir en un viaje a Italia— confiesan no haber oído nunca que un extranjero hablase su idioma de modo tan perfecto. En dos ocasiones incluso llegaron a pensar por un rato que yo mismo era inglés. Mi buen alemán puede comprobarlo usted a través de mis escritos. Incluso quienes se oponen a mis puntos de vista no han dejado de señalar que la fuerza de mi estilo y la vivacidad de mi discurso alcanzan el grado más alto. Por eso me siento muy confiado de hacer una traducción del inglés muy bien acabada y completamente distinta de aquel trabajo de fábrica que se realiza con la ayuda de un diccionario. Comúnmente, las traducciones buscan conservar el sentido, pero no hacen ningún esfuerzo por transmitir el *espíritu* del original.

Le ofrezco mis servicios como traductor de prosa inglesa no sólo de la filosofía, sino también de todas las ciencias naturales, historia, política e incluso novelas. Puedo asegurarle que en cualquier caso sus expectativas quedarían satisfechas, ya que pocos están tan capacitados para este trabajo como yo.

Asimismo, le ofrezco mis servicios como traductor del italiano. Tanto por mi estancia en Italia por dos años como por diversas lecturas estoy familiarizado con este idioma. Hay un importante trabajo en italiano de Giordano Bruno, *Della causa, principio e uno*,* el cual recientemente se ha vuelto célebre debido a Schelling y a Jacobi. El autor de este libro fue quemado en 1600, y su libro, donde

* «De la causa, principio y uno».

fuera que éste se encontrara, fue quemado también. Un ejemplar se conserva aquí y otro se encuentra en Múnich en la biblioteca que Jacobi dejó en su legado. Se trata de un diálogo y no creo que tenga una extensión mayor a doce octavos. Sería conveniente hacer accesible este libro a todos los lectores instruidos mediante una edición bilingüe en latín. El original está en italiano, pero yo con gusto haría la versión latina.

Espero su respuesta para poner manos a la obra.

Muy sinceramente,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 25 de noviembre de 1824.

Desde que tuve el honor en septiembre de irlo a visitar a Leipzig, me ofrecí a realizar para usted algunas traducciones del inglés y del italiano. En vistas de que usted elabora una colección de novelas clásicas extranjeras, sería para mí un enorme placer traducir el inmortal *Tristram Shandy* de Sterne. Es uno de los libros que constantemente vuelvo a leer. Hay una traducción alemana, creo que de Bode, que supuestamente es buena pero que no conozco. Su idioma, sin embargo, no es el de hoy y actualmente se necesita de algo mejor. En todo caso, yo haría *con amore* dicha traducción con el propósito de recrear enteramente la impresión vivaz del exquisito original. Como conozco el inglés desde mi juventud en Inglaterra y lo domino tanto como el alemán, creo poder llevar a cabo un excelente trabajo. Dejo esto a su amable consideración.

Su muy devoto,

Arthur Schopenhauer.

Dresden, 26 de enero de 1825.

¡Estimado señor consejero!

Con extraordinaria alegría aprovecho la ocasión para hacerle llegar mis pensamientos, ya que, muy a menudo, pienso en ustedes y en sus tantas bondades, con las que me colmaron cuando me encontraba en Múnich. Su continua actividad literaria —la cual, sigo con atención— me habla de su buen estado de salud. Yo, por mi parte, desde aquella convalecencia en Múnich he gozado de una salud ininterrumpida, y, de hecho, me siento mejor y más capaz que nunca antes. Han pasado ya más de dos años desde que me encuentro aquí, y poco a poco he dejado que madurara un plan para el cual quisiera pedirle su bondadosa cooperación: quisiera trasladarme a una universidad al sur de Alemania. Dos motivos me obligan a esto: para mí, que no soy una persona muy sociable, el placer más esencial de la existencia consiste en vivir en un clima despejado y templado, con un bello entorno que no esté obstruido por ninguna gran ciudad. De ahí que no haya algo más contrario a mis inclinaciones que esta grande e inquieta ciudad, situada en medio de un terrible desierto bajo el cielo nórdico. En segundo lugar, sé por experiencia que mi dinero puede rendirme el doble en cualquier ciudad al sur de Alemania que aquí. ¡Se trata, pues, de dos importantes motivos! A pesar de todos sus grandes méritos, Múnich no es la ciudad idónea para mí debido a su áspero clima. Ningún otro lugar me parece más conveniente para mí que Würzburg. Como cuento con un importante capital, no tengo dudas de que mi estancia allá será bienvenida. Sin embargo, quisiera poder colocarme en una universidad y poder impartir cátedra como aquí lo hago, no con el propósito de ganar dinero, el cual no me hace falta, sino simplemente para desenvolverme en la vida pública, cuanto más que en la madurez el instinto por enseñar es mayor que el de aprender; instinto este último al que ya he dedicado todo mi tiempo y todas mis fuerzas. Y, además de esto, me gustaría ocupar un puesto fijo en esa sociedad burguesa.

Como usted, mi estimado señor consejero, es en realidad la persona al mando de todo aquello relacionado con la vida académica en Baviera, le pido que me conduzca por un camino seguro para que no me tope con algún posible desaguisado. Si fuese necesario realizar una petición formal al ministro o a usted mismo, la haré siguiendo todo el protocolo establecido. De no presentarse ningún inconveniente, me gustaría efectuar mi traslado este mismo otoño, antes de que llegue el mal clima. Por eso le pido que me alegre lo antes posible con su favorable respuesta. Nuestro rector, el profesor Lichtenstein irá este mes a Múnich: le pido por favor que no le haga saber de mis planes, es mejor que permanezcan ocultos hasta que se lleven a cabo.

Le pido que le haga llegar a su esposa mis más sinceros saludos, y de paso también a los señores Docen, Vorherr, y también a Grossi, quien fue testigo de mis severos malestares.

Queda de usted, con el mayor de los respetos,

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 4 de septiembre de 1827.

Señor mío:

Me tomo la libertad de hacerle una propuesta motivada por su valiosa y útil compilación, *Scriptores ophtalmologici minores*. Quizás usted esté familiarizado con mi tratado *Sobre la vista y los colores* (Leipzig, 1816, Hartknoch, 88 octavos). A pesar de que la academia de Múnich me situó dentro de los partidarios de la psicología sensitiva en el tomo sobre los progresos de la fisiología desde Haller, y de que Ficinus reconoció que mi teoría de los colores es la única verdadera, como lo ha demostrado en su artículo «Colores» de la enciclopedia general de fisiología de Pier; mi teoría ha sido tomada muy poco en cuenta en su conjunto, no se ha abierto paso, y puedo decirle que no se me ha tratado con justicia. A pesar de que lo concebí hace 13 años, me encuentro profunda y plenamente convencido de la verdad y la importancia de aquel tratado donde expongo una teoría fisiológica de los colores. Si tuviese una oportunidad de hacer este tratado accesible para el extranjero —con la esperanza de que allí será propiamente valorado—, incluso si fuera incorporándolo a una compilación mayor de escritos, no la dejaría pasar. Es por ello que me ofrezco a traducir este tratado al latín, mejorándolo de paso en algunos aspectos esenciales, dejando de lado algunas cosas innecesarias, y colocando como reemplazo ciertas aclaraciones pertinentes, en el entendido de que mi señor me prometa incorporar dicha traducción —cuya extensión sería, aproximadamente, de 50 páginas— en el próximo tomo de su compilación, o en el que le siga. Por este servicio esperaré que mi señor me conceda los honorarios apropiados por mi trabajo como traductor. Si usted me pidiese que el texto se redujese considerablemente, yo aceptaría, aunque de mal modo: de ser este el caso, omitiría grandes partes de la introducción y del primer capítulo, ya que lo principal se encuentra en el segundo. Aunque, dicho sea de paso, mi primer capítulo es un complemento muy necesario al tratado de Tourtual de la colección que usted maneja, puesto que, de manera muy peculiar, éste trata de

*mentis in visu efficacia** partiendo inocentemente de los principios de Locke y Condillac, e ignorando a Kant, el filósofo más grande de su época y de esta nación. Sin embargo, su ignorancia lo ha hecho proceder con originalidad. Después de mostrar con certeza en los párrafos que van del 20 al 27 que la intuición no puede ser empírica —como Locke y Condillac afirman— ya que ni en el tacto ni en la retina afectada por la luz se encuentra el material de la intuición espacial ni su objeto, se aventura a suponer en el párrafo 28, por sus propios medios, que tanto la intuición del espacio como su objeto provienen de una capacidad innata de la mente: esto coincide con la doctrina kantiana de las formas *a priori* de la intuición, el tiempo, el espacio y la causalidad. Tourtual compensa con perspicacia su ignorancia de esta doctrina y de la filosofía, y, mediante esta misma sagacidad, proporciona una demostración apagógica y negativa de la doctrina kantiana de la idealidad del espacio. No obstante, la correcta aplicación de esta doctrina a este tema y al del intelecto, está contenida en el primer capítulo de mi tratado, razón por la cual se trata de un complemento muy necesario del escrito de Tourtual.

Quizá mi señor se oponga a la doctrina de los colores de Goethe, pero espero que como editor se mantenga fiel al *auditur et altera pars*.**

En todo caso, antes de que se decida, le pido le preste atención a mi tratado de nueva cuenta, y elija entonces lo que considere más pertinente.

Respetuosamente, queda de usted su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 14 de marzo de 1829.

* «Sobre el acto de la mente al ver».

** «Uno debe oír a la otra parte».

Señor mío:

Me tomo la libertad de mandarle un manuscrito para su revisión; creo que podría convertirse en un gran artículo editorial. Sin embargo, por motivos muy personales, no quiero que se me reconozca como el traductor del mismo, por lo que le pido que guarde la máxima discreción al respecto, ya sea que lo acepte o no. Me dispongo ahora a darle todos los datos literarios que hacen de este libro algo todavía *au fait*.*

El *Oráculo manual y arte de prudencia* del jesuita Baltasar Gracián apareció en España en 1653 y poco después fue traducido al francés bajo el famoso título *L'homme de tour de Gracian; traduit par Amelot de la Houssaye*: esta traducción está bastante incompleta, y quien la hizo sólo entendió el texto a medias. Sin embargo, muy pronto aparecieron dos traducciones al alemán basadas en el texto francés, una de Sauer en 1685 (Leipzig), y otra de Salintes en 1711 (Augsburg). Ambas traducciones son miserables, pues estos dos no sabían nada de francés y, como ya le he dicho, la misma traducción francesa está llena de errores.

La obra, sin embargo, volvió a traducirse en 1750, esta vez del francés al latín, bajo el título *Gratiani homo aulicus* y apareció en Wien. Esta traducción es difícil, complicada, y en algunas partes, completamente incomprensible. Asimismo, en 1715 apareció en Leipzig una traducción de A. F. Müller realizada directamente del español. En muchas partes, aunque no siempre, esta versión no capturó varias cosas del original, y es más una paráfrasis que una verdadera traducción. De ahí que sea tres o cuatro veces más extensa que el original, y que no se encuentre en ella ninguna huella del espíritu y el tono del mismo; en vez de aquella riqueza de pensamientos expresada con pocas palabras —una de las características más

* «De interés».

distintivas del original—, encontramos aquí líneas rimbombantes e insípidas, escritas en aquel estilo tan repugnante de la época (1715) que hoy nos resulta completamente ilegible. Además, Müller añadió sus comentarios moralinos de una manera tan adusta y amplia que convirtió la obra de Gracián en un mamotreto de más de 1790 páginas impreso en tres tomos. Ésta ha sido la última traducción alemana de este famoso libro. Hay también una traducción italiana anterior que no he podido conseguir. Las obras completas de Gracián aparecieron en dos tomos en 1702 en Amberes. Mi traducción se basa en esta edición.

La necesidad contemporánea de traducir a Gracián al alemán se manifestó —aunque, de ningún modo se cubrió de manera satisfactoria— en un panfleto publicado en Leipzig en 1826 titulado «El cuadernillo negro: ideas de Gracián sobre la sabiduría práctica», de 80 páginas, cuyo precio era de 6 centavos.

Este desafortunado producto mercantil parece haber sido escrito por algún criado. De ninguna manera se trata de una traducción del español. Quien lo redactó empleó la traducción francesa y, en ocasiones, de las 300 máximas de Gracián, tomó aquello que le parecía, unió las cosas más heterogéneas y les agregó frases de su propia cosecha. Con esta mezcolanza definitivamente afectó la cohesión del original y, además de todo, le añadió 50 apartados de su propia composición, formando así un volumen cuya extensión es la de un cuarto en relación con el original.

En ningún lugar podemos encontrar recogidos los pensamientos de Gracián de manera pura; tampoco hay huella alguna de aquel noble y elevado tono con el que habla. En lugar de eso, encontramos un discurso que no es sólo corriente sino también pésimo. Duele ver a un escritor tan grande en un estado tan maltrecho y desfigurado. Le adjunto mi ejemplar de esa mamarrachada para que la compare con mi traducción y compruebe lo que digo: en él añadí los números de las que son las primeras cincuenta máximas y que él desperdigó por doquier.

De las 300 máximas para la vida de Gracián, traduje las primeras 50 tal y como aparecen en el original, de manera literal y tan fiel como era posible, haciéndolas fácil de comprender: el señor Keil, o quien sea que hable español, le confirmarán esto si comparan mi traducción con el original y le dirán también que realicé el mejor

trabajo posible, pues no sólo preservé el sentido exacto, sino también el tono y el sentido y, además, redondeé el texto y lo hice más fluido al limarle ciertas asperezas y al mejorarlo en algunas cosas. Estoy plenamente convencido que cualquier lector atento, aunque se tratase de una mujerzuela, podría entenderlo. Hacer esto es mucho más difícil de lo que parece, ya que, a su propio modo, se trata de una pequeña obra maestra.

Este libro puede aparecer de nueva cuenta, con la acreditación y el aplauso de más de un siglo y medio, pero ahora tal y como apareció en España, en su verdadera y auténtica forma, ya que todas las traducciones anteriores son, de alguna forma u otra, raquíticas. Este libro es un manual de artes práctico, apropiado tanto para consejeros como para granjeros, y, de manera particular, para aquellos que son jóvenes y buscan abrirse paso por el mundo. De ahí que todos aquellos que le echen un vistazo quieran no sólo leerlo sino también poseerlo, pues no se trata de una lectura ocasional, sino de un libro que sirve como tutor y como guía.

Traduje sólo estas máximas —que apenas conforman una sexta parte del original— porque aquellas que aparecen más adelante son mucho más extensas. Calculo que toda la traducción quedaría recogida en 10 pliegos, junto con un prólogo y una nota editorial. De aceptar el libro, usted tendría que imprimir mil elegantes ejemplares de 24 páginas cada uno. Aproximadamente, 150 ejemplares estarían destinados para un público refinado —mismo al que la obra ensalza— y tendrían que ser impresos en vitela. Por concepto de honorarios, le pediría a usted 120 ducados, en el entendido de que si hubiera una siguiente edición, yo percibiría de nuevo esta misma suma. Si usted no aceptase esta última condición y quisiera pagarme por una segunda edición sólo la mitad, entonces tendría que pagarme por esta primera edición 170 ducados.

De ningún modo pienso ceder en esta última condición, pues se corresponde a mi trabajo y es la recompensa justa al mismo.

Por algún motivo u otro, si usted no deseara aceptar este contrato, pero quisiera que otro editor se encargara del mismo, yo no tendría problemas con ello: sólo que éste no podría saber mi nombre hasta que el asunto haya sido arreglado. Si nadie lo quisiera aceptar, le pediría que me regresara el manuscrito así como el libro para que yo buscara aquí a un editor.

Con la plena confianza de que usted no habrá de revelar mi nombre a nadie, queda de usted su atento servidor,

Arthur Schopenhauer.

Berlín, 15 de mayo de 1829.

Señor mío:

Quedaría profundamente agradecido con usted si tuviese la bondad de mandarme un ejemplar de mi obra, el cual pienso hacérselo llegar a un muy docto escritor, pues tengo motivos para creer que cuando éste entre en contacto con ella y la conozca, se expresará muy favorablemente sobre la misma. Me atrevo a hacerle esta petición únicamente porque sé que el sacrificio de este ejemplar conviene tanto a sus intereses como a mis intenciones. Si usted acepta, le pediré por favor que me lo envíe a Francfort, donde resido desde 1831. Asimismo, apreciaría enormemente que me informara de modo breve sobre las ventas de mi obra en los últimos años, y que me indicara el número de ejemplares que usted todavía posee. Le pido esto encarecidamente. He notado con satisfacción que no es uno de los artículos que usted intenta vender a toda costa mediante un precio módico, sino que solamente se le rebaja cuando las ventas son por grandes cantidades.

Queda respetuosamente de usted,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 30 de abril de 1835.

P.D. Aprovecho la ocasión para expresarle mi convicción: a pesar de la infame desatención que ha recibido mi obra en los círculos filosóficos y del infame tartufianismo* del que está plagado nuestro tiempo, mi obra pronto recibirá el reconocimiento que se merece; pues lo verdadero y lo auténtico no puede ser ignorado por siempre y de manera absoluta. Aunque no quiera creerme, me niego a

* Alusión al personaje de la obra de Molière del mismo nombre, que encarna la hipocresía religiosa.

abandonar la esperanza de ver en vida una segunda edición de mi obra y de enriquecerla con todos los pensamientos que he anotado desde 1819, tiempo desde el que no he vuelto a publicar nada, salvo un tratado en latín sobre los colores. Así pues, tan pronto usted contemple la posibilidad de una segunda edición, tenga la bondad de hacérmelo saber.

A los profesores Rosenkranz y Schubert
 Universidad de Königsberg

¡Honorables señores!

Sólo en virtud de su calidad de editores de las obras completas de Kant me tomo la libertad de comunicarles ciertos propósitos que he albergado durante años, y que daría a conocer a todo aquel que tuviese una empresa en sus manos semejante a la de ustedes. Si bien esto no lo hago en beneficio mío o suyo, sino motivado por el más puro y objetivo interés por la filosofía kantiana, creo que lo que les comunicaré les será provechoso, pues así podrán cumplir honorablemente con la obligación que asumieron y serán alabados por hacer aquello que les correspondía como editores. Pues, a excepción de un único aspecto que habré de comentarles, no hay nada que mejorar. No es difícil presentar estas obras íntegramente y bien impresas, y el orden de los libros es a final de cuentas arbitrario.

En lo que a mí concierne, puedo suponer que conocen mi relación con la filosofía kantiana así como mi crítica a la misma. Desde hace 27 años la filosofía de Kant no ha dejado de ser el tema principal de mis estudios y de mis reflexiones. ¡Me gustaría saber quién de mis contemporáneos es más competente que yo en lo que concierne a la filosofía kantiana! Pero bueno, vayamos al asunto.

Como es sabido, Kant le hizo importantes modificaciones a la *Crítica de la razón pura* en su segunda edición, y es a partir de esta segunda edición que se han impreso todas las siguientes reimpressiones. Sin embargo, mis detallados estudios me han brindado la segura y firme convicción de que Kant mutiló, desfiguró y echó a perder su obra mediante dichas modificaciones. Lo que lo motivó a hacer esto fue el temor a los hombres provocado por su vejez, un temor que ataca no sólo a la cabeza, sino que también se apodera con firmeza del corazón, y que hace a uno odiar a todos sus con-

temporáneos después de haberles brindado un servicio —muchos grandes hombres han hecho esto—. A Kant le echaron en cara que su doctrina era un refrito del idealismo de Berkeley; pues como había derribado con su doctrina las viejas y sagradas enseñanzas de los dogmáticos —en especial, las de los psicólogos racionalistas— eso hizo enfurecer a varios. Además, falleció el gran rey, aquel amigo de la luz y protector de la verdad, y Kant tuvo que prometerle a su sucesor que no volvería a escribir más. Kant fue intimidado por estas circunstancias y al final acabó por flaquear y realizó cosas indignas de su persona. Entre las cosas que hizo, modificó el primer apartado del segundo libro de la dialéctica trascendental (página 341 de la primera edición y 339 de la quinta) y eliminó 32 páginas del mismo que son en realidad indispensables para la correcta comprensión de toda la obra. Al sustraer esto y al incorporar otros apartados, llenó toda su doctrina de contradicciones, mismas que señalé y atacué en mi crítica a Kant, pues en ese entonces (1818) no había visto la primera edición donde no hay contradicciones y todo es armonioso.

A decir verdad, la segunda edición se parece a un hombre al que le han amputado una pierna y le han colocado en su lugar una de madera. En la página XLII del prefacio a la segunda edición justifica la eliminación de la parte más bella e importante del libro con groseras y falsas excusas; ahí su intención no es la de confesarse y retractarse por aquello que eliminó: según Kant, uno puede ver que en la primera edición es necesario dar mayores explicaciones, y que aquello que insertó no es más que una exposición mejorada. Sin embargo, la falsedad de este pretexto resulta evidente cuando uno compara la segunda edición con la primera. Pues en la segunda edición no sólo eliminó aquel hermoso e importante apartado que he mencionado e insertó otro nimio y de mucho menor extensión, sino que en la segunda edición (páginas 274-279 de la quinta edición, no sé si las páginas se correspondan con la segunda edición que ustedes poseen) incorpora una abierta refutación al idealismo que expresa justo lo contrario a lo que la anterior decía, y todos los errores que anteriormente había criticado con solidez los comete él mismo.

Como consecuencia de esto, Kant dejó toda su doctrina llena de contradicciones. La supuesta refutación del idealismo que in-

sertó es tan mala, se encuentra llena de tantos sofismas evidentes y utiliza tantas palabrejas confusas, que no es digna de estar en esta obra inmortal. Con plena conciencia de estas deficiencias, Kant defendió dicha eliminación en la página XXXIX del prólogo con señalamientos confusos, arguyendo que buscaba mejorar la exposición. Pero el anciano olvidó tachar sin excepción todos los pasajes de la segunda edición que contradecían lo que añadió y que armonizaban a la perfección con lo que había quitado. Estos pasajes son, a saber, toda la sección sexta de las antinomias de la razón pura, así como los otros lugares que señalé con desconcierto en mi crítica de 1818, pues desconocía la primera edición —espero, por cierto, que con esto no tengan dudas de que los aconsejo no a favor, sino incluso en contra de mi propio interés personal—.

Por otra parte, se puede apreciar que fue el temor a los hombres lo que llevó a este anciano a desfigurar su crítica contra la psicología racionalista, ya que sus ataques contra aquella sagrada doctrina del viejo dogmatismo son mucho más taimados, débiles y sin fundamento en la segunda edición que en la primera; este temor a los hombres resulta también evidente si uno considera las dilucidaciones que insertó sobre la inmortalidad del alma como un postulado necesario para la razón práctica, que nada tienen que ver con la estructura y el contenido de la obra y que además son francamente incomprensibles.

Este miedoso retroceso provocó también que Kant se deslindara del punto más importante de toda su filosofía, a saber, la relación entre lo real y lo ideal, un pensamiento que albergó durante sus años de mayor vigor, y que con 64 años a costas rechazó con ligereza —la cual, en la vejez, se confunde con el miedo—; sin embargo, por vergüenza, no hizo esto públicamente, sino que lo hizo a hurtadillas y dejó abandonado a su sistema. De ahí que la *Crítica de la razón pura* sea en su segunda edición una obra contradictoria, mutilada y echada a perder: ciertamente, es falsa. Jacobi concuerda plenamente conmigo en este punto, pues en la segunda parte de sus obras completas reproduce una sección de aquello que Kant suprimió.

Señores míos, el destino ha puesto en sus manos la oportunidad de reproducir la *Crítica de la razón pura*, el libro más importante que se ha escrito en Europa en la historia, de manera original, inal-

terada y en su auténtica forma; mediante esta *restitutio in integrum*,* podrán ganarse el aplauso de todos, conseguir el agradecimiento de la posteridad y realizar la empresa que tienen ante sí con honor. Esto ocurriría justo al tiempo que comienza la vida de este libro escrito para todos los tiempos, pues Francia e Inglaterra ya exigen con avidez esta fuente de sabiduría. No dejen esta necesaria tarea a otra época y no oscurezcan su labor como editores: sean conscientes de la importancia de su posición y aprovechen la oportunidad de otorgarle un auténtico y duradero servicio a la filosofía, tomen el aliento necesario para dar este paso, cuya osadía —justificada plenamente por la naturaleza del asunto— seguramente los revestirá de honor. *Sapere aude!*** Impriman la *Crítica de la razón pura* de acuerdo con la primera edición y añadan los complementos y las variantes de la segunda edición como un suplemento. Así se respetará el orden cronológico: ustedes presentarían la obra en su verdadera forma, tal y como Kant se la brindó al mundo tras muchos años de esfuerzo y después añadirían las modificaciones que hizo a su trabajo.

He cotejado minuciosamente ambas ediciones y he anotado todas las divergencias y modificaciones; me ofrezco a enviarles un registro confiable de todas las diferencias página por página y línea por línea. Ustedes sólo tendrían que revisarlo y se ahorrarían cualquier otro esfuerzo. La primera edición tiene tan sólo 27 páginas menos que las otras: la unidad original de la obra se vuelve mucho más clara en su forma y constitución originales, y en muchos lugares concretos es mucho más comprensible que en la segunda edición. Esto se ve incluso en la tabla de contenidos: la primera es mucho más clara que la segunda.

No se dejen superar por otros emprendedores, no se queden atrás en el amplio pabellón de los señores —algo que Pitágoras ya había advertido—, y no dejen las cosas a medias. Presenten la primera edición y añadan aparte las variantes de la segunda. No hacerlo sería como si uno descubriese una antigua escultura y en vez de pegar-

* «Restitución al estado original».

** «Atrévete a conocer!», famosa frase latina de Horacio, *Epístolas* (I, 240) retomada por Kant como lema de la Ilustración. Kant precisamente la traduce en su famoso ensayo «¿Qué es la Ilustración?» como «¡ten el valor de servirte de tu propia razón!».

le las partes faltantes uno las dejara tiradas a un lado. Aprovechen esta brillante oportunidad para dar una prueba de su conocimiento y de su juicio, y actúen como lo exige la naturaleza del asunto. *Seguir li pochi e non la volgar gente.** Si ustedes así lo deciden, no tendría inconveniente alguno en que me nombraran consejero editorial de la obra. Estoy tan convencido de la pertinencia de estos consejos que estoy dispuesto a asumir plena responsabilidad por los mismos. Si ustedes quisieran excusar su procedimiento, podrían justificarse publicando la presente carta, desde la parte donde digo «como es sabido» hasta donde escribo «ciertamente, es falsa», pero tendrían que nombrarme explícitamente y tendrían que publicar la carta sin modificaciones de ningún tipo. Muchos comprarían su edición con el fin de ser dueños de la *Crítica de la razón pura* en su forma original, y de la que sólo han oído por la tradición, a diferencia de esa mutilada segunda edición, que es muy popular y ya lleva seis o siete ediciones. Éste sería el argumento para el editor general. Está por demás decirles que por este servicio no espero ni exijo la más mínima retribución. Si aceptan seguir mi consejo, lo único que les pediría es que publicaran una pequeña nota donde mencionaran mi nombre y lo que he sugerido. Tampoco les ocultaré el hecho de que si ustedes no toman mi consejo, yo me esforzaré por mi parte en presentar la *Crítica de la razón pura* en su forma original: algo que seguramente afectaría la edición de ustedes. A mí lo único que me importa es que esto se maneje como es debido sin importar quién sea quien lo haga. *Dixi et animam salvavi.***

Con mis deseos más sinceros para el desarrollo afortunado de su honorable empresa, quedo de ustedes como su más sincero servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 24 de agosto de 1837.

* «Sigan a los pocos y no a la muchedumbre.»

** «Hablé y salvé a mi alma.»

¡Honorable señor!

Reciba usted mi más sincero agradecimiento por el bello ejemplar de su edición de la obra de Kant, cuyos tomos I y IX —bellamente encuadernados— me han llegado en el invierno. El diseño es bastante adecuado y lo que usted ha hecho en cuanto a la ordenación de los libros y las correcciones ortográficas y de puntuación es realmente admirable. Aguardo con expectación la próxima edición de la *Crítica de la razón pura*, y así contemplarla como si hubiese vuelto a nacer.

Por otra parte, creo que en su prefacio al primer tomo debió haber mencionado que en *La única prueba posible de la existencia de Dios* (1763), Kant expone por segunda vez y de manera completa sus hipótesis cosmológicas, aquellos pensamientos tan infinitamente perspicaces y verdaderos que por sí mismos habrían bastado para hacer inmortal su nombre. La primera vez que los expuso fue en su *Historia universal de la naturaleza y teoría del cielo* de 1755: aquel escrito tan poco leído entre la raza de monos que anda en dos patas. Tiempo después, Lambert robó (*ut fere fit*)* esos pensamientos en 1761 (como Kant mismo da a entender, en el señalamiento que se encuentra en la pág. 167, de su edición). Kant repite esta exposición —de manera perfectamente acabada— en el ya mencionado escrito, en la séptima consideración (págs. 254-271); irónicamente, lo coloca junto a la demostración de la existencia de Dios, un lugar donde su teoría figura de manera tan curiosa que parece ser más bien una refutación de la omnisuficiencia divina. La apatía generalizada, la atracción por todo lo malo y la repulsión por todo lo bueno tan difundidas en Alemania hacen que la gente no se ocupe de Kant ni de Lambert ni de la cosmología. Es por ello que ahora, 50 años después, un francés llamado Laplace pretende haber descubierto

* «Como suele hacerse».

estas ideas por sí mismo y busca revestirse con ellas de gloria: bajo el nombre de *Cosmología de Laplace* las hipótesis esbozadas por Kant hace 50 años (mismas que ahora ya están completamente demostradas y corroboradas) son ahora famosas. Laplace da cuenta de ellas en su *Exposition du système du monde*, libro V, capítulo 6, ¡y dice (en la pág. 430 de la cuarta edición) que no conoce a nadie antes que él que haya intentado explicar el surgimiento de los cuerpos celestes, salvo Buffon, quien lo hizo de manera completamente distinta! ¡Y toda su cosmología no es más que una repetición de la kantiana! Pienso que podría reivindicar el mérito de Kant por estos bellos y verdaderos pensamientos en el prólogo a la *Historia universal de la naturaleza y teoría del cielo*; con esto, usted también reivindicaría a la nación alemana, pero eso no es algo que me importe.

Albergo desde hace tiempo un deseo que quizás usted pueda cumplirme: un autógrafo de Kant. Lo único que poseo de él es una mera reproducción de su firma en grandes letras doradas que se encuentra debajo de un grabado que poseo. Un misterioso juez Fischenich de Berlín me envió una nota supuestamente escrita por Kant, pero como después de examinarla no encontré ninguna evidencia que diera cuenta de su legitimidad, le regresé aquel papel sin valor, mientras que él se quedó sin más una carta autógrafa de Goethe que yo le había enviado. Esta persona ya murió; espero que se comporte de mejor manera en la otra vida. Si usted posee un autógrafo original o algo de esta naturaleza y quisiera otorgármelo, quedaría agradecido para siempre su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 12 de julio de 1838.

A mi señor:

Le parecerá perfectamente normal que me dirija a usted para encargarle la edición del segundo tomo de *El mundo como voluntad y representación*, que apenas ahora he completado. Lo que quizá le sorprenda, por otra parte, es que lo haya terminado 24 años después de haber escrito el primero. A pesar de que me he ocupado con los preparativos de manera incesante no lo pude haber completado antes. Lo que ha de permanecer por mucho tiempo se gesta con lentitud. La redacción final de este tomo ha sido mi trabajo por los últimos cuatro años: tomé esta decisión porque me di cuenta de que era tiempo de acabar. He alcanzado la edad de 55 años, una etapa en la que la vida se empieza a volver más incierta —eso si es que uno sigue vivo— y las fuerzas del espíritu comienzan a debilitarse.

Este segundo tomo contiene ventajas importantes en relación con el primero; la relación que guardan entre ambos es la misma que hay entre un cuadro pintado y su bosquejo. Este tomo aventaja al primero en solidez de pensamientos y de conocimientos, los cuales son el fruto de una vida entera dedicada al estudio y la reflexión. Ciertamente, es lo mejor que he escrito, pero justo ahora es que se podrá apreciar la importancia del primer tomo. Me he expresado en esta ocasión con mucha mayor libertad y franqueza que hace 24 años; en parte, esto se debe a que el tiempo me ha dado mayor madurez, y en parte, también, a que con el paso de los años he conseguido librarme definitivamente de los insignificantes universitarios y he asegurado mi independencia.

Según mis cálculos, la extensión de este tomo debe ser semejante a la del primero, pero esto no se lo puedo asegurar con precisión, ya que he utilizado distintas columnas y márgenes en la composición del manuscrito. Éste se divide en 50 capítulos que a su vez se dividen en cuatro libros y que corresponden a los cuatro libros del primer tomo.

Mi más ardiente deseo es que usted decida imprimir este tomo así como el primero y que ambos aparezcan en una «segunda edición aumentada, en dos tomos», de modo que esta obra —cuyo valor e importancia apenas comienzan a ser reconocidos por algunas personas—, sea presentada en una forma más apropiada y actual, y logre así atraer la atención del público. Esperemos que esta obra desenmascare las fantasmagorías que han predicado por tanto tiempo nuestros aclamados y heroicos catedráticos y que su vacuidad sea reconocida; por otra parte, el deterioro de la religión en nuestro tiempo ha despertado el interés por la filosofía: hoy en día se siente más fuerte que nunca esta necesidad y no hay filosofía alguna que la cubra. Las obras de los demás tienen como objetivo el interés propio —algo que no es en absoluto mi caso—y ninguna otra cosa más.

Ahora que la he completado ha llegado el momento de que aparezca mi obra con una nueva y perfecta forma. La gente no será por siempre injusta conmigo. Si usted conoce la historia de la literatura, sabrá que todas las obras auténticas que gozan de una longevidad considerable fueron en un principio desatendidas mientras que las pésimas y las falsas se hallaban en lo alto. Pareciera como si las cosas buenas y auténticas ya no tuvieran lugar en este mundo y no merecieran alcanzar la gloria; sólo atravesando diversos escollos llegan éstas a la luz. Mi tiempo habrá de llegar, y entre más tarde llegue más luminoso será. Ésta es una obra cuyo valor e importancia es de tal naturaleza que ni siquiera aquí entre bastidores con mi editor me atrevo a pronunciarla pues de hacerlo no me creería. Lo que puedo hacer es al menos señalarle lo importante que es este asunto para mí y hacerle saber que no guardo ningún propósito ulterior.

Si usted decide hacerse cargo de la segunda edición, dejaré a su buen criterio si es que he de percibir dinero por ambos tomos o nada en lo absoluto. En este último caso, usted obtendría el trabajo de toda mi vida gratis, aunque he de decirle que no lo llevé a cabo con una disciplina de hierro hasta mi vejez buscando obtener dinero a cambio. Por otra parte, sé de sobra que un libro de este volumen implica para usted un costo considerable en impresión y papel, y que sólo habrá de recuperar la inversión con el tiempo. Tengo muy presentes sus quejas sobre las bajas ventas y sus informes sobre la destrucción de varios libros: ambas cosas me han provocado una enorme tristeza. Sin embargo, sé que esto no se debe al libro en sí,

sino a la nula capacidad de juzgar del público y a la socarronería de los profesores de filosofía más influyentes que actúan de acuerdo a sus propios intereses. Mientras las cosas sean así, no quiero que usted padezca por mi causa, a pesar de que usted sea rico. Por este motivo le presento las condiciones de esta manera para que la empresa sea posible. He ganado ya un público pequeño para mis escritos y cuando éste se vuelva más numeroso, mi libro tendrá más ediciones, aunque ya no esté yo para verlas.

La última revisión del segundo tomo estará lista para impresión en un mes. Mientras imprime el segundo tomo, me gustaría hacer unas pequeñas mejoras al primero: en especial, al apartado de la «Crítica a la filosofía kantiana». Usted verá que son de interés y no ocuparán más que un pliego.

Espera su respuesta con el mayor de los respetos su fiel,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 7 de mayo de 1843.

Mi señor:

Me ha comunicado en su venerable misiva una respuesta negativa a mi petición, la cual me resulta tan inesperada como descorazonadora. A pesar de ello, debo rechazar los consejos bienintencionados que me hace. Estoy dispuesto a darle un regalo al público, un regalo de mucho valor: ¡pero pagar por dar ese regalo no lo haré ahora ni nunca! Es como si a alguien a quien le fuera a comunicar por escrito una muy importante noticia quisiera que yo franqueara la carta. El evidente deterioro de nuestra época ha llegado a tal extremo que las estupideces de Hegel son reeditadas una y otra vez, y las huecas sandeces filosóficas escritas por la gente más ordinaria son adquiridas por el público y se agotan en todas las ferias de libros, mientras que mi obra, el trabajo de toda una vida, no quiere ser financiada por mi editor; en todo caso, será mejor que se quede guardada y aparezca de manera póstuma, cuando lleguen las generaciones que sepan recibir con alegría cada una de mis líneas: esto no tardará mucho.

Sin embargo, creo que éste no es el estado definitivo de las cosas: quisiera agotar todos los medios para hacer accesible al mundo este trabajo que he completado con tanto amor y dedicación. En primer lugar, le propongo imprimir el segundo tomo sin reimprimir el primero y sin que se me paguen honorarios —a pesar de que esto vaya en contra de mi propio interés. Usted no debe dudar de que aquellos que tienen el primer tomo querrán tener el segundo; dichas ventas cubrirán los gastos de la impresión. Rumores sobre el valor de mi libro llegarán a los oídos de la gente con toda seguridad. Este segundo tomo, la suma de todos los pensamientos que he escrito en los últimos 24 años —el cual se encuentra dividido en 54 apartados, independientes entre sí— trata distintos temas filosóficos, no con la jerga universitaria, sino de una manera extremadamente clara, viva e intuitiva que raya en lo popular, y que es además agradable y fácil de leer: es por ello que el primer tomo —cuyo contenido supone los

conocimientos básicos de mi filosofía— despertará también interés, y con suerte conducirá a una segunda edición. Si usted estuviese aquí, le daría a leer (aquí mismo en mi residencia, pues comprenderá que no dejo que nadie tenga una copia del manuscrito) las 36 páginas que provisionalmente conforman el capítulo de la «Metafísica del amor sexual», donde estudio los fundamentos más profundos de esta pasión con un lenguaje que cuida los detalles más precisos. Apuesto a que después de esto usted cambiaría de parecer.

Si usted decide no aceptar esta segunda propuesta, entonces deberé buscar un editor por todos los medios posibles, el cual, sin lugar a dudas, me preguntará por qué usted no aceptó publicar el segundo tomo. Esto hace las cosas más difíciles. Si no se tratase de un segundo tomo, no me faltarían editores que me publicaran sin pagarme honorarios. Si en su medio no existe alguien imparcial y con amplio panorama que pueda convencerlo del valor de mis ideas, le recomiendo entonces que vea cómo habla Jean Paul en su *Pequeño suplemento a la introducción estética** de este libro mío que tan mal negocio ha resultado para usted; o lo que dice Rosenkranz en su «Historia de la filosofía kantiana», en el doceavo tomo de su edición de las obras de Kant, donde me coloca junto a Fichte y Herbart en el lugar de honor que me corresponde como filósofo de primer rango; o en la revista *Piloto* de mayo de 1841, donde aparece un ensayo titulado «El tribunal más joven de la filosofía hegeliana», escrito por alguien que no conozco y que afirma que, con todo merecimiento, soy el filósofo más grande de esta época. En vista de estas cosas, ¿no cree que soy un hombre cuyos costos de impresión merecen ser sufragados? Sé muy bien que el valor de los escritos va de la mano con las ventas. Al gran David Hume le pasó en un principio lo mismo que a mí: su *Historia de Inglaterra*, que aún después

* Ésta es la observación que Jean Paul hace en su obra a propósito de Schopenhauer: «*El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer es una obra filosófica genial, audaz, repleta de perspicacia y de profundidad. Se trata empero de una profundidad sin fondo y sin consuelo, comparable al melancólico lago de Noruega, rodeado por sus tenebrosas murallas de escarpados acantilados, desde donde nunca se divisa el sol sino sólo el cielo diurno estrellado y sobre el cual no vuela ningún pájaro ni pasa ninguna nube. Afortunadamente sólo tengo que elogiar el libro, pero no suscribirlo.» Cf. Rüdiger Safranski, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, trad. José Planells Puchades, Madrid: Alianza, 1991, p. 379.

de 80 años vuelve a ser reeditada cada año y es traducida cada vez a más idiomas, sólo pudo vender 45 tomos el primer año, tal y como él mismo lo confiesa. En la *Revista de tertulias literarias* de usted, leí este invierno que Götschen se quejaba de las bajas ventas de la *Ifigenia* y del *Egmont* de Goethe, ¡y afirmaba que las ventas del *Wilhelm Meister* eran mucho peores! Por otra parte, la revista *Locomotive* vende ocho mil ejemplares diarios: ¡es de no creerse!

No crea de ninguna manera que le reclamo hablar desde su propia posición ya que yo lo hago desde la mía. Sé que uno no puede negociar con cosas de la posteridad. Sólo le pido que medite sobre mi segunda propuesta y los motivos que le señalo, y si fuera el caso que usted la volviera a rechazar, le pido que me diga cuántos ejemplares conserva de la primera edición. ¿En verdad no quiere tener los derechos completos de una segunda edición?

Con el mayor respeto, espera de usted su favorable respuesta.

Su fiel,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 17 de mayo de 1843.

Señor mío:

He de confesarle sinceramente que la noticia de su cambio de parecer me ha provocado una inesperada y grande alegría: también le aseguro sinceramente mi plena convicción de que usted realiza un buen negocio al aceptar la obra que todavía estoy completando, y de que pronto llegará el día en que usted se reirá de todo corazón de su preocupación por los costos de impresión invertidos en esto. Lo auténtico y lo serio se abren paso a menudo de forma lenta pero segura y después se asienta su valor duradero. Ahora se ve que la grande e hinchada pompa de jabón de la filosofía fichteana-schellingeana-hegeliana está en las últimas: es por eso que la necesidad de una filosofía es mayor que antes: uno anhela un plato sólido y sólo se le puede encontrar a éste conmigo —después de haber sido subestimado por mucho tiempo—, pues a lo largo de toda una vida he trabajado por mor a mi vocación en busca de la verdad y no de mi propia conveniencia.

Coincidimos en todo lo esencial. Por lo pronto, no obstante, será necesario realizar un contrato debido a algunas peticiones mías de poca importancia —a continuación le haré unas sugerencias en relación con las mismas— que son tan justas y que se corresponden tanto a la naturaleza del asunto que no dudo que usted habrá de consentir en ellas. Pero antes quisiera exponerle, tanto por su propio interés como por el mío, algunas objeciones sustanciales en contra de su idea de presentar el conjunto en un mismo volumen; espero disuadirlo con esto de hacer algo así. En primer lugar, tal cosa retrasaría la impresión entre dos y tres meses, pues como le comuniqué en mi primera carta, hay que realizarle todavía algunas correcciones al primer volumen —en especial, la «Crítica a la filosofía kantiana» contiene importantes añadidos. (Dicho sea de paso, ésta es tan importante que el recientemente fallecido Baumgarten-Cruisius sólo aconseja en su manual de las costumbres cristianas leer dos libros sobre Kant: las cartas de Reinhold de 1794 y mi crítica).

Tales correcciones requieren tiempo, pues yo trabajo *con amore* —es decir, con lentitud— y escribo de forma constante sólo durante las primeras tres horas del día, ya que de lo contrario la cabeza pierde su gran energía y claridad. Pretendo realizar esta labor durante la impresión del segundo volumen, por lo que se tendrá que trabajar primero en este último y después formar dos volúmenes. En segundo lugar, le aconsejo humildemente que imprima del segundo tomo 250 ejemplares más que del primero para los compradores de la primera edición, pues la mayoría no estarán dispuestos a adquirir el primer volumen otra vez. En tercer lugar, todo el conjunto haría un libro tan grande y gordo que al leerlo ni siquiera se podría sostener con las manos; un inconveniente terrible que haría que el libro tuviera una forma gigantesca y monstruosa o, en todo caso, haría que fuera impreso con una letra tan pequeña que muchos —en especial, las personas mayores— lo despreciarían por forzarse la vista al leerlo. Bien hay material ahí para dos sólidos volúmenes en octavo.

Espero, pues, que tanto por su interés como por el mío desista de esta idea. Por lo demás, usted es quien decidirá sobre la tipografía. Sin embargo, permítame exponerle a este respecto mis preferencias y mis consejos. De ninguna forma quiero una impresión grande y espléndida ni tampoco un papel magnífico: eso haría que el costo del libro se elevara innecesariamente. Más bien, nosotros debemos pensar en facilitar la venta mediante un precio módico: esto será de su agrado ya que renuncio a percibir honorarios. Será suficiente que uno pueda leer con comodidad la impresión. Como una muestra ejemplar de lo que deseo, le menciono un libro que si bien es de su imprenta no es de su editorial: *La historia de Port Royal* de Reuchlin. Este libro se lee exquisitamente y las letras no son ni muy grandes ni muy amplias; se leen mejor que las letras altas y pequeñas que ahora están de moda; este formato también sería ideal para mi libro, incluso prefiero ese papel a aquel papel de máquina y vitela utilizado ahora tan frecuentemente. Pero éstos son sólo mis deseos, todo se lo dejo a su voluntad.

Con relación al contrato, le sugiero las siguientes justas condiciones: 1) Le otorgaré a usted los derechos de la segunda edición del primer volumen así como los del segundo volumen sin recibir yo honorarios de suerte que esta edición sea de su propiedad. 2) Usted

prometerá, a cambio, comenzar con la impresión de inmediato y tenerla lista alrededor de las pascuas o bien antes. 3) Con respecto al número de ejemplares, pienso que quinientos ejemplares del primer tomo y setecientos cincuenta del segundo conformarán una edición decente, pues como no percibiré honorarios, usted recuperará el cuádruple de la inversión y me dará la esperanza de ver todavía en vida una tercera edición. 4) Usted renunciará a todos los derechos de la tercera edición: yo recuperaré los derechos de propiedad cuando la segunda edición esté agotada. 5) Usted prometerá enviarme de aquí hasta la última corrección todos los pliegos junto con sus correspondientes pruebas, de forma que la impresión sólo se realice cuando yo le haya regresado mis correcciones. *Esto me resulta más importante que cualquier otra cosa*, y me alegra sobremanera que usted esté conforme con este punto. Para mi tranquilidad, sin embargo, todo esto deberá quedar asentado en un contrato. Yo haré las correcciones con suma atención y exactitud. El correo expedido de aquí a Leipzig transporta los paquetes ligeros en cuarenta horas: llega aquí a las diez y media y parte en la noche a las diez. Tendré, pues, mucho tiempo para la corrección y usted recibirá los pliegos en un lapso de noventa y dos horas. Le prometo cumplir con devoción esta tarea de forma puntual. El manuscrito es algo imprescindible como la experiencia misma me lo ha confirmado. 6) Usted prometerá no recomendar ni hacer ninguna clase de comentarios semejantes en la publicidad que haga usted del libro. 7) Yo recibiré diez copias. Si usted, espero, está de acuerdo con lo anterior, le pido mande a redactar el contrato por duplicado y me lo envíe inmediatamente para que lo firme. Le pido también que sin retraso alguno me envíe un ejemplar de la primera edición en bruto, ya que quiero ampliarlo introduciéndole papel y así señalarle las correcciones para la segunda edición: un ejemplar en papel para escribir sería lo mejor.

Terminé la última revisión de mi manuscrito cuando llegó su carta. Todavía hay que corregir algunas citas y otras minucias; empero, todavía me queda una operación por realizar. Como es de esperarse, en la segunda parte me refiero a menudo a pasajes de la primera parte, los cuales cito en el manuscrito conforme a la paginación de la primera edición. Pero como la paginación en la nueva edición será muy distinta y la segunda parte —al menos, como es

mi deseo— aparecerá *antes* que la primera, debo enmendar estas referencias y señalar las mismas con números y párrafos para que cuadren en esta impresión; puedo conservar las referencias a la antigua paginación entre paréntesis para quienes posean la vieja edición. Corregir estas pequeñeces llevará por lo menos una semana, espero para entonces haber recibido el contrato para que yo pueda mandarle por correo expedito el manuscrito.

Queda de usted con el mayor de los respetos su fiel,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 14 de junio de 1843.

Mi señor:

Le envío adjunto el ejemplar del contrato con mi firma. Me alegra que mi sugerencia en relación con la impresión haya sido de su agrado. Ahora sólo espero que la obra de Reuchlin se tome justo como modelo: una línea más, por ejemplo, haría que toda la claridad y armonía de esa impresión se arruinara. Además, como esta impresión será más pequeña que la de mi primera edición y el formato será más grande, el grueso del volumen parecerá más delgado y tendrá una buena proporción.

Conforme a su deseo, deberemos esperar a que yo termine de corregir el primer tomo. Aun con la mayor diligencia, esto me llevará dos meses o incluso tres, pues no puedo trabajar a la ligera. De nuevo, que sea fácil aprovechar este tiempo, es algo que no me parece del todo evidente, especialmente si consideramos que se me tienen que enviar las correcciones. Pienso acabar los cuatro libros de la primera parte en cinco semanas, pero el «Apéndice que contiene la crítica a la filosofía kantiana» y los últimos nueve pliegos de este tomo me tomarán un tiempo análogo para su corrección. Se trata de una parte completamente independiente y el segundo volumen no se refiere a ella en lo absoluto, sino sólo a los cuatro libros, los cuales son complementados en el segundo volumen por otros cuatro libros divididos en cincuenta capítulos. ¿Qué le parecería que le enviase los cuatro primeros libros del primer volumen cuando termine de corregirlos, así como el segundo volumen en su totalidad, para que comience entonces la impresión, y que cinco semanas después le envíe el apartado que complementa al primer volumen?

Si esto le parece bien le pido que me informe: si no lo hace, continuaré trabajando hasta que ya esté todo listo y se lo pueda mandar íntegramente; yo le informaría cuándo sería esto. Tal como me lo pidió, colocaré las referencias por duplicado en consideración a los lectores que posean la primera edición.

Echo de menos un punto en el contrato, a saber, la promesa de que la publicidad que haga —no me refiero a las reseñas sino a los anuncios— no estará acompañada de elogios. Sin embargo, supongo que aquello simplemente se le olvidó y que no tiene pensado hacer algo así. No me acuerdo tampoco de haber leído alabanzas tuyas de esta naturaleza pero siempre puede darse el caso. No comprendo cuál es el efecto de las mismas ya que todos piensan lo que dice el proverbio árabe: «no le creas al comerciante nada sobre sus mercancías». A lo mucho, estas alabanzas podrían tener un efecto en el público general y poco instruido, pero para quien realmente escribo —el público cultivado— éstas no pueden causar ningún efecto o, si acaso, sólo uno negativo. Mucho menos lo creo capaz de utilizar información confidencial extraída de mis cartas, lo cual sería un abuso de la confianza necesaria y requerida en estos casos. Por ello, supongo que, conforme a mi deseo, habrá de introducirme al mundo sin recomendaciones y que yo mismo habré de recomendarme; sólo quería pedirle esto de nueva cuenta y con celo.

Queda de usted con el mayor de los respetos su fiel,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 26 de junio de 1843.

¡Mi querido linotipista!

Nosotros somos como el cuerpo y el alma; tal como estos dos, nosotros debemos cuidarnos el uno al otro, de suerte que hagamos un trabajo que sea del agrado del señor Brockhaus. Yo ya he hecho lo que me correspondía, y siempre, en cada línea, en cada palabra, e incluso en cada letra, he pensado en usted, en caso de que usted mismo quiera leer la obra. Ahora le toca hacer lo suyo. Mi manuscrito no tiene una letra grácil, sino grande y clara. Las constantes revisiones y correcciones hicieron que modificara varias cosas e intercalara algunas otras. Sin embargo, todas estas intercalaciones están indicadas de manera precisa, con el propósito de que usted no se equivoque, en el entendido, por supuesto, de que usted las estudie con atención y compruebe que todo esté en orden al confrontar las marcas y las correcciones. Respete mi ortografía y mi puntuación; no crea que usted comprende esto mejor, pues yo soy el alma y usted es el cuerpo. Al final de cada línea, le he marcado las añadiduras con una pequeña señal, ¡así que no crea que se tratan de taches! Lo que he escrito con letras latinas entre corchetes son indicaciones para usted. Cuando vea una palabra tachoneada, fíjese si no hay una palabra anotada que la substituya; y, sobre todo, no piense nunca que lo que le señalo es un descuido de mi parte. En muchas ocasiones, las palabras que he creído que pueden ser un tanto extrañas para usted, las he repetido con letras latinas en corchetes entre las líneas. Tenga en cuenta que todas estas correcciones que ahora le son fatigosas lo serían aún más si es que me pusiera a corregir el estilo y a hacer mejoras con las pruebas de imprenta.

Las vocales dobles y las palabras cuya «h» no es muda las escribo a la antigua usanza. No coloco comas antes de los «porque», sino puntos. Escribo varias palabras de acuerdo a como se escribían antes; uso diéresis en lugar de diptongos. Hágle saber estas recomendaciones al corrector. Quiero que cada libro y cada capítulo estén señalados del lado izquierdo, y que, inmediatamente, se señale el

título del capítulo. Por ejemplo, en el lado izquierdo deberá decir «IV, 43», mientras que en el lado derecho estará el título («Carácter hereditario de las facultades»), y así deberán de estar todos.

Sólo el primer libro se divide en dos mitades. No es necesario dividirlos con una página intermedia; con el simple título bastará.

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 7 de septiembre de 1843.

¡Honorable señor!

Su interés por mi filosofía me alegra y me resulta inestimable. A partir del efecto que uno ejerce sobre los individuos verdaderamente imparciales, uno puede calcular el efecto que provocará posteriormente en un círculo más amplio; si bien éste puede darse mucho tiempo después, cuando uno ya no lo puede presenciar —los motivos de esto ya los he señalado en el prólogo a mi segunda edición—. Me propongo ahora, en la medida de lo posible, disipar sus dudas. Sólo tenga en cuenta que las discusiones por correspondencia sobre estos temas pueden tener un alcance limitado, pues ambas partes tienden a descuidar la precisión y la exactitud. Por ello sugiero que antes intente disipar sus dudas mediante el estudio detallado de mi segundo tomo: así resulta más fácil aclarar y resolver estos asuntos. Para este fin estoy dispuesto a adjuntarle un ejemplar de mi escrito *Sobre la voluntad en la naturaleza*, el cual le pido que acepte como una muestra de alegría por su interés. En este pequeño escrito la esencia de mi metafísica resulta más clara que en ninguna otra parte, y está especialmente estructurado para mostrar que la esencia de todas las cosas, lo real por antonomasia en este mundo, la cosa en sí que nos resulta tan familiar como desconocida, es lo que se nos presenta en la autoconciencia como la voluntad, la cual es completamente distinta al intelecto, como lo he señalado en el capítulo 19 del segundo tomo. Esta convicción, junto a la de la idealidad de los cuerpos —que es expresada por Kant con el mismo convencimiento que yo en la primera edición de su *Crítica de la razón pura*— y su carácter de representación para nosotros, son los principios de toda mi doctrina; a partir de estos principios todo lo demás resulta fácil de comprender, y la fuerza de la verdad puede ser percibida. Por lo pronto, queda dispuesto a ayudarlo en todo lo posible su humilde servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 3 de agosto de 1844.

¡Estimado Señor Becker!

Reciba usted mi respuesta a sus muy agudas objeciones, o al menos, en principio, usted parece haberlas formulado como tales.

Lo que ha despertado sus dudas es un objeto tan elevado como oscuro, como lo es aquel proceso formal y teórico que la Iglesia conoce bajo el nombre de conversión por efecto de la gracia, el cual ha sido tema de muchas controversias teológicas, pues aborda la relación que existe entre el reino de la naturaleza y el reino espiritual.

Usted arguye, en contra de mi teoría, que la mutabilidad del carácter de una voluntad individual es inseparable de la posibilidad de una completa aniquilación de dicha voluntad; según lo que usted dice, si lo primero es imposible, lo segundo lo será también, y por tanto resulta falso sostener ambas cosas. Este argumento no toma en cuenta la analogía del mundo sensible o corpóreo (aquel ámbito en el que verificamos nuestros pensamientos). Más bien, habría que decir que juzgamos como cosas distintas e independientes la posibilidad de que un objeto se transforme y la posibilidad de que se destruya. Piense usted, por ejemplo, en un teatro operado por el mecanismo de un reloj, el cual hace que las distintas figuras aparezcan y actúen unas tras de otras; un espectáculo cuyo desarrollo es continuo. Si usted, sin embargo, detiene el *primum mobile*,* el espectáculo se interrumpe. En general, no se sigue del ser o no ser de una cosa que su esencia se transforme y que a partir de ese momento ya sea otra. En muchos casos, más bien, ocurre lo siguiente: algo es o no es, y si lo es, es eso y nada más. Si se niega la *existentia* de un ente, con ella se esfuma también la *essentia*: pero de ello no se sigue que la *existentia* pueda permanecer, y que la *essentia* pueda modificarse. Cuando la *existentia* ya no es la misma, la *essentia* tam-

* «Primer motor».

poco lo es. Por este motivo, si la voluntad de vivir se afirma en un individuo, ésta domina su carácter individual; pues dicha voluntad se afirma en este carácter y en este individuo; y si la voluntad es negada, ésta deja de querer, y por ello, el carácter entero de aquel individuo es negado.

Usted sabe, por el argumento que a menudo retomo de Kant, que el carácter *empírico* de un hombre es la manifestación en la forma del tiempo de su carácter *inteligible*: este último, como cosa en sí, no está regido por el tiempo, por lo cual es imposible que se modifique y tiene, por consiguiente, la unidad de un solo acto de la voluntad. ¿De dónde provienen entonces las modificaciones parciales del carácter *empírico*? Resulta, pues, que este acto entero de la voluntad —el carácter *inteligible*— puede querer como cosa en sí y atemporal que es, es decir, puede ser un *nolle** en lugar de un *velle*;** por lo que su manifestación en el tiempo —el carácter *empírico*— puede ya no ser la misma que antes, o en otros términos, puede ya no querer lo que antes quería, pues ha sufrido una transformación negativa.

Afirma usted, sin embargo, que dependiendo del grado de la intuición del *principii individuationis*,*** podría darse tanto una inpasividad absoluta, como también una actividad mayor o menor acorde a los motivos de la voluntad. Pero la sola presencia de esta intuición, sea cual sea su intensidad, hace primeramente que los hombres sean susceptibles de sentir compasión, y dependiendo de la naturaleza de su carácter, éstos adoptarán en mayor o menor medida dichos motivos. Mediante tal intuición la negación de la voluntad es preparada, pero no se lleva a cabo en la gran mayoría de los casos. Únicamente cuando dicha intuición ha alcanzado el mayor grado —que puede equipararse al punto de ebullición del agua—, puede darse, como un fenómeno completamente distinto, la negación de la voluntad, de suerte que en tan sólo un instante el hombre comprende el dolor de todo el mundo como el suyo propio —o bien, *deuteros plous*,**** comprende su dolor como si fuese

* «No querer».

** «Querer».

*** «Principio de individuación».

**** El significado literal de esta expresión en griego es «segunda tentativa». Sin

el del mundo. De ahí que, en algunas ocasiones, se produzca una repentina y completa transformación tan ajena a su esencia, la cual se atribuye a causas sobrenaturales (como el Espíritu Santo), y recibe el nombre de gracia o de conversión espiritual. De acuerdo con esta creencia, el Adán que aquel hombre llevaba consigo muere, y en lugar de aquel habrá de renacer Cristo, cuando dicho hombre haya abandonado este mundo. De ahí también que un hombre malvado se transforme radicalmente en un santo y no simplemente en un hombre justo o bueno. La experiencia confirma esta teoría. Es como cuando varios criminales se encuentran en el patíbulo y uno de esos infames asesinos se encuentra impávido frente a su destino mientras los demás se encuentran aterrados. Su disposición lo convierte para los otros en un santo. Esto ha ocurrido centenares de veces, y no es ninguna comedia.

Esto en relación con el primer punto. Veamos ahora los otros dos.

Usted me hace tres preguntas, las cuales contestaré ahora en los siguientes apartados:

a) El nuevo acto de la voluntad no se da en el vacío, sino que irrumpe en todo el conjunto: por eso, desde ese momento, el hombre contempla toda su vida anterior como si ésta fuese extraña. Este acto de la voluntad —completamente fuera del tiempo, y por lo tanto, indivisible— que se manifestaba como su carácter es negado: lo que antes quería ya no lo quiere. Vea las palabras que cito de Guyon en la pág. 561 de mi primera edición.

b) Esta excepción, sin embargo, no se da así nada más, sino que ocurre en la *manifestación misma del sujeto*; como éste deja de ser un *velle* y se vuelve un *nolle*, su manifestación temporal también se invierte. Con este ejemplo entenderá lo que digo: si las cualidades químicas de un determinado material pudieran transformarse desde el interior hacia el exterior, digamos, si el plomo pudiera convertirse en oro, en el momento que esto ocurriera, las manifestaciones de este material cambiarían por completo, sin que esto implicase una

embargo, Platón designa con estas mismas palabras a su famosa «segunda navegación», es decir, el proceso en el cual se da la contemplación del mundo suprasensible y de las ideas puras. Probablemente Schopenhauer esté aludiendo de forma indirecta e a este sentido.

excepción a la ley de la causalidad. Aquello que produce el cambio, el fundamento de todas las manifestaciones, se habría modificado, y el material se manifestaría en forma de oro, tal y como antes lo hacía como plomo. Esta transformación interna no se da en ningún otro ser más que en el hombre; pues sólo en él la voluntad es autoconsciente, y, gracias a su libertad originaria, puede determinarse como un constante y repetido querer de una fuerza inconsciente, o bien, como todo lo contrario. De ahí que sea posible que la libertad originaria de la voluntad se invierta en la manifestación. De acuerdo con la Iglesia, esta transformación es sobrenatural, más aún, es efecto de la gracia. En todo caso, este proceso no es provocado por una causa natural, y puede compararse al milagro de Caná. Lo único que puede hacer uno en casos así es atenerse a los hechos concretos y limitarse a interpretarlos correctamente.

c) En este punto su argumentación es más fuerte y es más difícil de rechazar. Sin embargo, lo que diré a continuación habrá de validar mi posición.

La fuerza de su argumento radica en el hecho de que la ley de la causalidad posee la forma de nuestro entendimiento, razón por la cual siempre comprendemos cada cambio como efecto de una causa. De ahí que la libertad sea un pensamiento que entrevamos y al cual le concedemos su importancia, pero que no podemos representarnos con claridad. Aquí cabe recordar, sin embargo, lo que he señalado en varios lugares de mi obra sobre la ley de la causalidad (tomo 1, págs. 189, 190, 204; tomo 2; págs. 16, 48, 301, y 302), a saber, que en el ámbito natural la causalidad está ligada a las fuerzas de la naturaleza, las cuales actúan precisamente como causas, y, en el escalafón más alto, se manifiestan como las acciones de un ser vivo y consciente. De ahí que la causalidad sea el hilo conductor a partir del cual la manifestación de aquellas fuerzas ocurre en el tiempo. Reconocemos que todas estas fuerzas son idénticas a nuestra voluntad autoconsciente y que el conjunto de los movimientos de la naturaleza son objetivaciones de la voluntad *en su proceso de afirmación* en todos los niveles —es en ese ámbito, en realidad, donde se corrobora la ley de causalidad—. Por el contrario, ahí donde se da la negación de esta voluntad, la ley de causalidad pierde su validez; pues en esta situación la ley no encuentra aplicación alguna.

Sin embargo, su objeción podría ser válida *deuteros plous*, es decir, podría objetarme cómo es que puede darse una transformación interna a partir de un hecho externo (como ocurre con una gran desgracia). A esto hay que decir que la negación de la voluntad, que se da como resultado de un conocimiento que alcanza su más alto nivel, no modifica en nada al mundo exterior, sino que sólo provoca que uno tenga un conocimiento claro de su esencia.

Supongamos, empero, que estos argumentos no bastaran y que de una manera indirecta usted tuviese en este último punto la razón. De ser así, este proceso en torno al cual gira nuestra discusión estaría sujeto a la ley de la causalidad de la misma manera que todas las otras cosas. Mi sistema no se volvería por este motivo fatalista, pues en lo esencial no habría cambiado nada. Todo el mundo de las representaciones no es otra cosa que la objetivación de la voluntad, incluyendo sus formas y lo que les corresponde, y éste es el caso del principio de razón suficiente que rige la necesidad: lo que aparece inmerso en este hilo conductor es, en última instancia, una objetivación de la *voluntad*. La diferencia que habría entre mi posición y la suya, es que de acuerdo con la mía la catástrofe de la voluntad sería provocada por las formas de su objetivación y el inevitable y constante curso que es resultado de las mismas; o bien, de acuerdo con la suya, esto se debería a un acto extraordinario pero natural que eliminaría a todas las otras formas y al que tendríamos que añadirle la libertad. En el primer caso, el mundo sería un proceso de purificación de la voluntad que se efectuaría con necesidad.

Espero haberle podido contestar de modo conveniente. En todo caso, usted podrá notar que he atendido sus preguntas con atención. La inteligencia de las mismas así como el estudio de mi obra que suponen no merecen menor cosa. Queda de usted, con el mayor de los respetos su humilde servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 23 de agosto de 1844.

¡Honorable señor y amigo mío!

«Ensillar al caballo temprano y cabalgar tarde» no es un dicho español sino uno alemán muy apropiado para el tratado que muy amablemente me dedica. Su obra ya desfilaba mucho antes que la mía por las imprentas pero no se había publicado. Es por ello que yo me le he adelantado.

Mi tratado, que recibe ahora junto con esta carta, contiene dos tercios de cosas nuevas y un tercio de cosas viejas, por lo que deseo que lo lea en orden y no quite de antemano las almendras al pan de especies: me refiero a los lugares picantes y polémicos, ya que sólo dan la impresión correcta en el lugar indicado y no cuando uno simplemente se los almuerza.

Recibí hace catorce días una larga carta por parte del misterioso juez Dorguth así como un *credo* de mi filosofía compuesto en versos —muy adecuado, por cierto—, el cual habré de mostrarle, cuando usted, espero, venga al carnaval junto con su hijo, para que el pequeño príncipe no se aburra en el nido: el teatro alemán del carnaval es ciertamente exquisito y podría servirle a él para afianzar adecuadamente sus conocimientos del idioma. Me haría usted un gran favor si pudiera entregarle en su camino a la feria de libros un ejemplar de su nuevo tratado a aquel viejo apóstol pues le alegraría bastante. Me gusta tener atenciones con los tres apóstoles de mi doctrina. No deje de enviarle también uno a Becker.

Por encima de todo, sin embargo, lo que más me ha alegrado es la noticia de que se ha recuperado de su ojo.

Sinceramente queda de usted su verdadero y fiel,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 16 de diciembre de 1847.

Cuánto me alegra, mi estimado señor von Quandt, que al fin mi filosofía haya despertado su interés. Esto ocurre justo en una severa crisis en la que ya nadie abre un libro, y en la que infames periódicos han usurpado el monopolio de la lectura. Quizás usted se haya percatado de este envilecimiento colectivo. ¡Me sorprendió positivamente saber que usted fue este año a Múnich sólo para ir a contemplar cuadros! Por lo que a mí concierne, mi estudio se convirtió en un campo de batalla político, ya que fue tomado por soldados que pretendían disparar desde ahí a las barricadas. ¡Qué placentera diversión para un filósofo! Que el cielo nos libere de toda libertad. Para contestar a toda su extensa polémica tendría que escribir un libro, pero por suerte ya está escrito, a saber, el segundo tomo de mi obra: el primero es el libro que hace más de treinta años le regalé. El segundo tomo le gusta mucho más a la gente y es el trabajo de mis años de madurez: éste habrá de eliminar todas sus dudas y escrúpulos. Aunque, si bien es cierto, para llegar a él uno debe abrirse paso por el idealismo trascendental de Kant, y usted viene de las provincias de Hegel y lo acompañan el panteísmo y el idealismo. Ambas cosas son tan ajenas a mi filosofía como lo serían unos filetes de cerdo en una boda judía.

Espero volverlo a ver en verano si es que el mundo sigue existiendo para entonces. Le agradezco a su esposa que me tenga presente. Queda de usted su viejo amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 28 de enero de 1849.

P.D. En el año 1841 le envíe en el camino a la feria de libros un volumen de mi *Ética*. Espero que le haya llegado: se trata de una parte fundamental de mi filosofía, tal y como lo es mi tratado *Sobre*

el principio de razón suficiente,* el cual apareció en una edición ampliada y mejorada en 1847 y es el abc de la misma.

Si tiene la oportunidad, le pido encarecidamente que le envíe mis más afectuosos saludos y le dé las gracias a mi querido, amado y fiel Schulz, por el favorable ensayo que escribió sobre mí hace aproximadamente un año en la revista de Brockhaus.

* La tesis doctoral de Schopenhauer.

Su atención de recordar mi cumpleaños me ha conmovido extraordinariamente, pues usted es el único que se ha acordado del mismo. Resulta evidente, sin embargo, que una sola felicitación fruto de la alta estima es más valiosa que miles de felicitaciones inspiradas en el interés, la mera amabilidad e incluso la hipocresía, como las que suelen darse los ricos y los famosos. Esta atención suya —aunada a su comentario de que este día llegará a ser en un momento rememorado por muchos— me hace recordar unos versos de Byron, los cuales traduciré al alemán lo mejor que pueda:

In the desert a fountain is springing
 In the wide waste there still is a tree
 And a bird in the solitude singing
 That speaks to my spirit of thee.*

In der Wüste ist doch eine Quelle
 In der weiten Öde –ein Baum,
 Und ein Vöglein, singend so helle,
 Bellebet den einsamen Raum.

A pesar de estos tiempos excesivamente políticos, he recibido algunas muestras de interés por mi filosofía. A finales del verano vino a verme el Barón de Eberstein, un joven vivaz y encantador de 21 años, después de haberme leído. Tenía ante mí al nieto de un hombre que se la ha pasado escribiendo los últimos 50 años sobre Tomás de Aquino y Duns Scoto.

Otro curioso admirador de mi filosofía es el señor von Quandt,

* Véanse los «Versos para Augusta» de George Gordon Byron. Aquí Schopenhauer modifica ligeramente algunas palabras del poema para hacer que rime su traducción en alemán. Una versión literal del inglés diría: «En el desierto mana una fuente/ en el amplio baldío hay un árbol/ y un pájaro en la soledad le canta/ y le habla a mi espíritu de ti.»

un amigo que tengo desde hace 32 años que hasta ahora se interesó en mi filosofía, y que es un gran empresario así como un profundo conocedor de arte; él ha escrito bastante sobre este tema, ha escrito también reseñas de sus viajes por Italia y Suecia en la revista *Halles*, y recientemente estuvo en España. Entre sus continuos viajes, él siempre ha procurado visitarme cada dos o tres años, aunque eso implicara que se desviase de su ruta. Su interés, no obstante, siempre estuvo concentrado en mi persona y nunca en mi filosofía; siempre parecía evitar su sola mención, a pesar de que hace 30 años le envíe desde Roma los ejemplares de obsequio de mi primera edición, de los cuales él mismo conservó uno: nunca mencionó éste ni el ejemplar que le envíe en 1841 de mi *Ética*. La razón de esto es que él era un hegeliano acérrimo que tan sólo hace cuatro años dictaba conferencias de estética en Dresden con un sentido —o más bien, sinsentido— netamente hegeliano. En ese entonces leí una larga reseña sobre sus conferencias. Él, repentinamente, decidió estudiar de cabo a rabo el primer tomo de mi segunda edición —a pesar de que yo nunca se lo envíe— y me mandó una larga carta de doce páginas llena de entusiasmo. Le cito a continuación la parte más efusiva: «¡El camino que usted ha encontrado de lo real a lo ideal es un descubrimiento más grande que el que los portugueses* hicieron cuando cruzaron el gran mar del mundo desde Europa hacia las Indias!» Sin embargo, continuamente polemiza conmigo desde posturas realistas, panteístas y optimistas. La sección de estética es la que aplaude sin reparo alguno —pues es la que entiende. Le he escrito que tiene que leer el segundo tomo para comprenderme. No se trata, pues, de un hombre como Becker con quien puedo adentrarme en controversias. Este hombre tiene 63 años.

He leído sus reseñas sobre Ideler: una es abiertamente pesimista. Me extraña que no conozca la amplia reseña de su escrito que apareció en *Halles* en diciembre o noviembre. Las críticas de la persona que la escribió son duras, pero con evidentes vejaciones: lo que me extraña es que esa persona hable con tanto respeto de mí. Creo que ese señor me tiene miedo porque Fortlage le dijo «cuidate Block, que ése quema».

* Sic.

Según tengo entendido, la segunda edición del tratado no se ha reseñado en ninguna parte: esos señores saben que la única táctica que pueden emprender es la de cerrar el pico; tal y como Talleyard, son unos perfectos diplomáticos que no cambian de rostro en lo absoluto aunque les den un puntapié en el trasero.

No me dice nada de sus ojos, pero los trazos seguros y claros de su caligrafía me hacen esperar lo mejor. Mi *opera mixta** se encuentra en un proceso incesante, pero *sat cito, si sat bene*** es mi máxima: creo que acabaré para finales de año, y para el próximo habrán de aparecer *Diis et bibliopolis volentibus****. Yo creo que serán voluminosas y que con dificultades cabrán en un solo tomo, por lo que creo que acabarán siendo dos. Después arrojaré mi pluma y diré «el resto es silencio». En caso de que muera antes, le otorgo a usted los derechos de mi manuscrito para que lo edite y lucre con sus ventas. Parece que hasta que esté muerto mis cosas y mis ganancias serán valiosas: antes lo veo difícil. Pero nada de esto pasará, pues gozo de una inquebrantable salud y la suficiente fuerza para aguantar todavía unos cuantos malos años. En mi vejez nada me falta: mi espíritu es fuerte. ¡Y mire que hemos vivido una de cosas! Imagínese: el 18 de septiembre colocaron una barricada en el puente, y los canallas que se encontraban muy cerca de mi casa empezaron a apuntar y a disparar a unos militares, cuyos disparos de réplica estremecieron la casa: de pronto, voces y disparos se oyeron en la puerta de mi habitación. Como pensé que se trataba de esos rufianes, atranqué la puerta con una barra. Golpearon de forma más amenazante la puerta, pero al final escuché la voz de mi criada diciendo: «¡Son sólo unos austriacos!». Abrí de inmediato la puerta para recibir a estos caros amigos: 20 soldados de pantalón azul entraron con premura para dispararle desde mi ventana a los soberanos, pero pronto juzgaron que sería más conveniente ubicarse en la casa de junto. Desde el primer piso el oficial reconoció a la chusma detrás de la barricada. Inmediatamente le regalé unos grandes binoculares de la ópera.

* *Parerga y paralipómena*.

** «Rápido pero bien».

*** «Cuando quieran los dioses y los editores».

Como diría Aristófanes, *psuxon sofón tout't esti frontisterion*.^{*}
¡Qué el cielo le dé vida y salud, mi querido amigo!

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 2 de marzo de 1849.

^{*} «Éste es un estudio de almas sabias». Aristófanes, *Nubes*, 94.

Mi señor:

Permítame hacerme publicidad a mí mismo ya que después de 16 años de trabajo he completado mis escritos filosóficos misceláneos: * el trabajo preliminar de los mismos recorre inclusive el curso de 30 años. En estos escritos he recogido todos los pensamientos que no pudieron encontrar lugar en mis obras sistemáticas. Es por ello que en su mayor parte serán mucho más populares que todo lo anterior que he publicado, como podrá darse cuenta a partir de la tabla de contenidos que le adjunto. Pienso que después de esto no volveré a escribir, pues quiero prevenirme a mí mismo de traer hijos al mundo producto de la ancianidad que acusen a su padre y que reduzcan su gloria. Esta obra tendrá una extensión semejante a las anteriores. Le ofrezco realizar un contrato para su publicación bajo las mismas condiciones que la segunda edición de mi obra principal, con la diferencia, empero, de que he decidido no entregar de forma gratuita esta obra que está destinada para un público mayor y que será más popular. Por ello, sólo le exigiré unos honorarios a todas luces nimios: 1 luis de oro por pliego. Pues no quiero que un editor sufra por mi culpa: tengo presente que estos tiempos son muy crueles y que como siempre sólo soy accesible para los eruditos. Lo que yo exijo es también, desde el punto de vista editorial, lo justo: otro punto de vista aquí no viene al caso. Espero recibir pronto su carta de aceptación.

Queda de usted con el mayor de los respetos su fiel,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 26 de junio de 1850.

* Como Schopenhauer mismo supuso, *Parerga y paralipómena* popularizó enormemente su pensamiento.

Reciba de nueva cuenta, mi querido amigo, mis agradecimientos por sus exitosos esfuerzos. Estoy realmente contento por poder presenciar todavía el nacimiento de mi último hijo, con el cual mi misión en este mundo habrá sido completada. Siento en realidad como si me hubiesen quitado de mis hombros el peso que venía cargando y soportando con dificultades desde que tenía 24 años. Nadie puede imaginarse lo que es eso.

He enviado los contratos y el manuscrito a Hayn, las pruebas de impresión son adecuadas, y las condiciones son aceptables. Le he pedido que le mande a usted un ejemplar con pasta de vitela. Seguramente lo entretendrá y le provocará risas de vez en cuando.

En lo que respecta a su diatriba psicológica, no me tome a mal que no pueda alabarlo. Soy sincero con usted. Me parece que se ha vuelto un literato optimista. ¡Todo es majestuoso y bello! Pero como dice mi querido Gracián, «para quien no hay nada malo, tampoco hay nada bueno». ¡Y encima se pone a alabar el pésimo libro de Hartmann! Ese miserable desconoce (o ignora, deliberadamente), a su predecesor, Cabanis, el autor de *Des rapports du physique au moral*,* un autor a quien todo mundo debería de leer. Es realmente escandaloso que las grandes cabezas dediquen toda su vida a presentar un objeto, y que lleguen unas bestias y unos obreros a comenzar desde cero, como si nada hubiese ocurrido antes de ellos, y luego ponen a la venta sus sandeces.

Luego se pone usted a alabar a Waitz. No lo he leído, pero resulta claro por las dos reseñas que aparecieron en el diario de Gotinga que se trata de un pésimo libro. ¿Y cómo no habría de serlo, si se basa en las tergiversaciones y poses intelectuales de Herbart? Según usted, Waitz nos ha liberado con bases sólidas de la doctrina de la libertad. Eso, en pocas palabras, significa que me ignora completamente a mí, su profesor de filosofía. (Por cierto: supongo que en la

* «Sobre las relaciones de la física y la moral».

asamblea eclesiástica de filósofos en Gotha ha corrido discretamente la voz de *nunca mencionar mi nombre*.) Para colmo, se pone a hablar de Babel y de fábulas y de otros disparates. Después cita por aquí y por allá algunos de mis pensamientos, pero éstos jamás habrán de ser compatibles con esas babosadas. Luego usted se ve forzado a presentar a la voluntad en oposición al alma. ¡Eso no lo habrá de comprender ningún hombre, porque el alma incluye a la voluntad! No se llega a entender en lo absoluto nada del hombre mientras uno no reconozca la radical diferencia que existe entre la voluntad, el intelecto y la naturaleza distintiva de este último. Mire, uno no puede servir a Dios y al Diablo a la vez: uno debe ser congruente y decidido. Se debe tener una convicción y expresarla, nada de andar con rodeos y prender fuegos fatuos. Usted no se hará de enemigos mientras discuta con seriedad cómo son en realidad las cosas. Lea usted con cuidado la *Crítica de la razón pura*, los *Prolegómenos*, así como mis tan poco voluminosas obras, y verá todo con claridad. —Es triste ver cómo Waitz y los reseñadores de Gotinga ignoran a Kant y lo hacen a un lado.

No olvido todo lo que usted ha dicho y ha hecho por mi filosofía. Sin embargo, mis críticas tienen fundamentos y espero que tome las mismas a bien por parte de su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 23 de octubre de 1850.

Me molesta, mi querido amigo, que usted pueda pensar que me pondría a refunfunar con usted sin tener motivo: no me conoce bien. Como el más diligente y capaz de mis partidarios que es tengo una elevada imagen suya. Es usted para mí lo que Metrodoro fue para Epicuro. Espero que se dé cuenta de su honorable posición. ¿En qué me ayuda la buena voluntad de Dorguth y el callado aplauso de Becker o de Doss? No piense, pues, que me pondría a discutir sin razones y mucho menos piense que rompería nuestra amistad.

Sus reflexiones sobre mi libro son en su conjunto verdaderas, pero no llegan a la profundidad del asunto. Lamentablemente usted sólo inspeccionó los «Aforismos sobre el arte del buen vivir»,* y se comporta como el público que sólo sabe de lo más nuevo y reciente. Pero ahora le hago una réplica. Como ahí hablo únicamente de lo que conozco por la propia experiencia, los «Aforismos sobre el arte del buen vivir» contienen muchos elementos subjetivos. Volver al tema del genio era algo que tenía completamente premeditado. A decir verdad, soy el primero en haber dilucidado la esencia del genio y quien con más claridad la ha explicado. Los que mejor lo hicieron antes que yo, Jean Paul en su *Pequeño suplemento a la introducción estética* y Diderot en su *Du Genie*,** permanecieron en la superficie. De ahí que fuese necesario que no me reservara ninguno de mis pensamientos sobre el tema, aun cuando fuese un simple *eadem sed aliter*,*** es decir, una nueva exposición y un nuevo tratamiento de lo mismo. He llegado en este asunto mucho más profundo que los demás. Por tantas repeticiones tengo que decir como Empédocles, *dis kata tris ta kala*...****

Con sincero agradecimiento le regreso anexado el periódico *El presente*. Lo que me molesta no es lo que dijo ese bribón de mí

* Escrito que forma parte de *Parerga y paralipómena*.

** *Sobre el genio*.

*** «Lo mismo, pero de otra manera».

**** «Uno puede hablar del bien dos o tres veces».

sino lo que dijo de Kant: ¡como si su filosofía se mantuviese viva entre aquellos pastores rurales y profesores de escuela y la sabiduría hegeliana fuese la luz del mundo! ¡Insolente muchacho! Sea quien sea lo único que puedo decir es que se trata de la misma persona que publicó aquella ácida reseña sobre mí en el anuario de Halles. Lo sé porque tanto aquí como allá su discurso se acalora por lo que una vez dije, a saber, que mi filosofía es como una Tebas con cien puertas: esto simplemente no lo puede digerir, a pesar de que se trata de un inofensivo símil con el que sólo pretendía señalar que uno puede comenzar el estudio de mi filosofía por su mismo final —a ningún hombre le ha impactado esto más que a él—. Resulta además evidente que este hombre se trata de un lugareño debido a las alusiones que hace a mi *poodle*. El doctor Emden lanza diversas sospechas, convencido plenamente de que se trata de un lugareño. Usted puede ver qué tan agrios son los frutos del anonimato...

Le agradezco *fratrique** su esfuerzo por conseguir los bustos de Kant: le encargo que le pida uno a Rauch por mí. Cinco táleros es mucho por un busto de yeso: pídale como condición que el busto llegue a Francfort intacto e ileso y que yo no tenga que correr con los gastos del flete y del transporte. Si llega aquí en perfecto estado le pagaré inmediatamente a Ordre los 5 táleros. Encárguele hacer esto con mucho cuidado —pues, de esto depende el trato—, aunque tarde más tiempo en llegar. Mi dirección es Buenavista núm. 17. La revolución ha asignado nuevos números a las casas. Es lo único meritorio que han hecho.

Conozco el monumento a Federico el Grande por su grabado de cobre, así que sólo puedo juzgar en lo que respecta a su composición. El rey sabía poco o nada de Kant. El doctor Passavent, quien tiene mi edad, me hablaba recientemente sobre Lessing. El doctor conoció en su juventud a la hermana de Lessing, y ésta le contó a su vez que Lessing tuvo una vez una audiencia con el rey de la que regresó tan desesperado que se arrancó la peluca y se arrojó furioso al suelo. Por otra parte, resulta escandaloso e indignante que el rey se sintiera amigo y hermano espiritual del grande, magnífico e inmortal Voltaire. Aunque Voltaire se enemistó con el rey, esto no lo

* «Fraternalmente».

detuvo para pronunciar en 1776 un *éloge** con ocasión de la muerte de Voltaire en la Academia de Berlín. Moses Mendelssohn también estaba en su grupo: a menudo el rey lo llamaba para platicar. Pero al final lo trató como aquel teniente que no dejó entrar a Mendelssohn al teatro [...]

Desea sinceramente que tenga buena salud y éxito su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 26 de septiembre de 1851.

* «Discurso laudatorio».

Mi querido amigo:

El busto de Kant se encuentra en mi pupitre, intacto e ileso, y es además un símbolo duradero de su complacencia conmigo. No obstante, resulta difícil apreciar su grandeza espiritual. Lo esculpieron en la década de 1770. A pesar de todo, me provoca alegría. Yo, por mi parte, no puedo rehusarle un daguerrotipo. Usted ha hecho tantas cosas por mí; así que será lo próximo que haga. De los cuatro daguerrotipos que usted conoce le enviaré el mejor. Yo le había otorgado uno a Madame Mertens-Schaaffhausen en Bonn, con quien me unen fuertes lazos, pero ella piensa donar sus antigüedades de valor así como su colección de arte, para que no caigan en manos de filisteos e ignorantes. De ahí que le pido que trate con cuidado el daguerrotipo que le enviaré. Sólo mandé a hacer media docena.

Quien hace actualmente los daguerrotipos es un tarugo y un bruto tan insoportable y tan indescriptiblemente antipático que su sola presencia me hace tener un semblante malhumorado. El verano antepasado me sitúe frente a su máquina: pero se comportó de tal manera que me paré de súbito, agarré mi bastón y mi sombrero y me salí. Es la única persona que tiene buenas máquinas. Y me molesta mucho que sea precisamente él. He ido con otros dos fotógrafos y las fotos que realizan están bien delineadas, pero no son más que simples caricaturas. Lo curioso del daguerrotipo que le enviaré es que cuando era nuevo y lo observaba detenidamente, me vino a la mente idea de que lucía como Talleyrand, a quien yo veía muy a menudo en 1808. Pocos días después de ser retratado compartí la mesa con un inglés, y después de conversar y de haber adquirido cierta confianza, me dijo: «¿Le puedo decir a quién se parece? A Talleyrand, a quien he visto a menudo en mi juventud y con quien solía platicar.» Es algo curioso, pero le aseguro que pasó. —Estas muecas mías, pues, no se las pienso mostrar—. Lo que le mandaré es un daguerrotipo hecho al mismo tiempo que el de Ma-

dame Mertens. Me veo en él *indignabundus*,* como si estuviese en la portada de un tratado sobre filosofía universitaria. Téngalo en un lugar decoroso: nunca más volveré a ser retratado tan joven. ¡Ah, si el cielo nos trajese a un daguerrotipista francés! Con los alemanes no se puede, todos son unos asnos.

Pregunté por la obra de Voigtländer en la librería y la encargué antes de que recibiera su carta. Todavía no me ha llegado; creo que me la entregarán con retraso. Si él es un apóstol, entonces debe de ser Judas. Me acuerdo que seguí sus consejos y tan pronto lo publicaron me puse a hojearlo y a examinarlo: argumentaba que era nueva y además falsa la idea de que uno puede eliminar del pensamiento todos los objetos menos el espacio. ¡Pero ésta se encuentra contenida en la *Crítica de la razón pura* y es una verdad *a priori*, es decir, una verdad que sólo un idiota puede negar! Por eso no continué leyéndolo. —En el anuario de Heidelberg de noviembre y diciembre de 1850 en la pág. 907, el señor Reichlin Meldegg pretende instruirnos diciendo que el espacio es «la mera relación que guardan las cosas entre sí». No critica a Kant pero tampoco lo deja de lado: es un idiota que no conoce ni el abc de la filosofía kantiana. ¡Y estos tipos viven de la filosofía! Si tan sólo un aplicado y diligente estudiante de la filosofía de Kant le dijera esta sencilla idea: «Querido muchacho, de ser así las cosas, el espacio desaparecería si quitases las objetos». Pero ni hablar, así es toda esta gentuza, sin excepción alguna. No aprenden nada, no piensan nada, no saben nada, sino que sólo se sientan en las cátedras como si fuesen lustradores de botas: se alimentan del ocio, beben y se emborrachan. En el mismo lugar, este hombre afirma en contra de la teoría de Oersted que «los cuerpos son espacios llenos de fuerza», como si esto fuese algo original, y no tiene la menor idea de que se trata de una famosa afirmación de Kant, la cual lamentablemente robó de Priestley, como he podido comprobar. Hace lo mismo con Oersted que conmigo. Así ha actuado toda la chusma de catedráticos de filosofía en los últimos 70 años, han obliterado y olvidado los grandes descubrimientos de Kant, y después se ponen a hablar burdamente, como si Kant nunca hubiese existido: eso hace que su filosofía sea tan mundana...

* «Enojado».

He leído la primera parte de su ensayo sobre Feuerbach. Le agradezco por la elogiosa mención que hace de mí. En la primera página su estilo me recordó al de J. G. Fichte, y casi podría asegurar que cuando lo escribió estaba usted leyendo los escritos de Fichte. Concuero con lo que dice sobre el teísmo y el cuerpo; desearía, sin embargo, que usted cuidase más el *suaviter in modo*,* uno no debe provocar así a la gente, eso los irrita. Si uno evita esto, uno puede decir lo que sea. Las citas que toma de mí las considero innecesarias y diría que son parcialmente verdaderas en ese contexto. Cuando se dice más de lo necesario uno pierde crédito ante el lector.

Desde hace once días ya no tengo pruebas de impresión, ¡hace poco llegaban cuatro cada dos días! Estamos ya muy cerca del fin. Muchos se disgustarán con lo que digo. Me gustaría que me escribiera si oye algo al respecto. —Fue un error de su parte que no hiciera, en su ensayo sobre mí, una mención al meritorio ensayo de Dorguth en unas cuantas líneas—. Por supuesto, él no es tan interesante como para dedicarle todo un ensayo. Se lo reproché a usted en ese entonces y ahora aquel viejo y buen hombre está enojado. *Errare humanum est*.

¡Tenga usted salud y alegría!

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 30 de octubre de 1851.

* «Más suave en su estilo».

¡Mi querido señor von Doss!

He leído su extensa carta dos veces con gran atención y me ha provocado una extraordinaria alegría. Su interés, su auténtica convicción, y su reconocimiento del valor de mi pensamiento me resultan conmovedores y gratificantes. Son una muestra del efecto que mis escritos tendrán en próximos tiempos; esto ya se deja entrever, puesto que mis otros tres apóstoles, cada uno a su manera, se ha expresado de forma semejante, como es el caso de Dorguth, quien tiene casi 75 años y hace poco me escribió preguntándome la fecha de mi cumpleaños porque quería festejarlo con sus tres hijas. Sin embargo, usted sobrepasa a todos en cordialidad. Becker, quien es un juez de distrito en Mainz, recientemente viajó para verme. Él tomó toda la correspondencia que me ha enviado y se la llevó para hacerla copiar junto a las cartas que yo le he escrito y poder conservarlas en orden. También se llevó su larga carta y me la envió de regreso con atinados comentarios sobre las importantes preguntas que usted me hace; él me ha escrito, por ejemplo, «que usted necesita información más precisa sobre la historia de la cosa en sí». Usted sabe que yo no tengo respuestas para esas preguntas, y tengo por tanto que hacerle como Goethe cuando un estudiante le preguntó cosas que no supo cómo responderle, por lo que acabó escribiéndole: «El buen Dios hizo la nuez pero no la cascó».

Recibí hace poco una alegre sorpresa por parte del bachillerato de Nordhausen, pues su programa de estudios contiene un apartado de 30 páginas sobre el método geométrico, el cual escribió Kehler, un profesor de matemáticas y física, basándose en el capítulo 6 de mi tratado *Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, cuyos fundamentos reproduce la mayoría de las veces con mis propias palabras (yo escribí sobre esto en 1813 cuando todavía era un estudiante), y afirma que este tema ha sido tratado insuperablemente por mí y que de ahora en adelante la geometría debe enseñarse a partir de Kant y de mi filosofía; cabe decir, por cierto, que de esto

ha dado una prueba muy bien lograda. Valdría la pena que usted consiguiese este programa. Como sé que usted observa con celo todo aquello relacionado con mi filosofía, hago de su conocimiento el nuevo escrito de Dorguth titulado «Carta sobre la filosofía de Schopenhauer», en caso de que usted todavía no lo tenga. Además, apareció una crítica muy pertinente a mis *Parerga* en la revista de novedades de Hamburgo, en el número 51 de diciembre de 1851, misma que me hicieron llegar. Por último, el 14 de Abril apareció un artículo corto pero muy bueno sobre mí en la revista *Didaskalia*, un suplemento del diario de Francfort. He constatado el maravilloso interés y admiración por parte de cuatro personas de quienes no me lo esperaba. Llego a pensar a veces que la gente sospecha mi final y quiere presentar a toda prisa sus respetos.

Espero, estimado amigo, poder volverlo a ver. Por mi perfecto estado de salud y mi vigor, espero vivir todavía otros 20 años.

Le desea suerte y salud su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 10 de mayo de 1852.

Mi querido señor von Doss:

¡Con auténtica alegría recibí su bello regalo, ya que con él me corrobora qué tan presente me tiene en sus pensamientos! Al ver esta litografía sé que usted recordó que las pinturas de perros conforman el principal decorado de mi habitación. *Mentor* ya se encuentra enmarcado con cristal y es uno de los mejores de toda la colección —la cual asciende ya a 16 piezas—. A los perros que se han comportado de una manera tan distinguida, el Estado debería otorgarles una medalla que dijese «salvador de hombres» que los protegiera de ser maltratados. Reciba usted mi sincero agradecimiento por esta bella pintura que tan poco me esperaba.

Las preguntas y consideraciones filosóficas que lo inquietan son aquellas que todo hombre pensante que haya estudiado mi filosofía tiene que superar. ¿Cree usted que si tuviera respuestas a las mismas me las guardaría? Lamentablemente, no puedo hacer otra cosa más que remitirme al tomo II, pag. 187 de mi obra principal, donde he dicho: «A pesar de las antorchas que encendamos, y de la luz con la que alumbramos el espacio, nuestro horizonte siempre quedará circundado por la profunda noche.» Con haber logrado alumbrar un poco el espacio que nos rodea me daría por bien servido: sí, dudo mucho que alguien llegue algún día más lejos que yo en profundidad; ciertamente, se podrán corregir muchas cosas en el camino como argumentos, explicaciones, demostraciones, ilación de ideas, etcétera. Usted no debe perder de vista lo que es en realidad nuestro intelecto: un simple instrumento para los miserables fines de la voluntad. Pedirle más cosas es ya abusar de él. ¿Cómo va a pretender uno explicar, comprender, y analizar exhaustivamente el comportamiento primigenio de todo lo existente? Nuestro intelecto es tan incompetente que incluso ante una revelación extraordinaria de estos problemas no entenderíamos nada en lo absoluto y seguiríamos sabiendo lo mismo de siempre. Kant y yo recorreremos juntos un largo trecho: él de manera subjetiva y yo objetiva. Lo que

dijo Becker de usted, a saber, que le gustaría «tener información más precisa sobre la cosa en sí» es algo ciertamente pícaro, pero que tiene algo de verdad.

Frauenstädt tiene en Berlín su larga y apostólica misiva así como la que Becker escribió sobre la misma. Un tal doctor Lindner se las llevó allá hace catorce días; este señor, después de escribir sobre mí, algunas veces en el periódico de Voss, donde trabaja como editor, se me acercó en recientes fechas únicamente para conocerme, según me confesó. Poco tiempo antes, un húngaro desconocido de Berlín, el doctor Korman (médico), me pidió a través de un itinerante comerciante de libros que me dejase fotografiar de frente y de perfil, asegurándome que él pagaría los gastos de las fotos. Así ha ocurrido: por eso me ha escrito una carta llena de entusiasmo, diciéndome que entre todos los filósofos contemporáneos, es a mí a quien le gustaría conocer. Menudo consuelo el que me dan: después de haber trabajado cuarenta años es ahora que los estudiantes conocen mi nombre. Nadie ha manejado esto como yo. A pesar de que tengo pocos apóstoles —conocidos por mí, al menos, son sólo siete—, los que tengo están completamente animados por un entusiasmo ilimitado por mi filosofía, tal y como lo está usted. Esto me habla de la influencia que tendré cuando tenga setenta mil. Por casualidad, logré descubrir que el pequeño artículo de la *Didaskalia* lo escribió Comiss, un hombre mayor y medianamente erudito, que junto con su hijo —quien apenas habrá de entrar a la universidad— ha estudiado todas mis obras y ha buscado con particular respeto entablar contacto conmigo. Antes la gente se conformaba con un ejemplar de la obra, pero ahora esta persona me informa que ha comprado un ejemplar para que su hijo se lo lleve a la universidad.

Únase pronto a este comité, así podremos filosofar.

Conserve su salud y piense a menudo en su viejo amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 22 de julio de 1852.

Mi estimado amigo:

Me tuve que acordar de sus grandes esfuerzos por la difusión de mi filosofía para no perder la paciencia y la compostura con su última carta. Lo peor de todo fue ver que desperdicié tiempo y esfuerzo en contestarle sus dos anteriores cartas; usted no ha reparado en nada de lo que le he dicho o citado y continúa creyendo en esos absurdos. En vano le escribí que no había que buscar la cosa en sí en castillos en el aire (ahí donde se encuentra el Dios de los judíos), sino en las cosas de este mundo, es decir, en la mesa donde escribe, o en la silla que hay debajo de sus dignísimas nalgas. Por el contrario, usted dice lo siguiente: «he descubierto una contradicción en la cosa en sí, una contradicción en el concepto de cosa en sí». ¡Esto es correcto! Hay una contradicción en *su* concepto de cosa en sí. Esto nos lleva a su preclara definición: «la cosa en sí es lo eterno, es lo que no tiene origen, el incorruptible ser primigenio». ¡Esto es la cosa en sí? ¡Demonios, claro que no! Le voy a decir lo que es eso: eso es el famoso absoluto, es decir, la prueba cosmológica disfrazada en la que el Dios de los judíos galopa a caballo. Y usted va tras de él, como el rey David detrás del arca de la alianza, cantando y bailando de manera gloriosa. A pesar de ser una definición a prueba de balas, ésta ya ha sido invalidada por Kant, por lo que a mí sólo ha llegado en calidad de cadáver. Sin embargo, si alguien pretende, como usted en su carta, que yo huela el hedor del cadáver, me tendré que rehusar. Usted le ha proporcionado una nueva máscara y un nuevo título: pero como estas dos cosas han sido robadas del ropero de Kant me veo obligado a protestar. Llame a esto mejor como los otros, como aquellos camaradas filósofos que piensan como usted; por ejemplo, llámelo lo suprasensible, llámelo la divinidad, o mejor como Hegel, llámelo «Jehová».

Sabemos lo que se encuentra detrás: es el señor del absoluto, que cuando se le agarra y se le dice, «de dónde vienes, mozuelo», contesta «¡Pregunta impertinente! Yo soy el señor del absoluto y no

tengo que darle cuentas a nadie. Esto se deduce necesariamente de mi nombre.»

¡Es el señor del absoluto! Se trata, pues, del viejo judío.

*Os epoiese ton ourganon kai ten gen, en arje amen, amen!**

Con base en esa definición continua su argumentación cómodamente: «A la cosa en sí debemos (le pido que mejor utilice el singular) considerarla como un ser primigenio atemporal». Y luego dice, «esto se infiere necesariamente de su concepto». ¡Así es! ¡De su concepto, el cual tomó usted de la sinagoga! Usted lleva a cabo toda esta larga discusión para decir que el buen Dios no puede suicidarse. ¡Es correcto! ¿Cómo podría hacerlo? ¿Por qué querría? Si él gorgojea con alegría *panta kala lian*.** Por otra parte, yo he dicho en algún lugar sobre su preclara definición (del absoluto, no de la cosa en sí) que la misma materia da una prueba empírica de su falsedad: y en otro lugar usted alabó que yo dijera esto. *Mais tout cela est oublié*,*** así como el resto de mi filosofía. Lo que *significa* la cosa en sí usted debe aprenderlo de la *Crítica de la razón pura*; lo que *es* debe aprenderlo de mi obra y de la breve historia que he escrito al respecto (*Parerga* I, p. 13-19). ¡Abra estos libros!

Mi filosofía no habla de castillos en el aire sino de *este* mundo, esto quiere decir que es *inmanente* y no trascendente. Mi filosofía descifra el mundo existente como una tabla de jeroglíficos (cuyo código yo hallé en la voluntad) y muestra su absoluta cohesión. Mi filosofía enseña lo que es la cosa en sí y sus manifestaciones. Lo que es la cosa en sí, sin embargo, sólo se entiende en relación con sus manifestaciones y viceversa. Las manifestaciones, por otra parte, son sólo un fenómeno cerebral. Yo nunca he hablado de lo que es la cosa en sí *independientemente* de esta relación porque no lo sé: en esta relación, en cambio, la cosa en sí es la voluntad de vivir. Que ésta pueda ser negada es algo que empíricamente he demostrado; por ello, he concluido que la cosa en sí quedaría suprimida sin su manifestación. La negación de la voluntad de vivir no significa la

* «Creó al cielo y a la tierra en un principio, ¡jamén!, ¡jamén!»

** «Todas las cosas son buenas».

*** «Todo esto ha sido olvidado».

aniquilación del objeto o del ser, sino simplemente un no-querer que se da como consecuencia de un motivo apaciguador: ¡grábeselo bien! Yo nunca he hablado de lo que antecede a la afirmación de la voluntad, ni de las consecuencias de la negación de la voluntad (a esta última, contrario a lo que usted dice, no la considero como una sustancia inconmutable); por el contrario, al final del cuarto libro de mi obra (se lo repito, porque sus ojos son más ciegos que lo que mi oído derecho es sordo) he dicho que la negación de la voluntad es como un tránsito hacia la nada para nosotros. Lo que la cosa en sí sea aparte, es decir, lo que sea aparte de aquello que nosotros sólo conocemos como voluntad de vivir, como núcleo de la manifestación, cuando ésta no se manifiesta o cuando ha dejado de ser, es un problema *trascendente*, es decir, un problema cuya solución no puede ser aprendida ni pensada por las funciones de nuestro intelecto, mismas que se limitan a servir las manifestaciones individuales de la voluntad del cerebro. Es por ello que aunque la cosa en sí se nos *revelase* como realmente es, nosotros no comprenderíamos nada de ella.

¡Le deseo feliz viaje a esos castillos etéreos! Salude a ese viejo señor judío de parte mía y de Kant: él nos conoce. Si usted quiere presentar al público sus dudas, y mostrar con ellas que ha alabado mi filosofía sin comprenderla, es algo que no puedo impedir ni tampoco recomendar. Pero eso sí, ya no venga a hablarme al respecto: ya estoy cansado de enfadarme por causa de malentendidos y falsas interpretaciones, puedo aprovechar mejor el tiempo que sacando estiércol del establo. Es por esta razón que le regreso sus comentarios sin haberlos leído y le pido de la manera más atenta que no me moleste con escrúpulos y vacilaciones. Después de haber presentado al mundo mi filosofía con gran destreza y con claridad sobresaliente, no me encuentro de ninguna manera con ganas de repetirla *ex abrupto*,* toda de nuevo en cartas, ya sea por un motivo u otro, ya sea por tener que tratar asuntos dogmáticos o cuestiones parecidas. Sólo se pueden presentar objeciones en contra de cada proposición de un sistema cuando uno ha olvidado su conjunto o simplemente lo ignora.

* «De repente».

Respecto a la pregunta de por qué un santo no puede suprimir el mundo mediante la unidad metafísica de la voluntad, le tengo que decir, en primer lugar, que esta unidad es metafísica, y en segundo lugar, que podremos contestar mejor esta pregunta cuando sepamos «qué tan profundamente está enraizada la individualidad en la cosa en sí», una cuestión que yo planteé, pero que he dejado de lado por ser trascendente y por tanto insoluble.

No tengo paciencia para leer los desatinos de Harm, pero he visto cómo un vapor azul se desprende de cada una de sus páginas: la gente no busca la verdad sino a Dios. ¡Podrían buscar mejor al Diablo! Me enfada mucho que encarguen la reseña de un libro sobre magnetismo a un neófito como Reichlin Meldegg que no sabe nada al respecto. Reichlin Meldegg es un gran ignorante. En su reseña de Oersted que apareció en el anuario de Heidelberg (noviembre-diciembre, 1850, no. 57), este craso idiota polemiza como un auténtico limpiabotas contra la verdadera, conocida y famosa afirmación de Kant (que, en realidad, robó de Priestley, como he podido comprobar) según la cual «los cuerpos no son más que espacios llenos de fuerza», con lo que muestra que nunca ha oído nada de estos asuntos; muestra, más bien, lo contrario ya que afirma que él opone la opinión de Oersted a la *suya* (págs. 899 y 907), pero que en realidad es la de Pöbels: no sabe nada de los principios metafísicos de la naturaleza de Kant. Posteriormente, en la misma pág. 907, habla del espacio como lo haría un inexperto granjero sobre el arado: «el espacio es la mera relación de los cuerpos entre sí». Si eso lo dijera entre estudiantes, y alguno de ellos que hubiese leído la *Crítica de la razón pura* lo sujetase de la barbilla y le dijera, «querido muchacho, de ser así las cosas, el espacio desaparecería si quitases los objetos», ¿qué pasaría entonces? Volvería a las caballerizas, comería follaje, y reservaría la filosofía para sus crías. ¡Que le dé gracias a Dios que no soy un ministro de Baden! Como muchos otros, este hombre filósofo sin ningún conocimiento previo, como un salvaje.

Le agradezco los diversos honores que usted desea para mí. Quédese usted tranquilo, el mérito y reconocimiento pocas veces van de la mano: así son las cosas. Esta noble y sublime orden, destinada en principio sólo para los hijos de Marte o de las musas, ya no es fiel a su elevado propósito: en un principio su consigna era la de no tener a «más de 30», y ahora parece ser la de no tener a

«menos de 30». Es por esa razón que gente de muy poco valor porta esta cruz al mérito. De ahí también que el rey recompensara al príncipe prusiano por haber terminado con la rebelión de Baden. El nombramiento sólo puede otorgarlo el comité, el cual está compuesto de rimbombantes profesores que únicamente condecoran a viejos *emeritus* de su gremio, como pasó hace poco con Creuzer, por mencionar tan sólo un caso, como premio a sus desatinos sobre las mitologías. En realidad, esta clase de condecoraciones deberían ser entregadas, tanto en nuestro país como en otros, con mucho más recato, y únicamente a auténticas eminencias intelectuales.

Es una excelente idea el que quiera referirle a Humboldt mi teoría de los colores: eso seguramente le dará mucho coraje. En el tercer tomo de *Cosmos* él se compromete de la manera más lastimera con la teoría newtoniana de los colores y llega hablar incluso de un «rojo verdoso», lo cual es como querer hablar de un viento del este y del oeste.

En verdad, no hay vanidad que no haya padecido. No se puede servir simultáneamente al mundo y a la verdad. Por eso, aunque llovieran cruces al mérito, ninguna habría de caer sobre mi pecho.

Hoy he sufrido por culpa de su vanidad: no hay mucho que pueda hacer. Sólo quitarme el remedio de las manos.

Su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 21 de agosto de 1852.

Mi querido amigo:

Me apresuro para adjuntarle esta receta que, en nueve de cada diez casos, alivia el dolor de muelas de manera rápida y efectiva. La dosis *no* debe calentarse sino que en ella debe remojar un paño de lino y después sujetarlo contra la mejilla. Esto sólo debe hacerlo en casos serios, porque la naturaleza tiende a acostumbrarse a este remedio y su efecto disminuye. Una manera efectiva de prevenir el dolor de muelas es lavar con una esponja y agua fría el cuello por las mañanas, por delante y por detrás, de manera lenta y continua, hasta que ya no sienta el agua fría sino caliente. Los dolores de muelas recurrentes pueden ser curados si uno envuelve con una venda el cuello (no la cabeza) dos o tres veces y se duerme con ella toda la noche. El cuello y los dientes simpatizan entre sí. Quien quiera tener un dolor de muelas seguro sólo tiene que ir en medio del verano a la helada sala de lecturas de la Biblioteca Real con pantalones de nanquín y sin calzoncillos: *probatum est*. *

Eso en cuanto al aspecto patológico. Ahora hablemos del aspecto fisiológico, sobre el cual tengo algunos consejos muy adecuados para usted, tan bienintencionados como los que ya le mencioné anteriormente y que no pienso escatimar.

La fisiología es la cumbre de todas las ciencias naturales así como su más oscuro territorio. Para poder hablar al respecto, uno debe pasar por todo un curso de ciencias naturales en la universidad y continuar estudiando estas disciplinas el resto de la vida. Sólo así se puede saber de qué se ocupan: de otro modo es imposible. Así lo he hecho yo, tomé de manera solícita un curso de anatomía con Hempel y Langenbech, después tomé otro sobre la anatomía del cerebro con Rosenthal en el anfiteatro, luego escuché a Pépinière en Berlín, asistí a tres cursos de física y de química, y a dos de zoología,

* «Comprobado».

anatomía comparada, mineralogía, botánica, fisiología, geografía, astronomía, etcétera, y el resto de mi vida he venido observando los avances de todas estas disciplinas y he estudiado las principales obras —especialmente, las de los ingleses y los franceses—, como pueden dar cuenta de ello los ejemplares de mi biblioteca llenos de anotaciones. (Este verano toda mi biblioteca se convirtió en una *camera obscura* y estaba repleta de instrumentos de óptica).

De ahí que pueda hablar sobre el tema de modo pertinente. En el año de 1824 la Academia de Múnich publicó un informe sobre los avances de la fisiología en lo que va del siglo, y en el terreno de los avances en la investigación de los sentidos sólo se menciona a Purkinje y a mí. Mis obras demuestran mis profundos conocimientos de ciencias naturales; sin los mismos, sería *imposible* haberlas escrito.

Si, como los pequeños burgueses que toman las cosas para el hogar de los tendedores, uno basa todo su conocimiento de las ciencias naturales en los artículos de los diccionarios escritos por peones (o incluso, por gente peor), uno puede acabar no en la farmacia sino en una tienda de venenos o en una cueva de ladrones. En esta última encontramos a un tal Volkman, quien es tan insolente como para decir que las inmortales obras de Bichat* son «superficiales»; a partir de esa sentencia, la gente piensa que ya está exenta de leer a Bichat o a Cabanis. Pero yo le aseguro que para este pueblerino sería un honor que Bichat se dignara a escupirle en la cabeza. Bichat vivió 30 años y hace casi 60 años murió, y toda la Europa culta honra su nombre y lee sus obras. Ni entre cincuenta millones de *bipedes* encontramos a alguien de la inteligencia de Bichat. Desde luego, como siempre, la fisiología ha tenido avances, no gracias a los alemanes, sino a través de gente como Magendie, Flourence, Ch. Bell y Marshall Hall, pero dichos avances no han vuelto anticuados a Bichat y a Cabanis; en realidad, ninguno de ellos es un digno rival de Bichat.

* Marie François Xavier Bichat (1771-1802) fue un destacado médico que es considerado el fundador de la histología moderna. Mediante la autopsia y la experimentación fisiológica, Bichat estudió los tejidos como unidades primordiales de los organismos y describió varias enfermedades en función de los defectos de los propios tejidos.

Pero ahora sígame y dejemos esta honorable compañía para adentrarnos en la cueva de ladrones de los alemanes. El oscuro fondo de esta cueva permite que uno pueda practicar la rufianería y el tartufianismo (los cuales usted sabe de dónde provienen) en las escuelas, preparatorias, universidades, libros, y periódicos: estos sinvergüenzas actúan intencionalmente de una manera tan burda, tan indigna incluso para las bestias, se presentan de una forma tan desagradable, que el éxito es lo que más debería oponerse a todas sus acciones —de esto estoy tan seguro como de que estoy vivo. Yo ya le hice ver a usted que el pulcro señor Rudolph Wagner es un estafador y un Tartufo. ¡O Fallmerayer! ¿Duermes acaso? Ven como hace medio año y aplícale un sólido, público, y merecido castigo a Ringseis para consuelo de toda la gente honrada; es así como yo tengo que actuar con estos tipos y su sociedad de Gotinga. El trabajo de esta gente en el ámbito de la fisiología consiste en demostrar cómo el cuerpo y el alma son dos sustancias completamente diferentes y cómo ésta última se aloja en la cabeza. Al ser inmortal, ésta es absolutamente simple e indivisible, y por tanto, todo el *bagage* del intelecto, los sentimientos, la voluntad, las pasiones, etcétera, debe estar comprendido en una nuez, en un punto, como una mónada leibniziana: de ahí que los deseos y las pasiones no se hallen en otras *partibus* del cuerpo, ¡tal como Bichat y yo decimos! ¡Dese cuenta! ¡Esta gente sólo busca imponer sus ideas, a pesar de lo que digan Kant y los fisiólogos franceses!

Ahora lea usted en el repertorio de Leipzig la muy halagadora reseña del infame mamotreto de Lotze, *Psicología Médica*! (Lotze y Botz son las luminarias filosóficas de Gotinga como es sabido). Un canalla alaba la obra refugiándose en el anonimato. En el libro viene expuesta de una manera tan corriente la doctrina que ya le he citado, y en él también se alaba a Rudolph Wagner y a Volkmann (todo es en realidad un *clique*). La existencia del alma es demostrada con viejos argumentos de mujeres. Sólo la desfachatez con la que ignoran a Kant puede consolarme por cómo me ignoran a mí. Lo que no sabe este ratero es que en lugar de explicar de una manera tan complicada cómo el alma quiere y piensa, debería empezar por los cerebros que pesan de tres a cinco libras: ¡¡para esta persona el cerebro únicamente dispone los medios para que el organismo se alimente!! Éstas son las personas con las que usted asiste al colegio;

ahí mismo donde Bichat es considerado como superficial. Kant y yo somos un par de burros a quienes no se les escucha. Ésa es la integridad alemana.

El que Bichat y yo coincidamos en nuestras conclusiones, después de haber seguido caminos tan distintos, es una de las más bellas confirmaciones de mi verdad, y desde que lo descubrí en 1838 ha sido algo que ha fortalecido mi corazón.

A pesar de que usted ya ha reconocido su valor, a usted le falta atreverse a hablar desde el punto de vista de mi filosofía, y además le presta sus oídos a éste y a aquél creyendo de manera falsa que son gente digna. Usted no reconoce la aristocracia de la naturaleza. Bichat y yo nos abrazamos en el desierto. Hace poco, no sé en dónde, leí una reseña sobre teleología, la cual atestiguaba tanto por parte del libro como por parte de quien lo reseñaba la rudeza que prevalece en esta materia. Me gustaría que usted citara desde la primera hasta la última página de mi capítulo sobre teleología junto al apartado de «anatomía comparada» en la *Voluntad en la naturaleza*; quizás sea lo más esencial y profundo que se ha escrito al respecto, y como están las cosas actualmente, este escrito resulta incluso muy apropiado históricamente para orientar a las personas. La brutalidad llega a sus extremos y la ignorancia guía las palabras, los antiguos vuelven a ser relegados. ¡Oh cielos!

Me ha sorprendido no encontrar en su carta palabra alguna sobre los tres meses que se tardaría Brockhaus en publicar su reseña acerca de Feuerbach (aun cuando usted se la mandase hoy mismo). Usted debió escucharme cuando le previne y que no sólo huyera «os *epoise ton ourganon kai ten gen*» y después viera que todo era muy bello.

Hay que apartarse del camino del *sanctissimo officio inquisitionis*,* sin importar la apariencia con la que se presente.

Kilzer ha mandado por correo el retrato: este viejo no ha dado noticias de sí. Seguro se sienta, queda perplejo, y piensa:

«Le hubiera dado algo si hubiera sabido quién era ese señor».

Doss recibió de manera amistosa a Kilzer, lo acompañó al ferrocarril y le dijo que el perro *Mentor* todavía vive. ¡Qué buen amigo tengo!

* «Santo Oficio de la Inquisición».

Con sinceros deseos para que pronto recupere su salud, se despide su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 12 de octubre de 1852.

Mi querido amigo:

Le agradezco que me informara sobre los dos ensayos publicados en el diario: de no haberme dicho no me he hubiera enterado y me los habría perdido. Lo más importante de esto es que los profesores de filosofía han sido obligados a salir de su férrea posición, a saber, la de ignorarme y quedarse callados. En ningún otro aspecto pueden hacerme daño, pues sólo basta que la gente abra un libro mío y lo lea para que yo tenga la partida ganada. Hasta ahora era lo que habían logrado evitar. El honor de haberlos obligado a abandonar esa férrea posición le pertenece a usted, y en segundo lugar a Dorguth, cuya artillería no es de tan largo alcance como la suya. Parece que las afirmaciones que usted diseminó hace mucho tiempo comienzan a germinar y a levantarse. Con alegría observo en ambos ensayos que la atención por mi filosofía va en ascenso. ¡Qué lástima que la gente se vaya a alejar de los eruditos trabajos de los académicos!

Erdmann habla de mí con honestidad. Tiene razón al decir que Herbart y yo nos oponemos diametralmente, pero esto no se debe a que nuestras opiniones sobre Kant sean distintas, sino *simpliciter** porque lo verdadero se opone a lo falso. Ese Herbart es un auténtico testarudo, tiene el entendimiento torcido y, además, es un tipo prosaico y trivial. ¿Qué puede ser más absurdo que llamarme un acosmista? ¡Llamarme así a mí, cuyo tema constante y recurrente es el *mundo*! De la misma manera, es falso decir que Herbart es un ateo, pues él sostiene que la prueba teleológica de la existencia de Dios es verdadera y con un desvergonzado atrevimiento tergiversa los argumentos de Kant. ¡Ese canalla! Lo único verdadero en el ensayo de Fichte es hacer notar esto.

Es atinado y verdadero lo que dice Erdmann en la pág. 210 sobre lo trágico de mi destino y sobre el hecho vergonzoso de que se

* «Simplemente».

me haya ignorado. ¡Oh, cómo se abre paso la verdad! *Magna est vis veritatis et praevalerebit*.^{*} Pero debo decir también que tergiversa y tuerce mi doctrina para desarrollar sus chifladuras. Incluso me adjudica cosas que yo nunca he dicho, o bien, menciona cosas que sí dije pero fuera de su contexto. De esto usted se habrá dado cuenta.

Por otra parte, el ensayo de Fichte es un tejido de mentiras de principio a fin. Se atreve a poner entre comillas en la pág. 233 algo que yo jamás he escrito: inmediatamente me di cuenta de que esas no eran mis palabras ni mi estilo. Sin embargo, a pesar de ello, busqué asiduamente en todos mis escritos esa cita. ¿Usted la ha encontrado? La idea en realidad no me resulta ajena. Hace seis u ocho meses leí en una reseña que alguien comentaba varias doctrinas filosóficas y a propósito de este Fichte decía: «A Fichte sólo hay que utilizarlo con suma cautela». Esto no debe de sorprendernos pues uno hereda el carácter del padre: el padre fue en realidad un papanatas, un hombre que sólo fijó la vista en ilusiones y engaños, pero que tenía la cabeza y el talento para hacer las cosas con fineza. El hijo, por su parte, heredó de su madre el ser un tal por cual y de su padre la personalidad. Sólo un lector muy tonto no se daría cuenta al leerlo de que se trata de un tipo envidioso, vil y ruin: ¡sobre todo los lectores que ya me conocen a mí! Él se dañará a sí mismo; no a mí. Si vuelve a querer ocultarme del mundo fracasará, todo el barullo que haga será en balde. ¡Incluso busca difamarme y busca hacerme pasar como un Mefistófeles! En fin, a mí me consuelan los versos de Goethe:

El perro de nuestro establo
Siempre querrá acompañarnos:
Sus fuertes ladridos y gruñidos
Sólo confirman que cabalgamos.^{**}

Asimismo, por mi parte, he descubierto un ensayo sobre los *Parerga* justo ahí donde menos me lo esperaba, a saber, en las *Conversaciones sobre el rebaño doméstico* de Gutzkow, que se titula «Un pensador original». El ensayo abunda en elogios, pero está sazona-

* «El poder de la verdad es grande y prevalecerá».

** Del poema de Goethe «Perros que ladran».

do con ciertas críticas que no armonizan con sus halagos y que resultan insípidas; también hay unas indirectas personales, pero esto no afectó al conjunto del ensayo. En realidad, se trata de un ensayo que toca el flautín mientras el bajo de la orquesta continúa tocando. ¡Le aconsejo leerlo!

Pronto se hará la venta de liquidación en las librerías: usted me haría un favor si publicara cuántos ejemplares de Hayn se han vendido. Creo que le ha ido bien. Pero bueno, es tradición entre los libreros estar siempre a disgusto con las ventas de los libros.

Le pido también de paso que le pregunte al doctor Lindner si ha tenido noticias de mi amigo, el barón Lowtzow. Le mando saludos cordiales,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 22 de noviembre de 1852.

¡Mi estimado amigo!

Me empiezo a preocupar por usted ya que desde hace dos meses no he tenido noticias de su parte, y yo le había pedido en mi última carta que de ser posible me dijese cuántos ejemplares de los *Parerga* se habían vendido. ¿Acaso usted está algo enfermo? Espero que no sea el caso.

Su ensayo sobre la disputa químico-fisiológica que finalmente ha sido publicado ha rebasado todas mis expectativas y es simplemente admirable. Usted ha dominado su tema mediante el estudio minucioso y con gran cuidado ha sabido exponerlo con muy buen estilo y sin fallos; con este ensayo usted se presenta en sociedad como un hombre que tiene un fino gusto al vestir. Usted ha logrado evitar lo que yo temía, a saber, que se metiese en terrenos peligrosos por sus pocos conocimientos de ciencias naturales, y ha logrado exponer, de manera imparcial y sin dramatismos, esta importante disputa fruto de nuestra época. De modo muy conveniente me hace aparecer a mí, *deus ex machina*,* en un carruaje alado, para reconciliar a los bandos en disputa y mandarlos a casa con un jalón de orejas. Me gusta mucho este papel. Es cierto también que esos señores piensan que con lo poco que saben de química —lo único de lo que han aprendido— pueden resolver los problemas del mundo y de la vida: ¡y luego colocan a Feuerbach en un altar! Me hubiera gustado que usted hubiese hablado, aunque sea de modo somero, sobre la perplejidad a la que se enfrentan estos científicos empiristas cuando se topan con las fronteras de su ciencia; ahí donde se vuelve evidente su falta de estudios filosóficos y se quedan pasmados como estúpidos y no hacen más que repetir los absurdos que se han dicho durante siglos. ¿Pues qué es todo este asunto sino un *Democritus*

* Expresión que significa «dios surgido de la máquina». Así se designaba en el teatro griego y latino a la aparición de un dios en medio de un drama para resolver un conflicto.

redivivus?* Demócrito sólo conocía las fuerzas mecánicas y explicaba el origen de las cosas a partir ellas: Mulder sólo conoce las fuerzas químicas y se comporta de la misma manera. A este holandés y a su mamparo no se les ocurre tomar en cuenta el papel del sujeto en las manifestaciones de la naturaleza cuando uno investiga el fundamento de las cosas; el realismo más bruto y estúpido ofusca sus sentidos. Ellos equiparan sin reparos a la cosa en sí con las substancias químicas; la cosa en sí es para ellos lo inmutable y lo eterno: la tabla de equivalencias de Berzelius termina por ocupar el puesto de Dios. Los animales y el hombre se vuelven meros juegos de la naturaleza, unas concreciones tan accidentales como las estalactitas.

Esto ocurre, como le he dicho, porque sus estudios no tienen ningún sustento filosófico. Estos señores continúan creyendo en sus sandeces empíricas; juzgan que los pensamientos de los hombres más sabios durante los últimos 2000 años no han aportado nada y que son sólo una pose: únicamente en las cacerolas, en los alambiques y en los anfiteatros creen que se puede hallar la sabiduría. La pereza es lo único que puede sustentar estas creencias. La única metafísica que conocen es el catequismo y no conciben ninguna otra alternativa entre el Dios creador y el materialismo, tal como pasa con los ingleses (*Parerga* II, p. 123.). Me complacería mucho que los científicos vieran que también yo tengo algo que ofrecerles *a ellos*. (Como recientemente pasó con M. Carrière quien, en medio de sus bobadas, hace referencia a la Estética** de mi obra: no cabe duda que cada quien busca las cosas donde las ve anunciadas). El parágrafo 27 del primer tomo de mi obra principal es muy adecuado para estos fisiólogos; ahí toda su manera de proceder queda descrita, incluso su situación actual, aquella encrucijada a la que se enfrentan ambos bandos: el materialismo y el tartufianismo. Este parágrafo muestra qué tan necesaria es mi filosofía así como lo provechoso que es mantenerse fiel a Kant. De manera silenciosa me alzaré como el auténtico heredero de esta filosofía, y ahí donde priva la anarquía y la barbarie, apareceré como el salvador de esta contienda.

* «Demócrito devuelto a la vida».

** Libro III de *El mundo como voluntad y representación*.

Saber pronto que nada le ha pasado y que goza de buen estado de salud es el deseo de su amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 23 de enero de 1853.

¡Mi querido amigo!

Reciba usted mi más sincero agradecimiento por haberme enviado su libro y, más aún, reciba mis felicitaciones por haberlo escrito. Este libro contribuirá enormemente a la difusión de mi doctrina, ya que en la mayoría de sus discusiones estéticas uno puede percibir que mi filosofía es el soporte teórico de fondo; además, ha escogido muy bien las citas de mis obras, las cuales pienso que habrán de redituarme varios lectores: para que la gente se decida a leer es necesario presentar cosas que no sean triviales ni que sirvan a propósitos materiales. Esto valga para mi apreciación subjetiva. Considerado objetivamente, su libro merece ser alabado por su estilo y su logrado discurso: todo es claro, transparente y concreto. Uno se da cuenta de que la obra es un producto de la propia reflexión. Además, usted hace asequibles los problemas fundamentales de la estética a la gente, y esto servirá para que otros mediten sobre estos temas. En suma, su libro contiene mucho de verdad.

Tengo muchas observaciones que hacerle respecto a detalles particulares, y en realidad preferiría decírselas en persona que por escrito debido a su extensión. Asimismo, recuerdo que usted es muy susceptible a la crítica, y que incluso pensé que yo confabulaba en su contra cuando lo critiqué. Sólo en vistas de sus grandes esfuerzos por la difusión de mi filosofía y de que usted desea oír una opinión sincera, me permito hacerle estas observaciones sin reparos de ningún tipo:

«Quizá pueda llegar a domar
A esta tosca naturaleza.»

1) Tanto la introducción como la idea principal del tercer ensayo son incorrectas. Platón estableció de una manera muy adecuada y pertinente la diferencia entre lo agradable y lo bello: la condición para que algo sea agradable es que una necesidad anteceda al placer. En cambio, con lo bello no sucede esto. De ahí que afirme que los

aromas no son placenteros, pues éstos causan placer sin ninguna necesidad previa. Vea *República IX*.

2) Dice en la pág. 50 que «una mujer perfecta es más bella que un hombre perfecto». *Quae, qualis, quanta!** Con esto usted ha revelado de una manera muy inocente su instinto sexual: pero todos los conocedores de la belleza sonreirán al ver esto y los más malvados se mofarán. Justo a partir de la constitución del hombre y de la mujer se puede comprobar lo contrario. Los varones no se diferencian en esto del resto de los animales; se trata exactamente del mismo caso de los leones, los ciervos, los pavorreales, los faisanes, etcétera, y etcétera. El *sexo sequior*** es *sequior* en todos los ámbitos. Espere a que llegue a mi edad para que vea qué le parecen esas longevas personitas de piernas diminutas, hombros enjutos y grandes caderotas que han sufrido el inexorable paso del tiempo; su rostro no es nada comparado al de adolescentes bellos; incluso sus ojos carecen de energía.

3) En la página 51 esto me enfadó bastante: «Él mismo se percató de que esta explicación no es suficiente». ¡Demonios, por supuesto que no! Mi explicación estética es suficiente, perfecta y atinente: sólo cuando hablamos de sapos se queda corta porque la discusión no es sobre lo desagradable, es decir, sobre lo espantoso, sino de un *horror* lleno de misterio cuyo fundamento metafísico he analizado. Usted se ha comportado en este punto como mis adversarios: descontextualiza mis expresiones y hace que diga cosas que no dije. Si me hubiese citado textualmente aquí, como lo hace en el resto del libro, esto no habría sucedido.

4) ¡El ensayo IV! ¿Debo decirle acaso que se trata de la *partie honteuse**** del libro? Oh no lo creo, esto lo sabe sin que yo se lo diga: ahí usted no sigue sus convicciones. Con un suspiro dejó de ser fiel a mi filosofía. *Scio meliora proboque, deteriora sequor*,**** fue ahí su lema. Lo que le faltó no fueron ideas sino valor, valor para hablar del sentido verdadero del teatro ante un público protestante, racionalista, perplejo y excéntrico; un sentido que yo he descubierto con base en

* «¿Cuál? ¿De qué clase? ¿De qué tamaño?»

** «El segundo sexo».

*** «Mancha».

**** «Conozco lo mejor y lo alabo, pero sigo a lo peor», Ovidio, *Metamorfosis*, VII, 20.

mi pesimismo y la moral ascética, los cuales nuevamente vuelven a ser confirmados. El temor y el miedo de los que habla Aristóteles son una interpretación superficial. Como en todo, aquí yo he ido diez brazas más profundo que el resto. Ciertamente, esto requirió de mucho valor y también de mucho papel para tratar el asunto. La bella y noble máxima de Voltaire, «*Point de politique en littérature! Il faut dire la vérité et s'immoler*»,* sólo la pueden pronunciar los héroes que afirman decir la verdad y hacer lo correcto. Le perdono sinceramente esta infidelidad; pero no por eso piense que lo considero alguien mejor que San Pedro, quien negó tres veces a su señor y maestro por falta de valor. Cómo lo compadecí al ver que en la pág. 104 usted confiesa creer en el principio protestante de «justicia poética», el cual contradice a todos los grandes dramaturgos, a Sófocles, Shakespeare, Calderón y Goethe. ¿De qué eran culpables Desdémona, Ofelia y Cordelia? ¿De qué eran culpables Egmont, Edipo o incluso Lear? Éste ha sido un error provocado por la vejez. Inclusive Schiller, que condena a la miseria a don Carlos y a Posa, no reparó en burlarse de ese principio protestante, de ese imperativo categórico de justicia poética:

«Cuando el vicio vomita, la virtud se sienta a la mesa.»

Este ensayo XI ha provocado sólo *una* cosa de provecho, a saber, que yo haya escrito una bella página en contra de la justicia poética; como siempre, escribo de esta forma sólo con el propósito de tener más ediciones, sean éstas póstumas o no. Incluso la comedia ha recibido conmigo, por primera vez, una explicación atinada como contrapunto de la tragedia. —De ninguna manera, déjeme decirle, nos reímos de los personajes de la comedia ininterrumpidamente—. Espero que usted sea capaz de digerir estas observaciones y que no las eche en un saco roto.

También es digno de admirarse que usted cite a antiguos y renombrados escritores, y haga caso omiso de la estética de las edades del mundo de Schelling, así como de Hegel y sus compinches, como el dulcísimo señor Solger. Que usted haya leído a Helvétius es algo que Dios mismo se lo habrá de pagar: incluso él lo ha de leer

* «¡Nada de política en la literatura! Uno debe decir la verdad y sacrificarse.»

a menudo. Me alegra mucho ver que cite pasajes de mi obra, pero más me alegraría que éstos fueran presentados de manera precisa mediante las correcciones. El horrible error de impresión de la pág. 30 es mencionado por usted en las erratas: ¿pero quién se digna hoy en día a leerlas? También hay otros errores: en la pág. 78 dice «preguntando» en vez de «preguntar», en la pág. 108 dice «cueno» en lugar de «bueno», en la pág. 140 dice «encimarse» en lugar de «enemistarse», y en la pág. 183 dice «ando» en lugar de «cuando».

Si veo reseñas de su libro se lo haré saber, aunque en realidad veo pocos diarios. Desde 1848 la mayoría ha quedado fuera de circulación, o bien, *aquí* los censuran. Tendrá más oportunidades de encontrar algo en la sala de lecturas de la biblioteca real. Yo le aseguro que se han publicado muchas cosas sobre mí de las que no sé nada.

Sería muy divertido que, como gran conocedor de mi obra que es, le preguntase públicamente a Fichte en un artículo de periódico de dónde ha citado ese pasaje mío; usted diría que no logra encontrarlo por ningún lado y que no cree que el señor profesor lo haya inventado. Lo veríamos entonces darse la media vuelta y pedir perdón. Ni siquiera él sabe de dónde lo tomó. Por cierto, en la gaceta de Múnich el libro de Fortlager es durísimamente criticado por Prantl, ése tal por cual...

Qué mal que no haya podido dormir bien. El sueño es la fuente de la salud y el guardián de la vida. Yo duermo siempre unas ocho horas, y la mayoría de las veces, de manera ininterrumpida. Usted debe caminar diario una hora y media, debe evitar estar mucho tiempo sentado y debe bañarse con agua fría en el verano; si se despierta por las noches, no comience a pensar en algo profundo e inteligente, sino en puras tonterías y trivialidades de manera rápida, pero eso sí, piénselas en un latín culto y correcto. Ése es mi método: *probatum est*. La gramática y la sintaxis enturbian los sentidos. En el peor de los casos, siga el método de Franklin, levántese, destape la cama, camine unos dos minutos sólo con camisa, y después vuélvase a acostar: es casi infalible.

Le he devuelto su carta a aquel viejo; espero que ya se la quede. Descifrar esa carta es lo mismo que abrir una nuez dura y ver que en realidad se hallaba vacía. Tiene usted mucha razón en lo que dice de él.

Le desea mucha salud y que duerma bien su

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 17 de febrero de 1853.

¡Mi querido amigo!

Me alegra enormemente ver cómo sigue estudiando mi filosofía y qué tan bien la tiene dominada.

Los animosos pasajes de Frauenstädt también me han disgustado, y tiene razón en rechazarlos. En los párrafos 32 y 34 del primer tomo de mi obra principal se encuentra expuesta de manera clara la relación que existe entre las ideas y las cosas. En pocas palabras lo que digo es esto: la idea platónica no es más que la representación intuitiva, es decir, la manifestación misma, comprendida como un nivel de objetivación de la voluntad, que se encuentra liberada de la multiplicidad de lo homogéneo presente en el espacio y en el tiempo, y que por consiguiente también se encuentra liberada de lo azaroso, de lo diverso y de lo imperfecto. Captar esta idea requiere necesariamente que uno elimine a la voluntad de la conciencia, pero esto no puede darse a partir de la voluntad misma, sino mediante una breve supremacía del intelecto. Como ya lo he expuesto en el *Ensayo de la voluntad en la naturaleza*, tanto las ideas particulares, como las formas de las cosas, por ejemplo las formas y las partes de los animales, comprueban que la cosa en sí en las manifestaciones no es otra cosa que la voluntad de vivir, misma que vemos presentarse y adaptarse de múltiples maneras.

Buscar contradicciones en mi filosofía es algo inútil: es toda entera y de una pieza. Me parece que el buen Frauenstädt ha querido mostrar su astucia al lanzar al mercado esas sutiles critiquitas. Pero lo tengo en muy alta estima, tengo presente el que durante ocho años se haya esforzado de manera constante e incondicional por llevar al público mi filosofía y vencer las cábalas de los profesores.

Pero si usted, el único que me ha comprendido plenamente, quisiera realizar una reseña del libro de Frauenstädt incorporando esta crítica y otras y la enviase al anuario de Heidelberg o algún periódico, usted se volvería un evangelista activo y su nombre no desmerecería ante este señor. ¡Usted sería mi auténtico evangelista

canónico! ¡Por todos los cielos, no me diga que quiere partir de este mundo sin antes de haber sido publicado! *Absit!** ¡Qué escalofriante pensamiento! También podría reseñar el librito de *Lecciones populares* de Weigelt, un tipo muy tonto que ha llegado a publicar en *El mensajero*. ¿Quiere usted mostrarse neutral como Prusia y Austria, teniendo las manos en los bolsillos? Oh, ya no le diré mas...

Me alegraría sinceramente verlo pronto por aquí. Le manda sus mejores deseos su fiel amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 31 de marzo de 1854.

* «¡Espero que no!»

¡Mi querido amigo!

[...] He recibido muchas visitas: vino Voigtel, el juez de distrito de Magdberg, quien tan sólo tiene 28 años; vino Hebler desde Berna, quien me mandó su libro sobre Shylock; y vino Bähr, un profesor y pintor de Dresden. Bähr me simpatizó mucho, me pareció muy listo e inteligente: conoce todos mis escritos y los domina. Me dijo que en Dresden hay un gran interés por mis obras, y que en especial las mujeres se vuelven locas por ellas. Vino también Von Hornstein, un joven compositor, alumno de Richard Wagner, el cual, según me dijo, también ha estudiado mis obras con ahínco.

Von Hornstein todavía se encuentra aquí, pero me trata con un respeto exagerado, por ejemplo, se levanta de la mesa tan sólo para buscar a mi mesero favorito y pedirle que me atienda. Todas estas personas están muy versadas en mis obras. Tan sólo a mi mesa vino a presentármese el profesor Warnkönig de Tübingen, a quien yo ya conocía por su *jus naturae*:* se presentó como amigo de Fichte, quien supuestamente le habló muy bien de mí, *credat Judaeus Apella!*** Se trata de un hombre muy amigable e inteligente: he compartido muchas veces la mesa con él. Me dice cosas muy halagüeñas sobre mi apariencia, dice que es muy imponente, cosa que también me dijo un inglés hace poco que ni conocía.

Quien reseñó a Weigelt en *El Mensajero* le reprocha a éste haber expuesto aspectos subjetivos de un determinado sistema: no dice de qué sistema se trata porque no me quiere nombrar. Estas personas no son más que perros callejeros.

Mi retrato se expone en la exhibición desde hace catorce días. Ha llamado mucho la atención: la gente lo admira y lo encuentra muy parecido a mí, aunque Emden, Kilzer y yo no pensamos lo

* «Derecho natural».

** «¡Que lo crea el judío, Apella!», Horacio, *Sátiras* (I, 5, 100).

mismo. ¿Qué? ¿Un retrato? *Sicelides musae, paulo majora canamus!**
El profesor Bähr de quien le he hablado me ha propuesto que el Fidiás de por aquí, von Launitz, haga un busto mío. Me ha presionado mucho para que vaya al taller de Launitz. Al final acabé por decir que sí, pero mantendré la etiqueta: Launitz debe venir a mí. Después de que haya esperado mucho tiempo dirá: «si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma».

Ya ve, el Nilo llega hasta el Cairo.

Le mando mis mejores deseos.

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 7 de septiembre de 1855.

* «Musas de Sicilia, déjenos cantar algo grande.»

Mi más sincero agradecimiento, mi viejo apóstol, por su carta de felicitaciones. En respuesta a su bien intencionada pregunta le diré que casi no siento el aplomo de Saturno, todavía ando cual si fuera un galgo, me encuentro en un estado espléndido, casi diario toco la flauta y en los veranos nado en el Meno, lo cual pasó por última vez el 19 de septiembre y no sentí ningún malestar. Mis ojos siguen como en mis años de estudiante. Únicamente padezco del oído derecho; se trata de un malestar congénito que me aqueja desde la juventud. Como consecuencia de una enfermedad que tuve hace 33 años, casi me encuentro sordo de ese oído. Mi oído izquierdo se encuentra bien, aunque desde hace cuatro años cada vez oigo menos con él. Esto es casi imperceptible cuando converso, siempre y cuando tenga a la gente cerca, a mi izquierda y no hablen en voz baja. Sin embargo, en el teatro me enfado bastante, porque aunque me siente en el parquet hasta delante, sólo veo movimientos, aunque hablen en voz alta; pronto ya no me será posible ir a la ópera. Es una pena...

Le mando mis mejores deseos.

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 1 de marzo de 1856.

Querido amigo:

Lo que dice sobre los absurdos elogios de Baader es completamente cierto. Usted ha descubierto el verdadero trasfondo del asunto. En su vergonzoso escrito, Ringseis llama a éste el filósofo más grande de los alemanes. Baader, como Hegel, es un asqueroso pepenador. Sus fastuosas bobadas no engañan a nadie...

*Jam de re nova magnaue: arrigite aures!** Hace tres días vino el caballero de Zúrich que mandó tomar una fotografía mía en enero. Es un joven de apariencia favorable que comienza su carrera como dramaturgo y que acaba de estar en Dresden, donde se entrevistó con Baehrer. Se trata de otro de mis seguidores de Zúrich. Todos estos apóstoles se conocen entre sí.

Este hombre me hizo saber que se están haciendo labores para crear tanto una cátedra para mí, como una cátedra sobre mi filosofía en la universidad de Zúrich, y me dijo que nadie cree que haya alguien mejor para ocupar este puesto que usted, razón por la cual recibió el encargo de venir a preguntarme mi opinión. Naturalmente, le dije que usted era el más indicado. Quien maneja esto es Sulzer, un consejero estatal, que se encuentra muy entusiasmado. No piense en él como en un consejero estatal prusiano, sino como en un hombre que participa en el gobierno del cantón. Ciertamente, esto sólo es un proyecto, un plan, un esbozo, que fácilmente se puede trincar. Cuando una bellota no se ha convertido todavía en un roble cualquier cerdo se la puede tragar, pero el fanatismo que posee a mis más leales seguidores es un fuerte motor. Zúrich es un lugar de encuentro de los profesores más heterogéneos, como es el caso de Moleschott y otros. Tiene tiempo por lo pronto para pensarlo. Zúrich sólo tiene 200 estudiantes. Usted tendría un honorable puesto y viviría en un magnífico lugar cerca los lagos y los alpes

* «Ahora una cosa nueva e importante: aguza el oído.»

suizos. Sería como una Atenas suiza, tendría mi compañía y la de muchos eruditos y artistas; nada que ver con la vida de la famélica Berlín y sus locuras. Me honraría mucho que aceptara, pero piense qué es lo mejor para usted. Tendremos por lo pronto que esperar.

Al despedirse este caballero me besó la mano —una ceremonia a la que no puedo acostumbrarme: pero es algo que de seguro corresponde a mi porte real.

¡Qué el cielo cuide sus ojos! Le desea sinceramente su

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 28 de marzo de 1856.

¡Honorable señor consejero privado!

¡Finalmente cumplió su palabra! Aunque lo ha hecho dos meses después de lo acordado. Le debo confesar que a últimas fechas no sabía ni qué esperar. Pero ahora comprendo que a usted le ha de haber costado mucho trabajo desprenderse de este tesoro. Se trata de una joya, una auténtica joya. Lo he descifrado todo. Los pensamientos y el estilo son genuinamente kantianos y la caligrafía refleja el carácter del autor y no el de una mera copia. Le agradezco infinita y enormemente que me haya dado este objeto sagrado, el cual ya he colocado en un destacadísimo lugar. Hoy mismo pienso mandar a hacerle un bello estuche, así como romper el sello de mi testamento para legarle a usted el libro cuando yo muera. Pero, a pesar de que en febrero cumpla 70 años, no piense que algo así pasará pronto. Me ha hecho llegar esto antes de que emprenda mi inminente viaje al otro mundo, pero como todavía no estoy listo para ese viaje, me tendrán que seguir esperando por allá.

Usted seguramente se acordará de la famosa pintura de Göbel que retrata a una vieja campesina leyendo un libro de cánticos y que visiblemente se aprecia moviendo los labios. Este magnífico pintor se ha ofrecido a retratarme sin pedirme nada a cambio y yo de inmediato acepté. Él quería empezar cuanto antes, pero tenía todavía muchos encargos pendientes. ¡Pero esa pintura se hará!

Me alegra que en su segundo matrimonio se halle tan a gusto y cómodo como en el primero: hay personas que necesariamente tienen que estar casadas, y otras personas, como yo, que no están hechas para eso. Como siempre, *praxis est multiplex*.*

Merseburg se ha vuelto una auténtica Krähwinkel. Los soldados se comportan ahí más descarriadamente que en las residencias.

Le pido que le envíe mis más cordiales saludos a su esposa y que le diga que no debe creer todo lo que la gente dice de mí.

* «Las conductas son múltiples».

Buda le hace señas desde lo alto y le concede su bendición, ya que usted lo ha salvado de más de 100 años de prisión en manos de los infieles y lo ha llevado ahí donde se le rendirá adoración y se le bañará en oro.

Por ambas importantes y esplendorosas piezas le agradece sinceramente de nueva cuenta su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 29 de noviembre de 1856.

¡Carísimo Señor Bähr!

Reciba usted mis más sinceras felicitaciones por su escrito y le doy las gracias por habérmelo enviado. Lo he leído dos veces con gran atención, y no sólo ha superado mis expectativas por mucho sino que me ha colocado en un estado de sorpresa y admiración. Esta madurez del espíritu, esta circunspección, este juicio, esta seguridad en su discurso y esta comprensión profunda tanto de la filosofía kantiana como de la mía es para su edad (creo que tiene usted 22 años) algo sobresaliente. Nadie pensaría que éste se trata del trabajo de un joven, sino de alguien maduro que mínimo tiene 40 años. Hay más de filosofía kantiana en usted que en seis profesores juntos. Usted no menciona los propósitos de su escrito —quizá por consejo del editor— para que su juventud no sea tomada como un prejuicio negativo en su contra. *Recte*.*

Me alegra particularmente que haya comprendido mi filosofía en estrecha relación con la de Kant, como si fueran un todo: eso es cierto. Usted no ha escrito sobre mi filosofía, como todos los demás (salvo Weigelt, en parte) sirviéndose de mis palabras para reproducir mis pensamientos, sino que habla en un idioma completamente distinto al mío, y presenta las doctrinas en un orden y de una manera completamente diferente, ya que usted ha hecho de mi filosofía algo propio y la ha digerido bien, y por consiguiente la logra exponer con libertad. De ahí que su escrito sea lo más substancial que se ha dicho al respecto.

Su estilo, sin embargo, es abstracto, seco y difícil. Para aquel que conoce el tema es muy fácil de entender, pero para el novato es difícilmente comprensible. Algo particularmente oscuro es su deducción de la cosa en sí, la cual no termina de quedarme clara y me parece más bien incorrecta. Usted identifica a la *percepción*

* «Bien hecho».

con la *sensación*, y aunque eso va en contra del lenguaje común, aquí resulta muy pertinente decirlo, ya que en un principio percibimos *objetos*, es decir, los reconocemos como reales. Es por ello que la *intuición* y la *percepción* son idénticas. Sin embargo, ningún otro puente nos conduce de la percepción hacia algo exterior excepto la ley de la causalidad, y el origen de la misma es *cerebral*, tal y como el origen de las sensaciones es *intuitivo*. En suma, la puerta está cerrada y el puente está levantado: sólo por una traición interna se puede conquistar la fortaleza, *ut dixi*.^{*} Por este motivo no me parece válido su resumen de la página 98. No obstante, me alegra ver de nuevo detalladas discusiones sobre la cosa en sí como en los años noventa. He vuelto a encauzar al tema por buen rumbo. Kuno Fischer en Jena lee ahora también la filosofía kantiana...

Su libro, la primera discusión profunda de mi doctrina, sería muy favorable para la discusión de la misma, si no fuera tan difícil de entender. Sin embargo, me anima mucho que todavía haya pensadores como usted que me entienden a la perfección. El libro de Seydel me despierta gran avidez, pero podría apostar a que será muy inferior al suyo; la victoria de usted puede explicarse a partir de lo que he mencionado en el segundo tomo de mi obra principal en el capítulo 19, al final del parágrafo 7.

Tan sólo de pensar que usted es un jurista, y que la filosofía es para usted un asunto secundario, crece mi admiración por sus logros...

Macte virtute tuta!^{**}

Con amistad y agradecimiento queda de usted,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 1 de marzo de 1857.

^{*} «Como he dicho».

^{**} «¡Alabada sea su virtud!»

Es una cosa muy buena de su parte, mi querido y viejo amigo, que después de rechazar el esplendor y la gloria de este mundo, y de hacer a un lado las cargas y las fatigas del mismo, busque ahora de nueva cuenta a sus amigos de la juventud. Es algo muy natural que uno desee ver en el quinto acto de la vida a aquellos que han aparecido en el primero, pero muy pocos pueden hacerlo. Usted puede apreciar los *strages** perpetuados por la muerte; yo los veo todavía mejor. Cumpla su palabra y venga aquí, aunque sólo pueda ser, por desgracia, por unas cuantas horas. Mientras que los deseos de viajar parecen poseer al mundo, mi desprecio por los viajes me ha convertido cada vez más en un hongo. Su hijo dice que Astor también quiere venir a esta especie de Oriente. Si eso pasa nos sentiremos como antes nosotros tres y beberemos por los viejos tiempos: los tres estudiantes de Gotinga que se han convertido en tres importantes señores, completamente heterogéneos entre sí: usted, con su categoría; él, con su reino de Krösus; y yo, con mi *sapientia*.** Por cierto, su relación conmigo me recuerda a *El hombre de mundo y el poeta* de Klinger.

Quizás porque ya tengo 70 años usted piensa que me he vuelto un miserable anciano que sólo se ocupa de novelas y fábulas. ¡El cielo me libre! Me mantengo fuerte como un caballo y continuo lo que empecé en Gotinga. Sólo leo cosas de las que puedo extraer algo para mi panal; de ahí que lea poco a los alemanes y pocas novedades. Por ello, sólo he leído *partim*, *passim*, *raptim*, *furtim*,*** un poco de sus trabajos, en concreto, he leído el *Hipólito* alemán, en el cual he visto con alegría que usted todavía recuerda su estancia de 1811 en Weimar y lo que el mismo Goethe dijo; también he leído un poco de los signos del tiempo y las paradojas históricas de Winfried el Sajón. Me alegra, no obstante, que concuerde conmigo en

* «Matanzas».

** «Sabiduría».

*** «A medias, en desorden, rápido, y con disimulo».

algunos puntos. Como dice, siempre habrá diferencias: usted, para mi sorpresa, cedió ante Tartufo y es todo un hombre de Dios: yo, en cambio, sigo el mal camino: en la orilla de mi cuarto descansa ya un ídolo del Tibet bañado en oro. ¡Qué situación! Sin embargo, como usted es un diplomático, nuestro encuentro será tranquilo. Usted, por cierto, le haría un enorme favor a mi paganismo si cuando viniera me trajese un tomo de su Hipólito en su versión inglesa, pues, según me han contado, contiene un apartado de Max Müller sobre los vedas, en el cual hay una sección sobre palabras brahmánicas como «desear», «querer», etc. La palabra italiana *bramare* me ha dado a menudo mucho que pensar. Después le mandaría de vuelta el ejemplar.

Le puedo apostar a que usted se encuentra más feliz en su *retraite** que como estaba antes entre *dukes and bishops, and a brilliant entertainment of Chevalier Bunsen's*,** como a menudo he leído en el *Times*. Espero pronto volverlo a ver.

Su siempre amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 28 de marzo de 1857.

* «Retiro».

** «Entre duques y obispos, y un espectáculo brillante con el caballero Bunsen».

A Desrois van Bruyck

¡Estimadísimo Señor!

Le agradezco el interés que ha mostrado por mí y le envío de vuelta el manuscrito que me mandó, aunque no puedo jactarme de haberlo leído.

Con 70 años auestas aprecio más que nunca el valor del tiempo: me encuentro muy ocupado con interesantes y voluminosos estudios, y tener que dejarlos para leer el manuscrito de una biografía de un señor que no conozco, es más de lo que puedo permitirme.

Tener que leer un manuscrito es como viajar por un camino fragoso; leer algo impreso es como ir en tren.

Queda de usted con el mayor de los respetos su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 5 de marzo de 1858.

Mi señor:

Espero que se haya recuperado del viaje y que haya llegado con bien a casa. Sinceramente me alegró poderlo conocer en persona, ya que es una cosa muy distinta saber a quién le escribe uno, y más si se trata de una persona muy agradable como usted.

Le envío de manera adjunta el prólogo: creo que los añadidos cabrán bien en las dos páginas vacías del último pliego de esta sección. Le tengo que pedir, sin embargo, que añada la paginación en los espacios en blanco, tan pronto como sepa cuántas páginas habrá de tener esta tercera edición en total —calculo que serán unas 1239—, y que quite la paginación de la segunda edición. Usted podría mencionar cuántas páginas más tendrá esta edición en los anuncios que publica para que lo sepan los propietarios de la segunda edición. ¡Que sorpresa se llevarán mis fanáticos!

Respecto a los honorarios, dejo a su consideración si me quiere pagar con doblones de oro (se entiende que nada de «ciegos sin rueditas», como Bürger llama a los Luises de oro de los editores), o si prefiere realizarme un pago al precio del boletín de cotizaciones del día en que se realice.

De los diez ejemplares que me enviará, le pido que me mande inmediatamente cinco por correo ferroviario tan pronto termine la impresión, porque quiero encuadernar magníficamente uno de ellos y mandárselo a un señor que me ha alegrado sobremanera al enviarme una colosal copa plateada por mi cumpleaños 70. Usted aprovecharía la oportunidad que ahora se le presenta de actuar como un gran editor y me honraría enormemente si me enviase gratis uno de estos magníficos ejemplares que usted distribuye entre grandes mecenas y semidioses.

Le pido que el resto de los 5 ejemplares los mande a nombre de usted a las siguientes personas:

1. Dr. David Ascher, Leipzig.
2. Dr. Frauenstädt, Berlín.

3. Dr. Otto Linder, corredactor del *Tante Voss* de Berlín.
4. Dr. Julius Bahnsen, profesor en el bachillerato de Anklam.
5. Al señor C.G. Bähr, a la casa del profesor Bähr en Dresden.

Le pido encarecidamente que le diga al encargado de la distribución que envíe directamente los ejemplares a los hogares de estos señores y que no suponga que ellos irán a recogerlos. Sé de funestos casos de este tipo.

La gran fuerza de esta edición y la plena confianza en que, lenta o rápidamente, se venderá por completo (todavía me quedan muchas ediciones por delante), me hacen pensar que sería muy conveniente para usted reducir el precio de la segunda edición: esto ayudaría mucho a las ventas.

Ney, la escultora (la nieta de Marschall), ha venido desde Berlín a hacer mi busto y ya ha estado aquí por 8 días. He estado cruelmente escindido entre la escultura y las correcciones: sus pruebas de impresión han ejercido sobre mí una presión furibunda. Göbel, el pintor, ya ha grabado mi bello retrato en óleo y ya casi se encuentra listo. El mundo sabrá cómo me veo realmente.

Su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 10 de octubre de 1859.

Estimado señor:

Que usted haya decidido dedicarse al teatro después de completar sendos estudios y exámenes es un buen signo de su segura convicción y de su genuino talento, siempre y cuando usted cuente con el físico adecuado para esta profesión: el cuerpo y los órganos vocales son para el actor lo que el instrumento es para el virtuoso.

Intentaré contestar a la pregunta un tanto ambigua que me hizo, aunque dudo que se deriven consecuencias prácticas de la misma. Si el verso «y, como el diablo, debe crear»^{*} debe ser interpretado como una especie de helenismo o incluso optimismo por parte de Goethe, o si realmente concibió al diablo como el autor del mal y del sufrimiento que contribuye indirectamente a la negación de la voluntad y, por tanto, a la salvación, es algo que, como usted, me veo incapaz de precisar. Usted puede encontrar en la pág. 600, tomo II, de la tercera y nueva edición de mi obra principal un pasaje donde se discute esta última postura. Ya que no podemos hacer a un lado el punto de vista genetista, no debemos olvidar que originalmente el Diablo es Ahriman —algo que ya he comentado en *Parerga*, II, pág. 314—. Debemos recordar también que el prólogo en el cielo es una imitación del primer capítulo del libro de Job.

Usted acertadamente encontró el pasaje de mi obra principal (I, 4, párrafo 68) donde presento al Diablo como la personificación de la seducción de la voluntad de vivir. Desde el punto de vista de mi filosofía, el Diablo es la personificación de la voluntad de vivir concentrada. Esto va de la mano con la idea de que su principal objetivo es hallar todas las formas de perversión y susurrar obscenidades al oído: sobre esto ya he dicho algo en la mencionada nueva edición de mi obra, en el tomo II, pág. 651. De igual manera, esto se encuentra expuesto en los exquisitos *Paralipomena sobre el*

^{*} *Fausto* (I, 383).

Diablo que aparecen en el tomo 17 de las obras póstumas de Goethe (o bien, en el tomo 57 de las obras completas), los cuales redactó hace mucho tiempo cuando era joven. Usted debe leer todos estos Paralipomena si los encuentra: ahí aparecen Satán y Mefistófeles como figuras completamente distintas. De acuerdo con lo que me dice, usted piensa que Mefistófeles es la encarnación del egoísmo: esto resulta insuficiente. A Mefistófeles también le corresponde «la segunda potencia antimoral», la maldad positiva, según la cual el sufrimiento de los otros es un bien en sí mismo, y que yo he tratado en el ensayo «Sobre el fundamento de la moral» (§ 14), contenido en *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Le recomiendo este libro ya que la parte ética de mi filosofía es la más afín a usted. No sé si se ha topado con un libro titulado *Arthur Schopenhauer como intérprete del Fausto*, del doctor Asher, publicado en 1859. No puedo recomendárselo ya que aporta poco; y además, cita una cantidad de pasajes paralelos entre mi obra y el *Fausto* que son forzados e inapropiados.

Esto es todo lo que puedo contestarle al respecto. Usted apreciará con esto mi buena voluntad.

Hace dos años vi aquí al famoso actor Haase en el papel de Mefistófeles y me complació bastante: se encontraba completamente embebido por la locura y siempre estaba rodeado por un cierto *air de réprobation*.^{*} La mayoría de las veces me dejó impresionado e impávido.

De corazón le deseo mucha salud y un éxito brillante.

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 29 de enero de 1860.

^{*} «Aire de reproche».

¡Oh Ottily! ¡Nos volvemos viejos y nos acercamos más! Volteamos a la derecha y a la izquierda y todos han muerto; esto es todavía peor para mí, que soy diez años mayor. Vivimos cada vez más y más en los recuerdos. Usted es una de las pocas personas que queda que me conocieron de joven; además, nunca me ha perdido de vista y ahora puede atestiguar cómo desde la juventud me he esforzado por ser lo que ahora soy, y puede ver también el mérito que hay en ello y qué tan pocos comparten esta suerte. Para esto no basta tener una buena inteligencia ni una voluntad férrea: en casos como el mío, hace falta tener un instinto maquinal, una propensión demoníaca que lo conduce a uno y lo mantiene por el camino, despreocupado de todo lo demás. Si uno sabe volverse muy viejo, uno puede todavía valorar las cosas.

Reclamar las cartas y los diarios de Adele me resulta algo muy distante y no del todo justificado, pues le pertenecían a Sibila. Además, no sabría ni a quién dirigirme: las herencias me resultan extrañas. Si usted, sin embargo, puede obtenerlos a través de Gustav Merten, no pensaría que usted está violando mis derechos, sino que por el contrario, se los concedo a usted plenamente y le autorizo que exija el manuscrito en mi nombre, si es que usted considera que tiene algún valor. Usted tiene a un amigo ahí, a Gustav Merten, y yo no tengo a nadie. En realidad, a mí me correspondían 600 táleros de su herencia, pero de esto sólo dan cuenta sus cartas, donde voluntariamente me los concede. No obstante, sé que la herencia no es muy cuantiosa y que los herederos son muy egoístas, por lo que prefiero ahorrarme el esfuerzo y la energía. Albergo pocas esperanzas.

En relación al retrato del hombre de pelo castaño, me acuerdo que en 1809 mi madre colgó el retrato Ötenschleger pintado en óleo por Gerhard von Kügelgen. Ella de hecho luego lo copió en miniatura. Se trataba de un hombre apuesto. Seguramente en las obras Ötenschleger aparece al principio su retrato; y quizás sea el de Kügelgen. Sólo es cuestión de que lo revise.

Usted se dedica a las colecciones de arte y a las viejas memorias. Esto es una suerte para usted: los pasatiempos siempre son una fuente de placer. ¡Y cómo ayudan a preservar los viejos tiempos! ¡La hija de Heineke, su amiga! ¡Ulrike, una mujer del convento! Le pido que les envíe mis saludos más atentos a estas personas, así como a sus nietos, quienes han de parecerse mucho a su abuelo.

En cuanto a las cartas y los diarios de Adele, usted puede estar tranquila. No hay que temer que se haga mal uso de ellos, pues inclusive ella se los ofreció a los editores hace mucho tiempo atrás. El río del tiempo se viene sobre nosotros, cubre todo, y el olvido lo devora —incluso a las eminencias más aisladas.

Lamento mucho que usted haya permanecido en su cuarto desde noviembre hasta finales de junio, pues sé que nadie puede tener buena salud sin el movimiento necesario y sin aire fresco. En Pelz y en Kautschuck puede pasear usted en invierno usando zapatos apropiados; pero debe hacerlo cerrando la boca y respirando por la nariz, esto es muy importante. Yo salgo a pasear todos los inviernos y siempre me ha hecho bien. A mis 72 años sigo gozando de perfecta salud y mi andar rápido y ligero continúa llamando mucho la atención. Leo sin anteojos, incluso con mala iluminación, y sigo tocando diariamente la flauta. Sólo mi oído —que siempre fue débil— ha disminuido todavía más: desde hace 3 años ya no entiendo las comedias y me tengo que conformar con la ópera.

Usted sabe que yo nunca fui muy social, y ahora vivo más retraído que antes. De vez en cuando vienen algunos amigos para ver cómo me va, y en los veranos recibo muchas visitas de todas partes —*visite di curiosità*, las ha llamado Miguel Ángel—. Como siempre, sigo yendo a comer al medio día y en la tarde al *Englischer Hof*, donde mucha gente sólo va para verme, y algunos cuantos llegan a presentarse conmigo. Esto trae muchos más comensales al lugar.

En el mes de octubre pasado vino a verme la escultora Ney (la nieta del tan mal afamado Marschall) para hacer mi busto: le ha quedado tan perfecto que todos coinciden en el gran parecido, e incluso un escultor de por aquí aseguró que nadie pudo haber hecho un trabajo mejor. Ney tiene 24 años, es muy bella, es muy original e indescriptiblemente amable. El busto estuvo aquí 14 días en exhibición. Luego Ney viajó a Hannover a hacer el busto del rey y tenía planeado pasar la navidad en Berlín para vender mi busto. Pero por

lo pronto continúa con él en Hannover, desde donde me mandó una fotografía donde aparece retratada al lado del busto.

Como usted todavía viaja por aquí y por allá, espero que venga pronto a Francfort. Mientras tanto, recuerde a su viejo amigo,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 27 de abril de 1860.

A Salomon Friedrich Stiebel

Estimado consejero privado:

Desde hace dos meses padezco dificultades respiratorias y fuertes palpitaciones al caminar, por lo que le pido amablemente que me diga cuándo puede venir a verme. Usted sabe que vivo en la casa Wertheimer, número 16, en el piso inferior, a la derecha. Toque fuerte la campanilla. Queda de usted su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 26 de junio de 1860.

Señor mío:

Le adjunto de vuelta el ejemplar como usted me lo pidió. La proporción de las letras es adecuada y puede quedarse así, pero en su conjunto el libro está aglomerado y ceñido. La culpa de esto la tiene Greif, quien suele hacerse el importante, y no es ni audaz ni útil, y he visto que él ya ha echado varios títulos a perder. Si por mí fuera, le daría vacaciones para que la tercera edición conservara la uniformidad.

En todo el libro no descubrí errores. ¡Qué diligente persona! Pero antes de concluir, revisaré todavía el último pliego y medio, si es que no llega alguna visita de tierras lejanas (por cierto, en los últimos tres días, he recibido dos noticias que incluso harían a un santo sentirse arrogante).

Espero que el precio del libro en las tiendas sea un tanto bajo; al menos, que no sea tan alto como el de la primera edición. Esto favorece mucho las ventas.

Como ya se lo pedí anteriormente, hágale llegar en buen estado un ejemplar a los Doctores Frauenstädt, Otto Lindner, Asher, y C. G. Bähr, y los otros seis mándemelos. Un ejemplar será para la Academia de Drontheim, donde fui coronado —justo ahí donde el rey de Suecia fue coronado también—. Pienso mandárselo a Besser y a Mauk por medio de Perthes para que ellos se encarguen de esto —ya que usted no tiene una relación directa con la Academia—. Pero usted tiene absoluta libertad de mandar un ejemplar extra para este propósito oficial. Por cierto, un amigo mío se ofreció a completar los carteles de promoción. Si fuese el caso contrario y mi propósito fuera mandarles un ejemplar a todos mis enemigos, la edición pronto se agotaría.

El busto ha llegado y será exhibido en Berlín y en Wien. Ney se dirigirá a usted y espero que usted quiera dedicarle algún número con su gran colección de trombones. Si tan sólo viera a Ney usted se resquebrajaría ante ella: ¡es incomparable!

Descuidé un pequeño detalle: sobre el viejo prólogo debe decir «Prólogo a la primera edición»; cosa que se me olvidó añadir. Espero que usted haya completado esto por su propia iniciativa, y si no, tampoco es una gran desgracia.

De esta manera se despide con gran respeto su fiel servidor,

Arthur Schopenhauer.

Francfort, 20 de agosto de 1860.

P.D. He leído todo: no encontré errores.

Personajes e interlocutores

Johanna Schopenhauer
(1766-1833)

Johanna Schopenhauer fue la madre de Arthur y una escritora con una amplísima producción propia. Fue hija del influyente comerciante y político Christian Heinrich Trosenier. Por presión de su padre se casó a los dieciocho años con el comerciante Heinrich Floris Schopenhauer, con quien viajó a través de toda Europa debido a sus múltiples negocios. Su matrimonio fue muy infeliz a causa del carácter posesivo y autoritario de su marido. Cuando él murió en 1805, se convirtió en la heredera de un tercio de su fortuna (los otros dos tercios le correspondieron a Arthur y a su hermana, Adele, respectivamente). En 1806 se desplazó a Weimar e instauró un salón literario en el que Goethe mismo participaba asiduamente. Johanna tenía invertido todo su dinero en la casa de finanzas de Abraham Ludwig Muhl, pero ésta entró en una crisis en 1819 y ella perdió el 70% de su capital (su hijo Arthur también tenía parte de su capital ahí invertido pero por la presión que ejerció a Abraham Ludwig logró conservarlo por entero). Tras la negativa de su hijo a auxiliarla económicamente, Johanna tuvo que ganarse la vida con sus novelas y sus crónicas de viaje. Conforme se deterioró su salud su producción literaria disminuyó cada vez más. Murió en Jena prácticamente en la miseria.

Carl Friedrich Ernst Frommann
(1765-1837)

Carl Friedrich Ernst Frommann fue editor y comerciante de libros. Fue hijo del también editor Nathanael Sigismund Frommann. En 1786 Carl Friedrich se hizo cargo del negocio familiar y publicó libros de una variedad más amplia de géneros que los que había editado anteriormente su padre. En 1798 trasladó la sede de la editorial a Jena, donde se encontraban los más importantes poetas, escritores y filósofos de Alemania. Publicó a autores como Friedrich Schiller, Johann Gottlieb Fichte, Friedrich Schlegel, Johann Ludwig Tieck y Clemens Brentano. También publicó a Johann Wolfgang von Goethe, quien era, además, un gran amigo de él y su familia.

En sus conversaciones con Eckermann, Goethe dijo que la casa de Frommann era «el punto de encuentro de muchos eruditos, artistas y personas distinguidas».

Carl Friedrich Reinhold
(1757-1823)

Fue un filósofo de la ilustración alemana que difundió los planteamientos filosóficos de la época a un público más amplio. Se le conoce principalmente por sus *Cartas sobre la filosofía kantiana*, en las que defiende a ésta como una filosofía que escapa de los peligros de una revelación fanática, un escepticismo filosófico y un panteísmo spinozista. Su presentación hacía énfasis en los temas morales y su relación con las ideas regulativas presentadas al final de la *Crítica de la razón pura*. Creía que la filosofía kantiana era, en cierto sentido, la filosofía última y definitiva, pero a su juicio necesitaba de un principio más sólido del cual partir. Su trabajo posterior consistió en elaborar una «filosofía elemental» en la cual se pretendía no dar por supuestas premisas previas. Su lectura de Kant fue de gran influencia para el idealismo de Fichte, Schelling y Hegel.

Friedrich August Wolf
(1757-1824)

Es considerado por algunos como el padre de la filología moderna. Desde temprana edad estudió con avidez el griego y el latín y leyó en original a los principales poetas y filósofos clásicos. En 1777 fue a la universidad de Gottinga a continuar con sus estudios. Ahí sostuvo una gran rivalidad con el profesor Christian Gottlob Heine debido a sus diferentes visiones sobre los estudios de Grecia. Consiguió a una muy temprana edad convertirse profesor en Ilfeld y Osterode. Su edición del *Banquete* de Platón lo llevó a conseguir una cátedra en la universidad de Halle, donde pudo desarrollar plenamente la filología, que a su juicio era «el conocimiento de la naturaleza humana en la antigüedad». Su escrito más reconocido son sus *Prolegómenos a Homero*, donde utiliza en toda su amplitud el

método filológico concebido por él. A raíz de la invasión francesa abandonó su puesto como profesor y, por intercesión de Wilhelm von Humboldt, obtuvo un puesto en el departamento de educación en Berlín.

Johann Wolfgang von Goethe
(1749-1832)

Es considerado el autor más representativo e influyente de la literatura alemana. Sus escritos abarcan géneros y disciplinas como la poesía, la dramaturgia, la novela, la teología y las ciencias naturales. Fue uno de los principales impulsores y entusiastas del famoso movimiento literario *Sturm und Drang* aunque luego se distanció de éste. Con Schiller trabó una amistad notabilísima: a ambos se les conoce por ser los representantes más destacados del famoso «Clasicismo de Weimar». Algunas de las obras más importantes de Goethe son *Las desventuras del joven Werther*, *Ifigenia en Táuride*, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, *Las afinidades electivas*, *Fausto* (primera y segunda parte), *Poesía y verdad* y *Diván de oriente y occidente*. De gran importancia para la correspondencia con Schopenhauer es su *Teoría de los colores*, la cual consideraba como su obra más significativa. Con ella intentó desbancar la teoría newtoniana que era aceptada por toda la comunidad científica. En su momento no fue muy bien acogida pues intentaba romper con el reduccionismo científico de la ilustración e insertar la teoría de los colores dentro de un marco más comprensivo de toda la naturaleza. Esta obra llegó a influir posteriormente a Hermann von Helmholtz y Ludwig Wittgenstein. Actualmente, se considera que propuestas contemporáneas como la teoría «retinex» de Edwin Land guardan muchas similitudes con la concepción goetheana.

Kart August Böttiger
(1760-1835)

Kart August Böttiger fue un destacado filólogo, arqueólogo, pedagogo y escritor de la ilustración alemana. Comenzó sus estudios en Schulpforta en 1772 y después se trasladó a Leipzig en 1778 para es-

tudiar literatura antigua con August Wilhelm Ernesti. Mediante la intercesión de Johann Gottfried von Herder consiguió una cátedra en Weimar (1790-1804). El resto de su vida fungió como director del Museo de Arte Antiguo de Dresden, aunque siguió publicando artículos muy importantes sobre literatura clásica y arqueología.

Friedrich Arnold Brockhaus
(1772-1823)

Friedrich Arnold Brockhaus fue un importante editor y comerciante de libros. Es famoso por publicar, entre otras cosas, el *Conversations-Lexikon*, que hoy en día es publicado bajo el nombre de *Encyclopedia Brockhaus*. Después de haber trabajado cierto tiempo como asistente mercantil, en 1793 cursó estudios de lenguas y literatura en la universidad de Leipzig. Posteriormente estableció un negocio de importaciones inglesas en Dortmund y en Ámsterdam, pero terminó por abandonarlo y dedicarse al mundo editorial. Además de su famoso *Conversations-Lexikon*, Brockhaus publicó importantes semanarios como *Hermes*, *Literarisches Konversationsblatt* y *Zeitungssens*. Publicó también a varios autores que apenas se estaban dando a conocer como Arthur Schopenhauer, Jean Paul, Theodor Kröner, Ludwig Tieck y Joseph von Eichendorff. Después de su muerte sus hijos Friedrich y Heinrich continuaron con la editorial y a la fecha sigue siendo una de las más importantes dentro de Alemania.

Martin Hinrich Carl Lichtenstein
(1780-1857)

Martin Hinrich Carl Lichtenstein fue un explorador, naturalista, médico y zoólogo. Estudió medicina en Jena y Helmstedt y después vivió entre 1802 y 1806 en Sudáfrica donde fue el médico personal del gobernador del Cabo de Buena Esperanza. En 1811 ocupó la recién inaugurada cátedra de zoología en la universidad Friedrich Wilhelm de Berlín. En 1813 tomó el puesto de director del Museo de Historia Natural. Posteriormente colaboró en la fundación del zoológico de Berlín y fue su primer director.

Wilhelm Ernst Friedrich Soermans
(1763-1825)

Wilhelm Ernst Friedrich Soermans fue político y comerciante de Danzig. Sostuvo una importante amistad con los padres de Schopenhauer. Por este motivo fue el padrino de bautismo de Arthur. Tuvo una relación cordial y amable con su ahijado, pero ésta se rompió cuando Arthur sospechó que su padrino trataba de perjudicarlo económicamente.

Friedrich Gotthilf Osann
(1794-1854)

Friedrich Gotthilf Osann fue profesor y filólogo. Ejerció como docente en las universidades de Berlín, Jena y Hesse. Entre sus obras destacan *Beiträge zur griechischen und römischen Literaturgeschichte* y *De Eratosthenis Erigona*. Schopenhauer y él se conocieron en la adolescencia y desde entonces fueron grandes amigos.

Abraham Ludwig Muhl
(1768-1835)

Abraham Ludwig Muhl fue banquero y senador de la ciudad de Danzig. Su relación con Schopenhauer fue complicada porque en 1819 declaró la suspensión de pagos de su negocio. Solicitó a sus acreedores –entre quienes se contaban, también, Johanna y Adele Schopenhauer, la madre y la hermana del filósofo– que no solicitaran su dinero y que llegasen a un ajuste. Por más que su hermana se lo pidió, Arthur se negó a llegar a algún tipo de arreglo previo. Cuando Muhl volvió a tener liquidez, Arthur presentó sus letras de cambio y pudo recuperar la totalidad de lo que había invertido. Su madre y su hermana, en cambio, perdieron tres cuartos de su capital.

Adele Schopenhauer
(1797-1849)

Fue la hermana de Arthur Schopenhauer. Como su madre, también destacó por sus obras literarias. Tuvo una gran participación en el círculo de intelectuales instaurado por su madre en Weimar. Escribía cuentos, novelas y poesías: entre sus obras más importantes destacan *Anna: una novela del pasado próximo*, *Una historia danesa* y *Diario de una solitaria*. Nunca sostuvo una buena relación con su hermano. Su ruptura definitiva se dio a raíz del conflicto que tuvieron con el banquero Abraham Ludwig Muhl, pues Arthur se negó en todo momento a cumplir con sus peticiones y no quiso ayudarla económicamente.

Philipp August Boeckh
(1785-1867)

Philipp August Boeckh fue un estudioso de la antigüedad griega y un lingüista. Ejerció como docente en Heidelberg en 1807. Se trasladó después a Berlín en 1811 donde ocuparía una cátedra junto a destacadas figuras como Leopold von Ranke, Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Friedrich Daniel Ernst Schleiermacher.

Heinrich Karl Abraham Eichstädt
(1772-1848)

Fue un famoso profesor, filólogo y editor. Poseía la cátedra de lenguas clásicas, elocuencia y poesía en la Universidad de Jena. Ahí se desarrolló como editor del *Allgemeinen Literaturzeitung* y, tiempo después, del *Jenaische allgemeine Literaturzeitung*. Otros de sus cargos fueron jefe bibliotecario, consejero privado y director del seminario de filología antigua de esa misma universidad.

Friedrich Wilhelm Thiersch
(1784-1860)

Friedrich Wilhelm Thiersch fue filólogo y miembro importante del consejo de educación de Baviera. Empezó su trayectoria académica como profesor en el Gymnasium de Múnich y después enseñó literatura antigua en la universidad de Landshut. Regresó después a Múnich y le fue concedido el cargo de «tutor de Baviera»: fue el responsable de impulsar reformas educativas que mediasen entre los católicos y los protestantes de esa región.

Justus Wilhelm Radius
(1797-1884)

Justus Wilhelm Radius fue un reconocido oftalmólogo y profesor. Ejerció la docencia en la Universidad de Jena desde 1825 hasta casi antes de su muerte. Fue el editor de la compilación *Scriptores ophtalmologici minores*.

Karl Friedrich Rosenkranz
(1805-1879)

Johann Karl Friedrich Rosenkranz fue un filósofo destacado. Fue profesor en Berlín, Halle y Heidelberg antes de ocupar una cátedra en Königsberg. Fue un adherente de la filosofía hegeliana aunque no dejó de resaltar los problemas críticos que ésta entrañaba. Se situó en una posición intermedia entre el hegelianismo de derecha (Erdmann, Gabler) y de izquierda (Strauss, Feuerbach, Bauer). Entre otras obras publicó *Criticismo sobre las enseñanzas de Schleiermacher*, *Psicología o ciencia del espíritu subjetivo*, *Explicaciones críticas del sistema de Hegel*, *La vida de Hegel*, *Vida y trabajos de Diderot* y *Estética de lo feo*. Junto con Friedrich Wilhelm Schubert hizo una edición de las obras de Kant.

Friedrich Wilhelm Schubert
(1799-1868)

Friedrich Wilhelm Schubert fue un estadista e historiador. Ejerció como docente de historia, geografía y economía en la universidad de Königsberg. Hizo una edición de las obras completas de Kant junto con Karl Rosenkranz. Para el volumen IX de la misma redactó una detallada y minuciosa biografía de Kant.

Johann August Becker
(1785-1871)

Johann August Becker fue un jurista de Mainz. En esta ciudad ejerció su actividad profesional desde 1827. En 1850 se formó un tribunal de guerra en Alzey y se convirtió en un jurado del mismo. En 1873 regresó a Mainz y ocupó un puesto destacado en el tribunal de apelaciones. Fue también uno de los primeros entusiastas de la filosofía de Schopenhauer, quien admiraba las objeciones que le planteaba y lo bien que conocía su sistema filosófico.

Ludwig Andreas Dorguth
(1776-1854)

Ludwig Andreas Dorguth fue un jurista de Magdeburg y el primer entusiasta de la filosofía de Schopenhauer. El filósofo lo llamó su «protoevangelista» (Urevangelist) por la difusión que realizó de su pensamiento. Redactó varias obras inspirado por la filosofía de Schopenhauer, pero la que más le agradaba al filósofo fue el credo compuesto en verso que Dorguth realizó y que sintetizaba los puntos principales de *El mundo como voluntad y representación*. El título de éste era «El mundo como unidad: un poema didáctico filosófico».

Julius Frauenstädt
(1813-1879)

Julius Frauenstädt fue un filósofo entusiasta del pensamiento de Schopenhauer. Este último incluso lo llamó su «archievangelista» (Erzevangelist) por su labor incansable de difusión. Desde su época de estudiante estuvo familiarizado con *El mundo como voluntad y representación*. Defendió la postura de Schopenhauer en su escrito *Estudios sobre teología y filosofía*. Como publicaba en distintos periódicos Schopenhauer llegó a saber quién era aun antes de entablar contacto con él. En 1846 Frauenstädt lo visitó en persona y forjaron una excelente relación. Publicó artículos como «Voces sobre la filosofía de Arthur Schopenhauer» y el libro *Cartas sobre la filosofía schopenhaueriana* donde abordaba directamente los temas fundamentales del pensamiento de su maestro. En sus propias obras siempre figuró como el referente más importante. Gracias a su ferviente interés Schopenhauer lo nombró heredero de su obra y su legado manuscrito. Se convirtió el primero en publicar una edición completa de sus obras.

Johann Gottlieb von Quandt
(1787-1859)

Johann Gottlieb von Quandt fue pintor, coleccionista de arte y mecenas. Estudió pintura, arquitectura y jardinería en su juventud. Viajó por Italia extensamente para ampliar sus conocimientos en materia de arte. Llegó a trabar cierta amistad con Goethe ya que le envió un puñado de sus bocetos y éstos fueron del agrado del poeta. Sostuvo también un genuino interés por la filosofía durante toda su vida. Su posición acomodada le permitió elaborar una gran cantidad de escritos sobre arte y proporcionar fondos a distintos artistas.

Sybillle Mertens-Schaaffhausen
(1797-1857)

Sybillle Mertens-Schaaffhausen fue una arqueóloga y una dama de sociedad cuyo apodo era «la condesa del Rin». En 1816 se casó con Louis Mertens quien le permitió dedicarse a distintas actividades intelectuales. Poseía una casa en Bonn en la que guardaba una enorme cantidad de piezas artísticas. Su casa se convirtió en un centro de reunión muy importante dentro de la elite: ahí se reunían entre otras Johanna y Adele Schopenhauer, Annette von Droste-Hülshoff y Ottilie von Goethe. Tenía una gran fascinación por la música y apoyó a varios músicos de la época. Entre otras cosas, también, hizo que se erigiese el monumento a Beethoven en Bonn. Adele Schopenhauer la nombró como su heredera universal.

Adam Ludwig von Doss
(1820-1873)

Adam Ludwig von Doss fue un jurista y un ferviente entusiasta de la filosofía de Schopenhauer. En 1846 conoció de forma completamente accidental *El mundo como voluntad y representación* y desde entonces se hizo adepto a la filosofía schopenhaueriana. El filósofo se refería a él como su «Apóstol Juan» (Apostol Johannes), pues escribía cartas dirigidas a personas que no conocía recomendándoles la lectura de Schopenhauer. Mantuvo muy al tanto al filósofo de cualquier tipo de mención que se hiciese en periódicos o revistas, a él o a su obra.

Eduard Crüger
(¿ ?)

Eduard Crüger fue consejero de gobierno y amigo de Schopenhauer en la vejez de este último. Crüger le otorgó espléndidos obsequios al filósofo: le mandó a hacer un retrato, le mandó una pequeña estatua tibetana de Buda, y le regaló un ejemplar de la *Crítica de la razón práctica* con la firma autógrafa de Kant.

Carl Georg Bähr
(1834-1893)

Carl Georg Bähr fue un jurista que ganó el primer concurso de ensayo sobre la filosofía de Schopenhauer. Su libro *La filosofía de Schopenhauer* fue de gran agradó para el filósofo como lo deja ver la carta en la que le hace observaciones sobre el mismo. Estudió en Leipzig y en Heidelberg y después trabajó como notario en Dresden.

Christian Josias von Bunsen
(1791-1860)

Christian Josias von Bunsen fue un embajador y un estudioso de las culturas antiguas. Estudió teología en Marburg y financió su educación dando él mismo clases. Viajó por varios países de Europa para completar su formación. Trabajó como asistente del embajador Barthold Georg Niebhur y ahí comenzó a interesarse en el estudio de jeroglíficos realizado por Jean-François Champollion. Fungió el mismo como embajador del gobierno prusiano con el Vaticano pero debido a diferentes conflictos tuvo que presentar su renuncia. Después fue embajador en Suiza y en Londres: continuó sus investigaciones sobre los jeroglíficos egipcios y realizó varias expediciones que contribuyeron enormemente al conocimiento de esa cultura. Su obra principal es *El puesto de Egipto en la historia universal* de cinco tomos.

Clemens Rainer
(i?)

Clemens Rainer fue actor en el viejo teatro de Oldenburg entre 1859 y 1864. Después trabajó en distintas puestas en escena de Zúrich. Finalmente se convirtió en juez de primera instancia en Landsberg.

Ottolie von Goethe
(1796-1872)

Ottolie von Goethe fue la nuera de Johann Wolfgang von Goethe. Su padre, Wilhelm Julius von Pogwisch, tenía ascendencia noble al igual que su madre, Henriete von Henckel-Donnersmarck. Ottolie se casó con August von Goethe, hijo del poeta, con quien tuvo tres hijos. Tuvo una relación muy estrecha y cercana con su suegro, lo cual favoreció a que ella conociese varias personalidades del mundo de la cultura alemana. Fundó la revista literaria *Chaos* y organizó distintas tertulias literarias en la casa del poeta.

Esta edición primera de *Cartas desde la obstinación* de
Arthur Schopenhauer, se imprimió en México
bajo el cuidado editorial de Jesús Salazar
Velasco, Diego Ramírez Escudero y
Lorena Gómez Mostajo
en agosto de 2008.
Los libros de Homero

